



## CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

Año III. Se publica los días 8 y 24 de cada mes.—Administración Central, calle del Baño, núm. 1, 3.º

Madrid 21 de Mayo de 1859.

Precios: En España 24 rs. trimestre.—En el extranjero y Ultramar 12 pesos fs. por año adelantado.

Núm. 6.

DIRECTOR PROPIETARIO, <b>DON EDUARDO ASQUERINO.</b>	Sres. Barcia (Roque). Bona (Félix). Borao (Gerónimo). Borrego (Andrés). Bretón de los Herreros (M.). Calvo Asensio (Pedro). Calvo y Martín (Pedro). Caicedo (J. M. Torres). Campoamor (Ramon). Camus (Alfredo A.). Canalejas (Francisco de P.). Castelar (Emilio). Castellanos (J. de la Cruz). Castro (M. Fernandez).	Sres. Cánovas del Castillo (A.). Castro y Serrano (José). Cazurro (M.º Zacarias). Colmeiro (Manuel). Sra. Coronado (Carolina). Sres. Duran (Agustín). Eguilaz (Luis). Elias (O. Fernandez). Escalante (Alfonso). Eseosura (Patricio de la). Estévez Calderon (S.). Estrada (Luis). Fernandez Cuesta (Nem.º). Fernandez y Gonzalez (M).	Sres. Ferrer del Rio (Antonio). Fernan Caballero. Figuerola (Laureano). Flores (Antonio). Gana (Guillermo B.). García Gutierrez (A.º). Gayangos (Pascual). Gener (José). Jimenez Serrano (José). Gomez Marin (Manuel). Gonzalez Bravo (Luis). Graells (Pedro. ) Güell y Renté (José). Hartzenbusch (J. Eug.º).	Sres. Jauer (Florencio). Lafuente (Modesto). Larrañaga (G. Romero). Lasala (Manuel). Lasterria (J. U.). Lobo (Miguel). Lorenzana (Juan). Mazanaz (J. Maldonado). Madoz (Pascual). Montesino (Cipriano). Mañé y Flaquer (J), Bar.º Martos (Cristino). Mata (Guillermo), Chile. Molins (Marqués de).	Sres. Muñoz del Monte (Fr.º). Ochoa (Eugenio). Olavarría (Eugenio). Olózaga (Salustiano). Ortiz de Pinedo (Manuel). Palacio (Manuel del). Pellon y Rodriguez (J.). Pasaron y Lastra (Ramon). Pi Margall (Francisco). Rancés y Villanueva (M). Ribot y Fontseré (Ant.º). Rios y Rosas (Antonio). Retortillo (J. Luis). Rivero (Nicolás María)	Sres. Romero Ortiz (Ant.). Rosell (Cayetano). Rosa Gonzalez (J. de la). Ros de Glano (Antonio). Ruiz Aguilera (Ventura). Sagarminaga (Fidel de). Samper (José María). Simonet (F. Javier). Sanz (Eulogio Florent.º). Segovia (Antonio María). Trueba (Antonio). Vega (Ventura de la). Velaz de Medrano (Ed.º). Viedma (Antonio).
--	---	---	---	---	---	---

### SUMARIO.

Política europea, por D. Francisco Muñoz del Monte.—*La Union hispano-americana*, (art. 4.º), por D. José María Samper.—*Sueltos*.—*Memoria sobre el comercio y la navegación del Ecuador*, (continuación), por D. Joaquín de Avedaño.—*Polémica con Don Ramon de Campoamor*, por D. Francisco de Paula Canalejas.—*Alcázares famosos en las historias árabes*, por D. Francisco Javier Simonet.—*Los Alpes*, (conclusión), por D. Joaquín Ezquerro del Bayo.—*Reformas económicas*, (Art. 1.º), por D. P. Calvo y Martín.—*El socialismo y la economía política*, por D. Segismundo Moret y Prendergast.—*Asociación para la reforma de los aranceles de Aduanas*, por D. Benigno Carballo.—*Necrología*, por D. Antonio Ferrer del Rio.—*¿Por qué era rubia?*, por D. Pedro Antonio de Alarcón.—*Revista mercantil y económica de ambos mundos*, por D. Eugenio de Olavarría.—*Revista de la quincena*, por D. Nemesio Fernandez Cuesta.

## LA AMÉRICA.

### POLÍTICA EUROPEA.

La política europea abraza una serie tan compleja de cuestiones, y estas se complican entre sí por afinidades tan invencibles, como por repulsiones tan insuperables, que no es dable acometer el examen de una sola, sin tropezar con otras gravísimas que alteran su índole propia, interrumpen su natural desarrollo ó dificultan su adecuada solución.

¿Se trata de la alianza anglo-francesa?—Las necesidades del equilibrio europeo, de la paz del mundo y del progreso de la civilización la reclaman perentoriamente. Sin embargo, la diferencia de instituciones de ambos países, su secular antagonismo, sus rivalidades no estinguidas, la inevitable pugna de intereses preexistentes, la política reservada del emperador de los franceses, las exigencias especialísimas de su posición, sus solemnes compromisos con la Italia y otros mil accidentes adversos ó favorables, presentes ó futuros, visibles ó latentes en el fondo del problema, no nos permiten considerar esa alianza como un hecho irrevocable, como un punto definitivamente resuelto en el conjunto de los principios prácticos que presiden á la política de las naciones del mediodía europeo.

¿Se trata de la cuestión de Oriente?—Todos convienen en la necesidad de cohibir, ya que no sea dable excluir, la preponderancia del elemento ruso en su solución. Con todo, ora se decida la política europea por la conservación de la integridad del imperio otomano, ora prevea la necesidad de sustituirlo con un imperio oriental cristiano en vista de la irremediable agonía del islamismo, siempre habrá que contar con la Rusia, con sus sordos manejos, con su oposición manifiesta ó clandestina. La Rusia linda con la Turquía: su fuerza material es inmensa: posee la Crimea y otros territorios pertenecientes en lo antiguo á la Sublime Puerta: la inmensa mayoría de los cristianos de Turquía profesan el rito griego, que es la religión del Czar de las Rusias: la población grego-eslava simpatiza naturalmente con la idea rusa por las afinidades de raza y de culto, de tradiciones y de esperanzas. ¡Cuántas dificultades, cuantos obstácu-

los para llevar á cabo cualquiera de las dos precitadas soluciones, la de la conservación del imperio otomano ó la de su reemplazo por un imperio oriental independiente!

¿Surge el moderno debate de las nacionalidades y de las razas?—Otra dificultad mayor, mas inextricable, mas peñada de perturbaciones y cataclismos. ¿Cómo se reconstruye la Polonia sin suscitar la oposición armada de la Rusia, el Austria y la Prusia, que se han repartido los palpitantes miembros de la patria de los Ladislao y los Poniatowski? ¿Cómo se devuelve á la raza maggiar su autocracia sobre la Hungría sin vulnerar la supremacía del gabinete de Viena, sin renovar las iras de los húngaros eslavos, siervos antes de los conquistadores maggiars, emancipados hoy por un cálculo maquiavélico de la cancillería austriaca? ¿Cómo se unifica en un mismo espíritu, por un mismo sistema, bajo la enseña de una misma nacionalidad, á la múltiple y extensa raza eslava, una de cuyas fracciones es católica romana como la Polonia, otra griega cismática como la Rusia, y que dominando en esta por ser el elemento principal del imperio de los Czares, arrastra inquebrantables cadenas en Austria, en Prusia y en Turquía, bajo cuya dominación y en cuyos territorios se hallan enclavadas las diversas divisiones del eslavismo? ¿Hasta qué punto puede reconquistarse y preservarse la contestada nacionalidad de la Moldo-Valaquia, perteneciente á la raza latina por su directa y no interrumpida derivación de la colonia del emperador Trajano, y que vive rodeada, circunscrita, estrechada de Oriente á Poniente y de Norte á Mediodía por pueblos austriacos, eslavos, rusos, griegos y turcos de imposible fusión con el elemento *rumano* á causa de la diversidad de origen, de culto, de tradiciones, de historia, de hábitos y de aspiraciones?

Así, por donde quiera que se tienda la vista, sea cual fuere el género de cuestiones á que se aplique el criterio político, ninguna puede tratarse de un modo absoluto, ninguna puede resolverse aisladamente y con independencia de las demas. La política europea es una máquina artificial á par que artificiosa, cuyo complicado mecanismo enlaza tan estrechamente todos sus resortes y establece tan profunda dependencia entre unos y otros, que es imposible alterar, dislocar ó falsear uno solo sin que toda la máquina cruja con desusado estrépito y amenace un cambio radical en sus movimientos.

Esto sucede hoy con la guerra de Italia, esa cuestión fatídica, que tiene el privilegio de suspender indefinidamente el curso de las demas preocupaciones políticas, económicas y sociales de esta parte del mundo, para concentrar la atención universal en las causas que la determinan, en los accidentes que la acompañan y en los resultados que puede engendrar la complicación de los sucesos, de las miras y de los intereses empeñados en la lucha.

Esta se circunscribe por hoy al Austria de un lado, y al Piamonte y la Francia de otro. La primera mantiene su derecho de poseer el reino Lombardo-Veneto y guardar incólumes sus tratados particulares con los demas estados italianos: los segundos á nada menos aspiran que á la completa emancipación é independencia de Italia. Librada la cuestión á la suerte de las armas, ¿po-

drá decirse que la victoria del Austria sería pura y simplemente la confirmación del *statu quo* de la Italia; ó que la victoria de los aliados significaría únicamente la conquista de la independencia italiana y la definitiva rehabilitación de su nacionalidad?

A primera vista parece que tal debería ser la consecuencia de la actual contienda en cualquiera de las dos hipótesis de su terminación. Tal es, á lo menos, la que deseamos los sinceros amigos de la libertad y del progreso, los que simpatizamos con las nobles y generosas aspiraciones de la desventurada Italia. Pero como el problema es complejo, como en su seno bullen elementos de encontradas direcciones, como el debate en sus proporciones actuales, lo mismo que en su trascendencia futura, afecta en varios sentidos los mas graves intereses del orden europeo, fuerza es que lo consideremos bajo la misma forma múltiple con que se presenta á los ojos del mundo y al análisis de los espíritus pensadores.

En la guerra actual de Italia hay que considerar la Italia misma, la Francia que la apoya y las grandes potencias neutras que reservan su acción para obrar según el giro de los sucesos.

¿Qué conviene á la Italia hoy que ha arrojado el guante empuñando el combate, y mañana si la victoria corona sus esfuerzos y sacrificios?

¿Qué significación tiene la cooperación francesa, y cuáles son los límites en que le conviene detenerse para no desnaturalizar su auxilio ni frustrar después del triunfo los plausibles fines de su intervención?

¿Cuál es el sentido de las neutralidades armadas, y hasta qué punto se pueden conjurar los peligros inherentes á las distintas y aun opuestas tendencias políticas de los gobiernos neutrales, convirtiendo sus recelos en confianza y su actual neutralidad en oportuna mediación?

La actitud de Italia, la cooperación de Francia, la significación de las neutralidades:—hé aqui los tres datos principales de que depende la buena solución del conflicto italiano. La cuestión no es simple, es compleja. No es única, es múltiple. No es italiana, es europea. Detengámonos un momento en cada una de estas fases.

En la Italia misma, toda vez que de su emancipación se trata, es donde debe buscarse el principal elemento de su logro. Los primeros acontecimientos, subsecuentes al soberbio *ultimatum* del Austria, lo comprueban perentoriamente. La revolución pacífica de Florencia, los pronunciamientos de Parma y otros puntos, la grande emigración del Lombardo-Veneto, las manifestaciones simpáticas de Roma y la inmensa afluencia de voluntarios que de todos los Estados italianos acuden á alistarse en las filas del ejército libertador, están demostrando que la agitación de Italia tiene todos los caracteres de un movimiento nacional. Otro sintoma de feliz augurio se revela en la dirección política de ese mismo movimiento, que hasta el día parece ser resueltamente unitario, y que propende á encontrar su personificación en el rey Víctor Emmanuel. Así, el sentimiento patriótico, que arrastra á los pueblos italianos á la guerra, los empuja por idéntico impulso á preparar la organización política á que aspira la Península entera. Y por aquella no entendemos

el sueño de la unidad política simbolizada en una misma constitución, en un mismo gobierno y en una misma capitalidad. Esa unidad absoluta, que será la obra del tiempo, no puede improvisarse de repente. Los siglos la han destruido, y solo los siglos pueden restablecerla. Hablamos de la unidad representada por la independencia territorial, por la conformidad de las instituciones y por la inauguración de vínculos federales, que garanticen la unidad nacional sin perjuicio de la particular autonomía de cada una de las distintas fracciones políticas de la patria común. No es posible equivocarnos. La aspiración universal de la Italia en este momento es esa unidad. Por eso cada Estado, cada provincia, cada ciudad que se emancipa y sacude la pesadilla del predominio austriaco, aclama la dictadura o el protectorado de Víctor Emmanuel considerado como el símbolo y la representación de la independencia italiana.

Y esta aclamación unánime no es más que el instinto espontáneo e irresistible de la propia salvación; instinto, que está diciendo a los italianos que sus esfuerzos militares no pueden ser eficaces y poderosos sino a condición de reunirse y disciplinarse en derredor del monarca italiano, que ha levantado con su diestra el estandarte de la redención nacional. Si el alzamiento de los demás Estados de la Península pudiera realizarse como en el gran ducado de Toscana, se simplificaría extraordinariamente la organización de los esfuerzos militares de la Italia. En tal evento las tropas regulares de cada Estado se pondrían a las órdenes del rey de Cerdeña y formarían un ejército italiano respetable. Se sabe por los periódicos y cartas del país que el efectivo de todos los ejércitos reunidos del Piamonte, Toscana, Parma, Módena, Roma y Nápoles pasa actualmente de más de trescientos mil hombres. Si fuera dable reunir, al abrigo de un alzamiento de todos los Estados, el tercio siquiera de esas fuerzas disciplinadas y llevarlas al combate bajo la dirección de una mano italiana, la sagrada causa de la independencia se ganaría sin remedio, cualesquiera que fuesen las vicisitudes de la lucha y las eventualidades del porvenir. La desgraciada Península no puede hoy, justo es confesarlo, recobrar su independencia sin el concurso de la Francia: pero fuerza es confesar también que le conviene sobre todo disminuir y atenuar la necesidad del auxilio extranjero, llevando a los campos de batalla el mayor número posible de fuerzas italianas. Esto solo puede conseguirse, generalizando el movimiento de independencia patria hasta las orillas del golfo de Nápoles. Tal debe ser la principal preocupación, la más importante tarea del patriotismo italiano. Alcanzado este punto, cuánto se simplificaría la cuestión, cuánto se despejaría la incógnita bajo el triple aspecto de los peligros, de los recelos y de la duración!

En cuanto a la Francia, la campaña se ha inaugurado del modo más propicio para las armas imperiales unidas a las piamontesas. Creyóse generalmente que el arrogante ultimatum del emperador Francisco José sería seguido inmediatamente de las operaciones ofensivas del ejército austriaco acantonado en Pavia. Creyóse asimismo que el propio ejército tomaría por lo menos posiciones convenientes para impedir, ó para contrariar siquiera con serias demostraciones, la reunión de las tropas francesas que bajaban por Suiza con las que desembarcaban en Génova. Creyóse, por último, que el Austria no había tomado la iniciativa de la agresión diplomática sino para preparar con este soberbio alarde la iniciativa de la agresión militar. La lentitud proverbial ó la siniestra estrella del Austria han desmentido por fortuna estas racionales previsiones. El ejército austriaco ha permanecido en la llanura regada por el Tesino y el Sesia y cerrada al Mediodía por el Pó. En vano ha intentado algunas maniobras sobre la orilla derecha de este río: pronto ha tenido que repararlo, contentándose con la triste y poco gloriosa satisfacción de haber vivido algunos días a expensas del enemigo.

Entretanto el ejército francés mandado por el emperador, completas ya su artillería y caballería, y el ejército sardo a las inmediatas órdenes de su rey, avanzan de día en día sobre los austriacos, que parecen esperar en una actitud defensiva el ataque de las fuerzas aliadas. No nos parece aventurado creer que aquellos se replieguen acaso hacia la Lombardia y no se decidan a aceptar una batalla decisiva en territorio piamontés. Lo más verosímil es que, en tal hipótesis, se retiren combatiendo y eludiendo batallas decisivas hasta aproximarse a sus fortalezas del Mincio y de Adige, a su famoso cuadrilátero de Mantua, Verona, Peschiera y Legnago, en donde se decidiría la suerte de la guerra: pero en este caso el ejército aliado entraría en Milan, las poblaciones lombardas aprovecharían la ocasión de levantarse en defensa de su propia causa, y la situación del ejército austriaco sería más peligrosa y comprometida.

Aunque el éxito de la guerra siempre es incierto, y más aun en el caso presente por razón de la igualdad de las fuerzas beligerantes, el mayor número de las probabilidades de triunfo están sin duda por la Francia y su protegeda. Prescindamos de la desventaja de sostener el Austria tan empeñada lucha en tierra enemiga y en medio de poblaciones hostiles: sus recursos pecuniarios no guardan proporción con los de Francia, y ya se sabe que el dinero es el nervio de la guerra. Compárese el banco de Viena, ya abrumado con los precedentes empréstitos del gobierno austriaco y obligado a nuevos préstamos y al curso forzado de sus billetes, con el banco de Francia, que a la inversa es hoy deudor del Estado y tiene en caja más de quinientos millones en numerario. Compárese el fracaso del empréstito austriaco en la bolsa de Londres con el éxito inmenso e increíble del empréstito francés, que en lugar de los quinientos millones pedidos ha visto elevarse la suscripción a la fabulosa cifra de dos mil trescientos millones! En presencia de tales datos no es temeridad presagiar el triunfo de las águilas francesas en un período más ó menos dilatado.

Mientras no llegue ese caso, no creemos haber lle-

gado tampoco el de discutir prolija y detalladamente la conducta, los medios, la política, en suma, que conviene a la Francia adoptar para asegurar y consolidar el triunfo de la independencia de Italia. Séanos, sin embargo, permitido anticipar algunas observaciones, que nos sugieren la contemplación de lo presente y las reminiscencias de lo pasado.

Más de una vez ha manifestado la Francia sus simpatías por la independencia de los pueblos italianos: — más de una vez esas simpatías mismas han sido el instrumento de mas ó menos voluntario, que ha remachado las cadenas de su servidumbre: más de una vez la política francesa ha defraudado las esperanzas de la Italia, traficando con sus territorios y tratándola como país conquistado. Recordaremos un solo ejemplo. En 26 de mayo de 1797, el general Napoleón Bonaparte decía en un documento oficial a la ciudad de Venecia: *que haría cuanto le fuese posible para darle pruebas de su deseo de ver consolidada la libertad veneciana y de contemplar a la miserable Italia libre é independiente de los extranjeros.* Y sin embargo, un mes antes de dirigir estas palabras a la confiada Italia, ese mismo general, republicano entonces y luego emperador, había entregado al Austria la república de Venecia por el artículo secreto del tratado de Leoben!!! Y poco tiempo después, embriagándolo el humo de la gloria y del poder, ciñó sus sienes victoriosas con la corona teutónica, y dió la Toscana a su hermana Elisa, y el reino de Nápoles a su cuñado Murat, y el vireinato de Lombardia a su hijo político Eugenio Beauharnais!!! Y, consumando el lamentable repartimiento de los despojos de la bella Italia, agregó a su imperio y declaró departamentos de la Francia a la ciudad eterna y los Estados Pontificios, y abatió el león de San Marcos en señal del destronamiento de la florosa Reina del Adriático, y sometió a un prefecto francés la altiva Génova coronada de palacios y anegada en lágrimas tan amargas como las olas mismas del océano, que lame sus murallas de alabastro y de mármol!!!

La Francia tiene que reparar en Italia sus pasados errores y violencias: la política francesa ha contraído en estos últimos tiempos una inmensa responsabilidad respecto de su antigua víctima. Si la Francia quiere ser grande y justa, es preciso que satisfaga una vez por todas las deudas de su historia respecto de aquel desgraciado país: es preciso que su política se concentre exclusivamente en la cuestión italiana; que no la desnaturalice, mezclándola y confundiéndola con mas vastas complicaciones; que obre y funcione en todo el período de su cooperación, no como conquistadora, sino como aliada de la Italia independiente representada hoy por el Piamonte; y que cuando consuma su obra, no se empeñe en imponer arbitrariamente la organización política de la Península y deje a los italianos el derecho de arreglar los destinos de la Italia.

Hasta ahora no tenemos motivo de dudar de la lealtad del emperador Napoleón III. Desde su elevación al trono, su política se ha marcado siempre con un sello de sinceridad y consecuencia, que es un favorable presagio de la que creemos está resuelto a observar en la ocasión presente. Su manifiesto a la Francia, sus circulares a los agentes diplomáticos, todos sus actos oficiales concuerdan en ofrecerlo como un sincero aliado, como un desinteresado auxiliar de las aspiraciones de la Italia. Si otra cosa fuese a la postre, su gloria sufriría un lamentable eclipse y su poder contaría con un peligro más y con una garantía menos. A nadie ha aprovechado nunca la violación de la fe jurada. El perjurio no es solo un acto inmoral: es también un falso cálculo.

Y falso cálculo sería sin duda alguna valerse del pretexto de la agitación italiana para derivar del hecho de la cooperación el derecho de personales engrandecimientos. Este podría ser el escollo de la política francesa; escollo, que le conviene huir, evitando todo lo que pueda desviar de su objeto a la cuestión italiana, lo mismo que todo lo que pueda comunicarle innecesarias y desmesuradas proporciones. Las circunstancias actuales son gravísimas. La Europa presente hoy sacudida sus entrañas, debilitados los cimientos de su normal equilibrio. No es imposible que esta siniestra aprensión produzca uno de esos estrechamientos contagiosos, que tan fácilmente conmueven a las sociedades europeas. Detrás de la cuestión de Italia está la cuestión de Oriente: al través de las bayonetas del Austria se divisan los batallones de la Alemania; y en último término, en perceptible lontananza, guardan misterioso silencio la Inglaterra que cifra en la paz de Europa la fianza de su dominación en el Asia, y la Rusia que busca en los conflictos de la Inglaterra los medios de recobrar su eclipsado ascendiente y preparar su anhelada dictadura sobre la Europa.

Estas terribles complicaciones las engendraría, sin quererlas, la misma Francia, si, desconfiando de sus propias fuerzas, se propusiera avigorarlas con alianzas exteriores. ¡Las alianzas! Hé aquí el gran peligro de la política francesa en las condiciones en que ella misma se ha colocado respecto de la Italia. Lo más prudente, lo más provechoso para la Francia sería no buscar, no halagar, no violentar ninguna alianza externa: lo más discreto, lo más conveniente para sus intereses y su gloria sería llevar a cabo, ella sola y sin salir de Italia, la magnífica obra de la independencia italiana. La Francia es demasiado fuerte para necesitar del concurso extranjero contra el Austria. ¿Por qué había de solicitar alianzas? Las neutralidades le bastan. Mientras tenga enfrente un solo enemigo, los aliados están demas.

Y esta reflexión nos conduce naturalmente a considerar la situación actual bajo el aspecto de la neutralidad ofrecida y observada hasta hoy por las grandes potencias europeas.

Entre esas neutralidades la más importante es la de Inglaterra, la que la ha proclamado a la usanza británica, es decir, por las manifestaciones populares en las elecciones, por la voz de la opinión pública en los periódicos, por medio de las asociaciones políticas en los

meetings, por el órgano de sus representantes y hombres de estado en los *hustings*. La neutralidad es sin disputa el voto universal de la nación inglesa. Un maravilloso tacto político guía siempre a ese pueblo singular en la apreciación de las cuestiones que se rozan con sus intereses morales y materiales. No parece que las recientes elecciones, que han dado 500 diputados al partido liberal y 551 al partido conservador en la Cámara de los Comunes, hayan modificado las disposiciones del público inglés en favor de la neutralidad, ni sus incontestables simpatías por la noble causa de la Italia. Es de esperar por lo mismo que aun cuando el ministerio Derby-D'Israeli, al que se atribuyen secretas propensiones germánicas, obtenga una dudosa y precaria mayoría en las Cámaras, la corriente irresistible de la opinión pública todopoderosa en Inglaterra, lo arrastrará *bon gré mal gré* a obrar de acuerdo con el sentimiento general del país y a mantener el principio de la neutralidad proclamada por todos los órganos de la Gran Bretaña.

Una sola circunstancia podría, a nuestro juicio, producir un cambio desfavorable en la opinión inglesa: la alianza íntima de la Francia y la Rusia en el sentido agresivo, que se complacen en sostener los partidarios de ese arriesgado pacto. Prueba de ello es la alarma causada en todos los ángulos del Reino Unido con la noticia, posteriormente desmentida, de la existencia de un doble tratado concluido entre la Francia y la Rusia. Las explicaciones oficiales de ambos gabinetes han desvanecido, ó atenuado a lo menos, el efecto producido por la inexacta aserción de la realidad de una liga franco-rusa: pero la enojosa impresión no ha podido destruirse completamente en una parte del público británico, y esa misma persistencia revela hasta qué punto podría una política complaciente con la Rusia comprometer las preciosas ventajas de la neutralidad británica. Ya qui brilla de nuevo el certero instinto del pueblo inglés. La cordial inteligencia entre las Tullerías y San Petersburgo haría el negocio de la Rusia en el Oriente, y sería la vergonzosa retractación de los principios conquistados al pié de los muros de Sebastopol. La sangre derramada en Alma y en Inkerman habría sido un inútil é impio sacrificio. Arrepentido de su obra, Napoleón la destruiría con sus propias manos; y la secular idea rusa, la traslación de las águilas moscovitas desde las torres del Kremlin hasta los minaretes de Santa Sofía, esa idea muerta después de tres años, resucitaría al tercero por la voluntad del mismo que la enterrara en las saladas playas de la Crimea y cubriera su sepulcro con las losas arrancadas de los cimientos de la torre de Malakof! — Hé aquí por qué decimos que el pacto defensivo y ofensivo entre Francia y Rusia trasformaría en hostilidad manifiesta la neutralidad armada de la Gran Bretaña.

En cuanto a la de la Prusia, debemos convenir que ha sufrido alguna modificación en estos últimos días. Al principio pareció resueltamente inclinada a la neutralidad en el mismo sentido de la Inglaterra. Su solemne desaprobación del ultimatum conminatorio del Austria daba a entender que no participaba de sus mismos bellicosos arranques, y que su conducta se subordinaría a la que observase el emperador de los franceses en la actual contienda respecto de los intereses esenciales de la Confederación germánica y de la Prusia misma. Este propósito fué explicado y justificado con una loable franqueza y rectitud en las exposiciones hechas en el Parlamento prusiano por Mr. Schleinitz, y en el informe de la comisión encargada de examinar las proposiciones financieras y militares del gobierno. En unas y otras reconocía la Prusia que la neutralidad convenía a su carácter de gran potencia, y que sus deberes respecto de la Confederación germánica no la obligaban a defender la dominación del Austria en Italia.

Sin embargo, las palabras de dudosa interpretación pronunciadas por el Príncipe Regente en las Cámaras y la significación de los debates habidos en las mismas con ocasión de las proposiciones dirigidas al armamento y movilización de los contingentes federales y a la reunión de los recursos necesarios para estar preparados a todas las eventualidades; revelan que las explosiones del germanismo prevalecen en los consejos prusianos sobre las inspiraciones de una política de espectación y neutralidad. Inglaterra y Prusia exhiben hoy un espectáculo de sentido inverso. En aquella, el gobierno parece inclinado a la alianza germánica contra el voto general del país resueltamente pronunciado por la neutralidad: en esta, las preocupaciones nacionales ejercen una evidente presión sobre el gobierno, que se había proclamado neutro desde las primeras noticias de la declaración de la guerra. En la primera, las simpatías de la opinión contradicen las inspiraciones del gabinete: — en la segunda, los sentimientos del gabinete se doblan a los arranques de la opinión. Inglaterra demanda a su gobierno la neutralidad a nombre de los intereses del país: — Prusia exige del suyo la guerra en guarda de los intereses de la confederación.

En esta alternativa de encontradas aspiraciones, la actitud de la Rusia es la más despejada, la más libre, la más exenta de embarazos y vacilaciones. Su evidente interés le señala el papel que debe representar en el temeroso drama. Rusia ha visto disminuir el peso de su poder en la balanza de los destinos europeos por consecuencia de su derrota en Oriente, y esta es la ocasión propicia para recobrarlo: — ha visto desbaratados sus tradicionales proyectos de sustituir en las orillas del Bósforo la autocracia ortodoxa al califato musulmán, y este es el momento favorable de renovar sus reprimidas é inextinguibles pretensiones: — ha visto coluidos los vuelos de su insaciable concupiscencia con el freno de la alianza anglo-francesa, y esta es la anhelada coyuntura de romper ese pacto salvador de la libertad y de la civilización: — ha sufrido durante la guerra de Oriente el desaire y la deserción del Austria, y este es el instante crítico de vengarse.

Por donde se ve que la conveniencia y el amor propio, el egoísmo y el sentimiento, el interés y la pasión

todo lo que fomenta las esperanzas de la ambición política lo mismo que todo lo que conmueve la fibra de la susceptibilidad nacional, todo se reúne para colocar a la Rusia del lado de la Francia, para proporcionarle la inefable satisfacción de dirigir una sonrisa sardónica a la Inglaterra por el chasco de sus previsiones, una cruel bofetada al Austria por la vergüenza de su apostasia, un solemne *mentis* a la Europa por su crédula confianza en la firmeza de los pactos sellados con la sangre de las víctimas inmoladas en las aguas de Sinope y en los inolvidables campos del Kersoneso Táurico.

Pero la alianza franco-rusa es el polo opuesto a la alianza anglo-francesa: es la retractación de la política salvadora del equilibrio europeo: es la condenación de la brillante hliada de Crimea, que espera un nuevo Homero para ser dignamente cantada con todos los acordes tonos de la Europa agradecida. Si esa alianza de tan ominoso agüero llegase a convertirse en un hecho consumado, las consecuencias serían inmensas y de un alcance incalculable. La Gran Bretaña formaría causa común con la Confederación germánica. La guerra se haría general. Las ideas del primer imperio resucitarían con el inevitable cortejo de los antiguos y no vengados agravios. Todos los derechos serían cuestionables, todos los títulos derisorios. Los intereses de los pueblos serían de nuevo sacrificados al capricho de los déspotas armados. La Europa detendría su marcha progresiva: los adelantos materiales y morales se estacionarían, y el humo de las batallas anublaría el claro día de la civilización y el cielo purísimo de la libertad.

*Eripiunt subito nubes calumque diemque!*

Todavía es tiempo, sin embargo, de detenerse a la orilla del precipicio. Todavía puede esperarse de la prudencia y habilidad del emperador Napoleón, que le será dado conjurar los premios impulsos que lo arrastran a la alianza rusa, y con ella a la negación de toda su política anterior y a la desaparición de todas las garantías de la futura paz del continente. Una profunda convicción abrigamos:—que si el emperador de los franceses no puede cumplir su misión redentora en Italia sin romper con la Inglaterra y confederarse con la Rusia, ni la Italia será independiente, ni el Austria soltará su presa, ni la Francia verá satisfechas sus actuales esperanzas, ni la Europa reposará en la seguridad de una solución definitiva, liberal, civilizadora, radical e irrevocable de las cuestiones que entraña el oscuro problema de la Italia.

FRANCISCO MUÑOZ DEL MONTE.

## LA UNION HISPANO-AMERICANA.

### ARTÍCULO IV.

#### El Derecho Público.

Si el derecho público, que rige a los pueblos como nacionalidades, no es más que la ley moral, la ley social aplicada en más considerable escala que en la vida íntima de cada pueblo, preciso es reconocer que la diplomacia, la fuerza y la tradición han conculcado las nociones más elementales del derecho humano. Por eso, al hablar de derecho público, hay que distinguir:

Hay uno, fundado en el egoísmo, el monopolio, la desconfianza y el antagonismo artificial, que es el derecho público del pasado.

Hay otro, que reposa en el principio de la libertad y la igualdad, en la armonía de intereses legítimos y la mancomunidad de todos los pueblos en la obra de la civilización; y ese es el derecho público del porvenir.

Espliquemos uno y otro, sin personificar ningún hecho, y veremos cuál es el que puede establecer sólidamente la unión de la gran familia hispano-americana.

El Nuevo mundo es por excelencia un país reformador, pacíficamente revolucionario. Su condición de vida es esa, y es por la reforma incessante, indefinida, que allí puede consolidarse la civilización, dándole por base la libertad. Desde el momento en que la república fue proclamada en el Nuevo mundo, abandonando la *Colonia*, se abrió un abismo entre el pasado y el porvenir, haciéndose forzosa la marcha liberal, so pena de condenar aquellas sociedades a una conflagración o ruina general, ó por lo menos, a un estancamiento lamentable de todos los elementos de prosperidad. Así, en realidad, la América es un mundo sin tradiciones, y su historia, comenzada con el presente siglo, no es más que la crónica de una corta sucesión de heroicos esfuerzos de emancipación y de ensayos en el planteamiento y la consolidación de la democracia.

De aquí proviene que en América se ha ido formulando un derecho público, muy imperfecto aun y vacilante a veces, pero no menos caracterizado en el sentido de reconstituir las nociones de la justicia social. La serie de Constituciones, de leyes políticas, civiles y económicas y de actos parlamentarios y gubernamentales que se han ido cumpliendo ó anunciando siquiera, al través de las revoluciones ó de los movimientos pacíficos de los pueblos, han creado ya una conciencia social del derecho, un carácter bien determinado, un espíritu común de adelanto, un apego decidido a los hábitos de soltura y de personalidad que engendra la democracia, y en fin, cierto conjunto de nociones políticas y civiles determinante de un orden de cosas especial. Este orden de cosas es el derecho público *íntimo* del Nuevo mundo, cuyos principios esenciales son la libertad y la igualdad.

Todo lo que no armonice con ese derecho público, tiende a contrariar la expansión pacífica, la estabilidad, el desarrollo, la vitalidad misma de los pueblos americanos. Todo lo que no conduzca al perfeccionamiento sucesivo de las instituciones que allí constituyen la base de la vida social, detendrá el progreso, complicará la situación, de suyo embarazosa, de esos pueblos adolescentes, y aun perjudicará los intereses de las sociedades europeas que han financiado en el Nuevo mundo muchas esperanzas y establecido estensas especulaciones.

Pero el mal será mayor si, por aberraciones de un orgullo mal entendido, de una vanidad injustificable, de un predominio tradicional, ó de aspiraciones de conquista ó cálculos egoístas, continúan las grandes potencias en esa política intolerante, nada cordial y frecuentemente agresiva, ó por lo menos insultante, que han empleado hasta ahora en sus relaciones con los Estados incipientes de Hispano-América.

La política de los bloqueos, de las intervenciones injustificables, de las usurpaciones de territorio, de la ciega y vejatoria protección dada a todas las exigencias de los súbditos europeos, frecuentemente aleatorias con sumo escándalo; esa política, que hace a los grandes gobiernos cómplices de iniquidades supremas en América, no puede menos que engendrar desconfianzas, retraer a los hispano-americanos de ese noble espíritu de hospitalidad y liberalidad que los distingue, y al cabo crear entre los pueblos de los dos continentes antipatías que, comenzando por ser ridículas, acaban por hacerse escusables y legítimas a los ojos de las sociedades poco adelantadas y de los gobiernos intolerantes.

Pero hay una distinción que hacer en el carácter del derecho público americano, distinción que aumenta el interés de una franca y leal inteligencia entre los dos mundos. En Hispano-América hay, por punto general, una tolerancia religiosa muy limitada aun, a causa del fanatismo rabioso de cierta clase social que medra por la exclusión de las comuniones extranjeras. Pero en lo demás el europeo y todo extranjero encuentra una verdadera patria en Hispano-América, y todos los caminos le están abiertos para buscar la fortuna y vivir con libertad y bienestar. Y por lo que hace a la política internacional, salvos los errores que a veces se cometen, por ignorancia de las gentes ó los subalternos, ó por conflictos transitorios, la conducta de aquellos Estados no revela sino un espíritu de filantropía que merece alta consideración.

En los Estados-Unidos hay un contraste singular que deslustra en gran parte el fecundo y admirable cosmopolitismo democrático de la Unión. Como demócrata, no miro de reojo, en manera alguna, ese movimiento de expansión liberal que constituye el rasgo característico de la sociedad norte-americana;—porque ese movimiento, bien dirigido y adelantado dentro de los justos límites de una influencia moral, no puede menos que desarrollar inmensos intereses en el Nuevo Mundo, y ejercer por contragolpe un poderoso influjo sobre la condición social y las ideas e instituciones del antiguo continente.

Más, por desgracia, una gran porción de los Estados Unidos, la más poderosa hasta ahora, ha impreso a la política norte-americana un impulso de agresión, de materialismo vulgar y de usurpación que, ni cuadra con el espíritu de la democracia, en que todo debe ser espontáneo y pacífico, ni puede conducir sino al divorcio moral de los pueblos americanos y a complicaciones internacionales de mucha gravedad. Así, se ve en los Estados Unidos una contradicción permanente en las nociones del derecho público. En política interior la libertad y la igualdad son los puntos de partida, aunque no en el mismo grado, pues la igualdad que en muchos de los Estados tiene odiosas restricciones legales, no está, en lo general, admitida por las costumbres del mismo modo que por las instituciones. La Unión ofrece asilo a todas las inmigraciones y amparo a las clases desheredadas, asimilándolas con una filantropía digna de aplauso y de universal imitación. Pero, faltando a la lógica de sus principios, la Unión misma se ha dejado arrastrar por su partido llamado *demócrata* en una senda funesta de hostilidad absorbente, de conquista violenta y de maquinaciones y arterias contra los demás pueblos del Nuevo Mundo;—con lo cual se ha creado un derecho público misto, contradictorio, que admite la justicia y la libertad en el interior, pero que preconiza la agresión en el exterior.

Si de estas consideraciones nos remontamos al estudio del derecho público tradicional de Europa, encontraremos que, por punto general, la idea del antagonismo y las preocupaciones sobre equilibrio, preponderancia, intervención, monopolio y *autoridad de los hechos*, son la base fundamental de la política europea bajo su faz internacional. Si se ha de exceptuar a la Rusia, la más liberal de las potencias de Europa en punto a derecho internacional, puesto que desde los tiempos de Catalina II viene proclamando principios eminentes acerca de muchos objetos de discusión diplomática,—las demás naciones considerables del viejo continente se han mantenido en el terreno de las viciosas tradiciones, del egoísmo y del aislamiento, pretendiendo ejercer sobre los pueblos débiles ó secundarios en fuerza una supremacía que ninguna noción de equidad puede justificar.

Las grandes bases que los gobiernos poderosos han dado al derecho público, lejos de ser las de la justicia eterna, del derecho igual de los pueblos, no son sino las de la tradición,—consagrando así las iniquidades del pasado como reglas para el porvenir. En vez de buscar en el derecho humano, en la ley del progreso (que es la razón y el alma de toda civilización), el título para fundar los principios de la moral internacional, se ha querido inventar una *moral aparte*, a despecho de la lógica, como si la naturaleza del hombre cambiase por el solo hecho de estrecharse ó crecer la esfera de acción del hombre mismo. Así, lo que los hombres de Estado miran en Europa como elementos del derecho público, está reducido a estos tres objetos:

El interés egoísta de cada nacionalidad, con abstracción de interés armónico de toda la humanidad;

Los *tratados* existentes, fruto en su mayor parte de la fuerza y de la usurpación, consagradas por la *ley de la victoria*.

La *costumbre* ó la práctica de las grandes potencias. De este modo ha venido ha crearse una verdadera aristocracia internacional, trasplantándose todos los há-

bitos del feudalismo a las relaciones de los pueblos, destinados a ser independientes y libres. Si la Francia, la Inglaterra, la Rusia, el Austria, la Prusia y los Estados Unidos, a título de grandes, son los *principes* de la gran familia humana clasificada en nacionalidades, la España, la Turquía, las Dos Sicilias y alguna otra potencia apenas tienen en esa oligarquía la *nobleza* de segundo orden. Las demás naciones, consideradas como *plebe* por las grandes potencias, se han visto condenadas a la obediencia pasiva y a sufrir una explotación permanente, recibiendo la ley del *cañón*, la más insolente y vejatoria de todas,—la más contraria a los derechos de la humanidad y a las tendencias de la civilización.

Se ha olvidado no solo la noción fundamental del derecho humano, sino la lógica progresiva que preside al movimiento social. Se reconoce ya que en principio absoluto todos los hombres son iguales ante Dios y ante la ley social; sin que las diferencias de educación, de inteligencia, de actividad, de virtud y conciliación puedan tener cabida más que en la esfera de la personalidad ó de la vida privada. Y sin embargo, cuando los hombres aparecen bajo su forma colectiva, constituidos en nacionalidades, se desconoce su libertad e independencia de acción y se olvida que, conservando así sus condiciones esenciales, conservan en toda su plenitud los derechos a la igualdad y la consideración. De este funesto error han nacido las prácticas vejatorias para los débiles y contrarias al orden social, que constituyen el bastardo derecho público de las grandes potencias,—es decir, el derecho público del pasado.

Por eso, el egoísmo orgánico de semejante aristocracia internacional ha creado:

Los ejércitos permanentes, que abruman a los pueblos, pero que son mantenidos como medio de agresión ó de defensa,—es decir, de antagonismo artificial.

La diplomacia corrompida y corruptora, que explota los conflictos y las debilidades de los pueblos, y se sirve de la intriga, el disimulo y el engaño.

El derecho de intervención, atentatorio a la independencia de las naciones,—basado en el sofisma falaz del equilibrio ó del derecho de conservación mal entendido.

Las leyes sobre cuarentenas, pasaportes, etc., que hacen de las fronteras instrumentos de antagonismo, de persecución y de fiscalización vejatoria.

Los sistemas proteccionistas, que convierten los puertos en puertas de prisión para la riqueza, organizando en las aduanas y en las tarifas diferenciales todo un régimen de guerra entre la propiedad y la propiedad, y tuercen lamentablemente las leyes económicas que presiden al movimiento progresivo de los valores en circulación.

Las escuadras militares, las fortalezas marítimas y terrestres y las colonizaciones violentas y puramente precautelativas, que no solo sirven de constante amenaza y son elementos de complicaciones funestas, sino que tienden al monopolio de los mares y de los estrechos, a suscitar el antagonismo, a mantener la barbarie en las regiones desiertas, a erigir la desconfianza en sistema, acrecentar las contribuciones que gravan a los pueblos, embarazar las operaciones del comercio, consumir improductivamente enormes sumas, impedir el crecimiento de las poblaciones fortificadas, y distraer de la industria brazos consagrados que son a la obra de la destrucción.

Y como consecuencia forzosa de ese sistema de antagonismo y de celos, que es la esencia del derecho público europeo,—no solo la propiedad y el individuo mismo pierden su inviolabilidad ante las leyes de la guerra, marítima ó terrestre, y de la *protección* egoísta,—sino que se ha establecido en la diplomacia un orden de gerarquía en que la vanidad y la petulancia hacen el primer papel, dando lugar a un semillero de cuestiones de preeminencia y de puntillo, tan funestas para la paz de los pueblos como propias para degradar a los gobiernos, ponerlos en ridículo ante el mundo y privarlos del prestigio de que necesitan para hacer respetar sus derechos y sus intereses.

Por eso se ha inventado esa grotesca nomenclatura de embajadores y ministros de todas clases, de ceremonias cortesanas e idolátricas y de uniformes y pantomimas, cuyos resultados no son ni pueden ser otros que los de hacer de los representantes de los pueblos, verdaderas caricaturas; de la diplomacia, una comedia de farfantes embusteros ó de elegantes juglares, y de las naciones, entidades que se miran con ojeriza, y que, abandonadas a los arranques del orgullo, acaban por ser rivales y después de rivales enemigas.

Tal es el derecho público del pasado,—el que las grandes potencias han impuesto a la multitud de las naciones, convirtiendo el mundo internacional en una oligarquía, cuando su organización no puede ser sino la de una democracia ó *república de naciones* en que cada individuo colectivo tenga derechos y deberes perfectamente iguales, no obstante la natural y forzosa desigualdad de condiciones expansivas.

¿Cuál será el derecho público del porvenir? ¿Qué pueblos son los que cuentan con mayores elementos para inaugurar y extenderlo? No vacilo en afirmar que ese derecho público no puede ser otro que el de la *democracia internacional* ó cosmopolita, y que es la gran familia hispano-americana la que, por sus condiciones especialísimas, de lengua, de analogía, de ubicación y de tendencias características, puede, como ninguna otra, resolver el problema. Es por eso que no me cansaré de dirigir mi débil voz al noble pueblo ibero, con la sinceridad de un hermano y la franqueza de un demócrata, a fin de que, uniformándose las opiniones entre los hispano-americanos, podamos en breve presentarnos ante el mundo alzando muy alto la bandera del derecho, y con la gloria de haber sancionado un código común que dé por base a nuestras relaciones de familia los principios de la libertad, la igualdad y la fraternidad.

Jamás oportunidades más propicias se presentaron

para realizar tan hermoso pensamiento, cuya iniciativa debe la España apresurarse a tomar. Las cuestiones suscitadas con motivo de la isla de Cuba; los nuevos intereses que van surgiendo en Centro-América, adonde las grandes potencias dirigen ya sus miradas; la negociación pendiente del tratado de amistad con la república de Guatemala; la que muy en breve se entablará, como lo espero, con un plenipotenciario de la Confederación Granadina; y la interesantísima idea de fusión hispano-portuguesa, que se comienza a agitar seriamente y se va iniciando por actos de cordialidad recíproca y de enlace de intereses industriales; — todo eso concurre a facilitar la obra de unión y de alianza social entre las cuatro ramas que en Europa y América forman la estensa y briosa familia *ibero-americana*, que cuenta con inmensos y privilegiados territorios (la quinta parte del globo) y con una cifra de cincuenta y cuatro millones de población.

Nada hay que pueda oponerse a la solución del problema, si todos procedemos como hermanos, con buena voluntad, con absoluta sinceridad, y guiados por la profunda convicción de que no solo aseguraremos nuestra prosperidad, sino que nuestro ejemplo será provechoso para todas las naciones. Discutamos, pues, con entera tolerancia y sin prevenciones de ninguna clase, los términos en que podemos unirnos y formular nuestro código común de derecho público. Pero antes de entrar resueltamente en ese terreno, se me permitirá esponer en mi próximo artículo cuál es el estado actual de las relaciones políticas, literarias y comerciales de los pueblos hispano-americanos. Esa breve exposición hará ver cuán urgente es que se apresure la realización del pensamiento de fraternidad que nos anima.

JOSÉ M. SAMPER.

Continuamos insertando, por creerlos del mayor interés, los documentos de importancia que van publicándose, referentes a la guerra de Italia.

El Monitor del día 10 publica los dos decretos imperiales siguientes, relativos a la regencia y al ejercicio del gobierno durante la ausencia del emperador:

«Napoleon, por la gracia de Dios y la voluntad nacional, emperador de los franceses.

A todos los presentes y venideros, sabed: Queriendo dar a nuestra muy amada esposa la emperatriz, pruebas de la alta confianza que nos inspira,

Y atendiendo que hemos pensado ir a ponernos a la cabeza del ejército de Italia, hemos resuelto conferir, como conferimos por las presentes, a nuestra muy amada esposa la emperatriz el título de regente, para ejercer sus funciones durante nuestra ausencia, en conformidad a nuestras instituciones y órdenes, tales como las hemos dado a conocer en la orden general del servicio que hemos establecido y será trascrito al libro de Estado.

Queremos que se comunique a nuestro tío el príncipe Gerónimo, a los presidentes de los grandes cuerpos del Estado, a los individuos del Consejo privado y a nuestros ministros las mencionadas órdenes e instrucciones, y que en ningún caso pueda la emperatriz separarse de su tío en el ejercicio de las funciones de regente.

Es nuestra voluntad que la emperatriz presida en nuestro nombre el Consejo privado y el Consejo de ministros. Sin embargo, no es nuestro ánimo que la emperatriz regente pueda autorizar con su firma la promulgación de ningún Senado-consulta de ninguna ley del Estado, a excepción de los que actualmente penden ante el Senado, el cuerpo legislativo y el Consejo de Estado, remitiéndonos sobre este particular al contenido de las órdenes e instituciones mencionadas.

Mandamos a nuestro ministro de Estado que comunique las presentes cartas patentes al Senado, para que las traslade a sus registros, y a nuestro guarda-sellos, ministro de Justicia, que las publique en el *Boletín de las leyes*.

Dado en el palacio de las Tullerías a 3 de mayo de 1859.—Napoleon.—Por el emperador, el ministro de Estado, Aquiles Fould.»

«Napoleon, por la gracia de Dios y la voluntad nacional, emperador de los franceses.

A todos los presentes y venideros, sabed:

En el momento de partir para ir a tomar el mando del ejército de Italia, hemos confiado por nuestras cartas patentes de hoy la regencia a nuestra muy amada esposa la emperatriz, y hemos arreglado para el tiempo que dure nuestra ausencia el orden del servicio por un decreto inserto en el libro de Estado y comunicado a nuestro tío el príncipe Gerónimo Napoleon, a los miembros del Consejo privado y de él de ministros, y a los presidentes del Senado, del cuerpo legislativo y del Consejo de Estado;

Queriendo dar a nuestro tío, el príncipe Gerónimo, un testimonio de la alta confianza que tenemos en él, y con el concurso de sus luces, de su experiencia y de su adhesión a nuestra persona, facilitar a nuestra muy amada esposa el cumplimiento de su misión, hemos decidido y decidimos que la emperatriz regente oiga sobre las resoluciones y decretos que le sean sometidos el parecer del príncipe nuestro tío. La hemos conferido además, como por las presentes le conferimos, el derecho de presidir, en ausencia de la emperatriz regente, el Consejo privado y el de ministros.

Dado en el palacio de las Tullerías a 3 de mayo de 1859.—Napoleon.—Por el emperador, el ministro de Estado, Aquiles Fould.»

El príncipe Napoleon ha dirigido a las tropas que manda la siguiente proclama:

«EJERCITO DE ITALIA.—Quinto cuerpo de ejército.—¡Soldados del 5.º cuerpo del ejército de Italia!

El emperador me ha dispensado la honra de mandaros. Muchos de vosotros son mis antiguos camaradas de Alma y de Inkermann. Como en Crimea, como en Africa, seréis dignos de vuestra gloriosa reputación. Disciplina, valor, tenacidad, tales son las virtudes militares que ofrezcáis de nuevo a la consideración de la Europa, alienta a los grandes acontecimientos que se preparan.

El país que fué la cuna de la civilización antigua y del renacimiento moderno, va a deberos su libertad; vosotros vais a emanciparle para siempre de sus dominadores, de esos eternos enemigos de la Francia, cuyo nombre se confunde en nuestra historia con el recuerdo de todas nuestras luchas y de todas nuestras victorias.

La acogida que los pueblos italianos han hecho a sus libertadores, da testimonio de la justicia de la causa a cuya defensa ha salido el emperador.

¡Viva el emperador! ¡Viva la Francia! ¡Viva la independencia italiana!

El príncipe general en jefe del 5.º cuerpo del ejército de Italia, Napoleon (Jerónimo).»

El general Canrobert ha dirigido al cuerpo de ejército de su mando la siguiente proclama:

«Soldados del tercer cuerpo del ejército de los Alpes: Habiéndonos reunido con la mayor prontitud de todos los puntos de nuestra Francia para venir aquí con vuestra poderosa ayuda en favor de una nación valiente y amiga, invadida inicuamente por el Austria, pronto nos encontraremos juntos al lado de los jefes escogidos por el emperador para dirigirnos.

Esos jefes todos los conocéis. Muchas veces os han servido de guía en los campos de batalla, en donde la mayor parte de vosotros han aprendido a descansar en ellos.

Puedo por primera vez, en la campaña que se inaugura, dirigirme a vosotros y deciros que la honra de mandar en jefe a soldados como vos-

otros no tiene para mí igual, sino mi confianza en vosotros y en las victorias que os esperan.

¡Soldados! La marcha precipitada que habeis hecho por los Alpes no ha permitido a la solicitud del gobierno del emperador daros aun todo cuanto es menester para vuestras necesidades; pronto lo recibiréis, y entre tanto sabréis suplirlo por vuestra adhesión, vuestra energía y vuestra constancia.

Recordad que los guerreros, nuestros padres, que nos han precedido en estas hermosas comarcas, carecían de todo cuando dotaban el estandarte de la patria con una gloria inmortal.

El grande ejército francés tardará poco en encontrarse enfrente del ejército austriaco; ambos se conocen de antiguo; uno y otro recordarán haberse visto en Lodi, Arcole, Marengo, Wagram, nombres ilustres a los que no tardaréis en añadir otros no menos gloriosos.

En el cuartel general del mariscal jefe del tercer cuerpo del ejército de los Alpes.»

«EJERCITO DE ITALIA.—Orden del día.—¡Soldados! Vengo a ponerme al frente de vosotros para conducirlos al combate. Vamos a secundar la lucha de un pueblo que reivindica su independencia y a librarle de la opresión extranjera. Esta es una causa santa que tiene las simpatías del mundo civilizado.

No necesito estimular vuestro ardor: cada jornada os traerá el recuerdo de una victoria. En la vía sacra de la antigua Roma se apiñaban las inscripciones en el mármol para recordar al pueblo sus hechos memorables: de la misma manera hoy al pasar vosotros por Mondovi, Marengo, Lodi, Castiglione, Arcole, Rivoli, recorreréis otra vía sacra en medio de esos gloriosos recuerdos.

Conservad esa severa disciplina que es el honor del ejército. Aquí, no lo olvideis, no hay mas enemigos que los que se batan contra vosotros. Permaneced compactos en la batalla y no abandonéis vuestras filas por avanzar demasiado. Desconfiad de un excesivo arrojío: es lo único que temo.

Las armas de precisión no son peligrosas sino de lejos y no impedirán que la bayoneta sea, como antes, el arma terrible de la infantería francesa.

¡Soldados! Hagamos todos nuestro deber y pongamos en Dios nuestra confianza. La patria espera mucho de vosotros. Ya de un extremo al otro de la Francia resuenan estas palabras de un feliz augurio: el nuevo ejército de Italia será digno del que formaron nuestros padres.—Napoleon.—Genova 12 de mayo de 1859.»

Proclama que el general Giuly ha dirigido el 30 de abril a las habitantes de Florencia:

«Se ha organizado un tribunal prebostal. No aplicará mas que una pena: la de muerte.

Son considerados como crimen ó delito:

1.º La alta traición ó toda acción que tienda a cambiar forzadamente el sistema del imperio de Austria y de los Ducados, ó atraer y aumentar un peligro procedente del extranjero contra dichos Estados.

2.º La ocultación ó venta de armas de todas clases, ó municiones. Se recuerda particularmente al público que se castigará con la pena de muerte sin distinción de condición y de una conducta hasta entonces irreprochable al que conserve armas y municiones, ora en su propia persona, ora en su casa, cualquiera que sea el sitio donde se pueda suponer que tiene entrada.

3.º La participación en las turbas armadas ó no armadas.

4.º El alistamiento ilícito, el espionaje, la seducción de los soldados que pertenecen a las tropas austriacas ó aliadas, y generalmente todo lo que pueda ocasionar una desventaja a los austriacos y una ventaja a los enemigos.

5.º Resistencia a mano armada ó cualquiera agresión contra los centinelas, patrulla, y la menor violencia contra cualquier soldado austriaco ó aliado.

Se previene además, que los centinelas y las patrullas tendrán, no solamente el derecho, sino la obligación de servirse de sus armas contra los que no cedan a la primera intimación.

6.º La distribución ó publicación de escritos revolucionarios.

7.º Los ultrajes contra los militares, no comprendidos en el art. 5.º

8.º Las insignias revolucionarias contrarias al Austria y sus aliados.

9.º Las canciones revolucionarias.

10. Las demostraciones políticas, públicas ó privadas.

11. La desobediencia a las órdenes de las autoridades militares.

12. Los grupos ó reuniones de carácter sedicioso.

13. La intervención en una reunión política, bajo cualquier pretexto que sea.

14. Las contravenciones de cerrar a las horas indicadas los cafés, las fondas y todo establecimiento público.

15. Recibir en sus casas a extranjeros, sin haber dado parte a las autoridades.

16. Destruir, arrancar ó estropear los escudos ó armas del Austria.»

Creemos hacer un obsequio a muchos de nuestros lectores, copiando el contrato que lleva el nombre de Santa Alianza y el acta adicional del congreso de Viena.

«EN NOMBRE DE LA SANTISIMA E INDIVISIBLE TRINIDAD.

SS. MM. el emperador de Austria, el rey de Prusia y el emperador de Rusia, en vista de los grandes acontecimientos que han señalado en Europa el curso de los tres años últimos, y principalmente de los beneficios que ha placiado a la Divina Providencia derramar sobre los estados cuyos gobiernos han puesto su confianza y su esperanza en ella sola, habiendo llegado a persuadirse íntimamente que es preciso asentar la marcha que deben adoptar las potencias en sus mutuas relaciones, sobre las sublimes verdades que nos enseña la religion eterna del Salvador.

Declaran solemnemente que la presente acta no tiene por objeto sino el manifestar a la faz del universo su incontestable resolución de no tomar otra regla para su conducta, ya sea en la administración de sus respectivos Estados, ya sea en sus relaciones políticas con los demás gobiernos, sino los preceptos de esta religion santa, preceptos de justicia, de caridad y de paz, los cuales, lejos de ser únicamente aplicables a la vida privada, deben, por el contrario, influir directamente en las determinaciones de los príncipes y guiar todos sus pasos, como son el único medio de consolidar las instituciones humanas y de poner remedio a sus imperfecciones.

En su consecuencia, SS. MM. han convenido en los artículos siguientes:

Artículo 1.º Con arreglo a las palabras de las Santas Escrituras que mandan a todos los hombres mirarse como hermanos, los tres monarcas contratantes permanecerán unidos por los vínculos de una verdadera e indisoluble fraternidad, y considerándose como compatriotas, se prestarán en cualesquiera ocasiones y lugares, auxilio, ayuda y socorro; mirándose con respecto a sus súbditos y ejércitos como padres de familia, les dirigirán con el mismo espíritu de fraternidad de que se hallan animados para proteger la religion, la paz y la justicia.

Art. 2.º En consecuencia, el único principio en vigor, ya sea entre los referidos gobiernos ó entre sus súbditos, será el de prestarse recíprocamente servicio, de probarse por una benevolencia inalterable el afecto mutuo de que deben estar animados, de no considerarse sino como miembros de una misma nación cristiana, no mirándose los mismos tres príncipes aliados sino como a delegados de la Providencia para gobernar tres ramas de una misma familia, a saber: el Austria, la Prusia y la Rusia, confesando asimismo que la nación cristiana, de la que ellos y sus pueblos forman parte, no tiene realmente otro soberano que aquel al que solo pertenece con propiedad el poder, porque en él solo se encuentran todos los tesoros del amor, de la ciencia y de la sabiduría infinita: esto es, Dios, nuestro Divino Salvador Jesucristo, el Verbo del Altísimo, la palabra de la vida. SS. MM. recomiendan, en consecuencia, con la mas tierna solicitud a sus pueblos como el único medio de gozar de esa paz que nace de la buena conciencia, y que solo es duradera de fortificarse cada día mas en los principios del ejercicio de los deberes que el Divino Salvador ha enseñado a los hombres.

Art. 3.º Todas las potencias que quieran profesar solemnemente estos principios sagrados que han dictado el presente acta, y reconozcan cuán importante es a la dicha de las naciones por tanto tiempo agitadas, el que estas verdades ejerzan en adelante sobre los destinos de los hombres todo el influjo que les corresponde, serán recibidos con tanto ahínco como afecto en esta santa alianza.

Hecho por triplicado, y firmado en París el año de gracia de 1816, el 14 y 26 de setiembre.

Firmados: FRANCISCO.—FEDERICO GUILLERMO.—ALEJANDRO

Conforme con el original.

ALEJANDRO.

En San Petersburgo, el día de la natividad de nuestro Salvador, 25 de diciembre de 1815.»

La mayor parte de los soberanos de Europa se adhirieron sucesivamente a este tratado. No tardó mucho tiempo en hacerse la aplicación de los lugares comunes de moral que se encuentran desarrollados en aquel en provecho de los reyes y en menoscabo de los pueblos. Para establecer esta benevolencia universal, esta caridad evangélica que el czar había predicado, que quiso prevenir todo movimiento, todo cambio político que pudiese perturbar el orden, y se invitó indirectamente a todos los príncipes para que adormeciesen a sus pueblos, apaciguasen los clamores de la inocencia, y encaminasen el ardor de los estudiantes hacia los inocentes y pacíficos estudios de la filología y de la botánica.

ACTA FINAL DEL CONGRESO DE VIENA.

En nombre de la santísima e inviolable Trinidad.

Habiéndose reunido en Viena las potencias que han firmado el tratado celebrado en París en 30 de mayo de 1814 para completar las disposiciones del mismo, y hacer los arreglos necesarios a la pacificación general, etc., han autorizado a sus plenipotenciarios para ajustar y firmar los artículos siguientes:

«Artículo I. El ducado de Varsovia queda reunido al imperio de Rusia, para ser poseído por S. M. el emperador de la misma, sus herederos y sucesores perpetuamente. S. M. I. usará con sus demas títulos el de czar, rey de Polonia.» Los polacos, súbditos respetivos de la Rusia, del Austria y de la Prusia, tendrán una representación e instituciones nacionales, arregladas segun el modo de existencia política que juzgue útil y conveniente concederles cada uno de los gobiernos a que pertenecen.

II. La ciudad de Cracovia, con su territorio, queda declarada para siempre ciudad libre, independiente y estrictamente neutral, bajo la protección de la Rusia, del Austria y de la Prusia.

III. S. M. el rey de Sajonia renuncia para siempre por sí y sus descendientes y sucesores los derechos y títulos sobre los distritos y territorios de su reino que han sido reunidos al de Prusia. Estos distritos y territorios serán consignados con el nombre de «ducados de Sajonia,» y el rey de Prusia añadirá a sus títulos de «duque de Sajonia, mar-grave de las Dos Lusacias y lan-grave de Turingia.»

IV. El Austria, la Rusia, la Gran Bretaña y la Francia garantizan al rey de Prusia la posesión de los países designados en el artículo precedente.

V. Habiendo vuelto el rey de Prusia a la posesión de sus derechos, de resultas de la última guerra, vuelve a tomar nuevamente posesión de la ciudad de Dantzick, del círculo de Cobden, de la Vieja-Marcha, de la parte del ducado de Magdeburgo situado en la orilla izquierda del Elba, de Paderbon y de Neuchatel, etc., etc.

VI. El rey de Prusia reunirá a su monarquía a la parte de acá del Rin, la ciudad de Weiclar y su territorio, el gran ducado de Berg, el ducado de Westfalia, el condado de Dortmund, y el principado de Siegen, y en la orilla izquierda de las ciudades y territorios que estensamente se expresan en el tratado.

VII. El rey de la Gran Bretaña sustituirá a su antiguo título de «elector del santo imperio romano, el rey de Hannover.»

VIII. El rey de Prusia le cede el principado de Hildesheim, la ciudad Gozlar, el principado de Ost-Frise, etc.

IX. El rey de la Gran Bretaña cede al rey de Prusia una parte del ducado de Luxemburgo, las baillías de Klotz, de Elvinjerode, de Rekeberga, etc.

X. El rey de Baviera poseerá en toda propiedad y soberanía el gran ducado de Wurzburg.

XI. La ciudad de Francfort, con su territorio, queda declarada libre y hará parte de la liga germánica.

XII. El príncipe primado recibirá, a contar desde 1.º de junio de 1814, una pensión vitalicia de cien mil florines por vía de indemnización.

XIII. Se agrega al gran ducado de Hesse, en cambio del de Westfalia que se cede al rey de Prusia, un territorio a la orilla izquierda del Rin, en lo que fué departamento de Mont-Tonnerre, comprendiendo una población de 140,000 habitantes.

XIV. Se reúne al reino de los Países-Bajos el antiguo ducado de Luxemburgo; pero la misma ciudad de Luxemburgo será considerada, con respecto a lo militar, como fortaleza de la Confederación germánica.

XV. Se reconoce como base del sistema helvético la integridad de los diez y nueve cantones suizos, tales como existían en cuerpo político cuando el convenio del 29 de diciembre de 1813.

XVI. El Valais, el territorio de Ginebra y el principado de Neuchatel, quedan reunidos a la Suiza, y formarán tres nuevos cantones.

XVII. El obispado de Basilea y la ciudad de Bienne serán parte del cantón de Berna.

XVIII. Los estados que componían la ex-república de Génova, quedan reunidos para siempre a los estados del rey de Cerdeña.

XIX. Los límites de los estados del rey de Cerdeña, por el lado de la Francia, son como existían en 1.º de enero de 1792, excepto las variaciones hechas por el tratado de Paris de 30 de mayo de 1814.

XX. El emperador de Austria reunirá a su monarquía para poseerlos perpetuamente por sí y sus sucesores, los estados que componían la ex-república de Venecia, los ducados de Milan y de Mantua, el condado de Tirol, la ciudad de Trieste, la Carniola, la alta Carintia, los valles de la Valtelina, de Bormio y de Chavenna, el territorio de la ex-república de Ragusa, etc.

XXI. El archiduque Francisco de Este y sus herederos poseerán en toda propiedad y soberanía los ducados de Módena, de Regio y de la Mirándula.

XXII. S. M. la emperatriz María Luisa poseerá en toda propiedad y soberanía los ducados de Parma, de Plasencia y de Guastala. La reversion de estos países se determinará de comun acuerdo entre las cortes del Austria, de Rusia, de Francia, España, Inglaterra y Prusia.

XXIII. El archiduque Fernando de Austria queda restablecido, tanto para sí como para sus herederos, en todos sus derechos de soberanía y propiedad sobre el gran ducado de Toscana, al cual se reunirá el estado «de los presidios,» la isla de Elba y los feudos imperiales de Vernio, Motanto y Monte Santa María.

XXIV. El principado de Luca será poseído en toda soberanía por S. M. la infanta María Luisa y sus descendientes en línea directa y masculina. A las rentas de este principado se añadirá una de ciento cincuenta mil francos, que el emperador de Austria y el gran duque de Toscana se obligan a pagar puntualmente, hasta que las circunstancias permitan dar otro estado a S. M. la infanta María Luisa y a su hijo.

XXV. S. M. el rey Fernando IV queda restablecido, para sí y sus herederos, en el trono de Nápoles, y reconocido por las potencias como rey del reino de las Dos Sicilias.

XXVI. El príncipe regente de Portugal se obliga a restituir al rey de Francia la Guyana francesa hasta el río de Oyapock.

XXVII. Habiendo usado de la lengua francesa en todas las copias del presente tratado, queda reconocido por las potencias que han concurrido a este tratado, que el uso de dicho idioma en nada le alterará en lo sucesivo, ni podrá servir de argumento contradictorio.

XXVIII. Se guardará en Viena en los archivos de corte y estado de S. M. I. un ejemplar de este tratado general, para servir en el caso de que una ú otra de las cortes de Europa juzgue conveniente consultar el texto original de este documento.

En fé de lo cual, los plenipotenciarios respectivos han firmado:

Por el Austria, el príncipe de Metternich y el baron de Wesemburga.

Por la Francia, el príncipe de Talleyrand, el duque de Dalberg y el conde Alejo de Noailles.

Por la Inglaterra, MM. Chancery Cathar y Stewart.

Por el Portugal, el conde de Palmela, D. Antonio de Saldanha y don Joaquin Lobo de Silveira.

Por la Rusia, el príncipe de Raoumoffski, el conde de Stakelberga y el conde de Neselrode.

Por la Suecia, el conde Carlos Axel de Loewenhielm.»

Por lo no firmado, EUGENIO DE OLAVARRIA.



CLASE Y ESPECIE DE LAS MERCANCIAS.	AÑO económic. de 1853.	AÑO económic. de 1854.	AÑO económic. de 1855.	AÑO económic. de 1856.	AÑO económic. de 1857.	CLASE Y ESPECIE DE LAS MERCANCIAS.	AÑO económic. de 1853.	AÑO económic. de 1854.	AÑO económic. de 1855.	AÑO económic. de 1856.	AÑO económic. de 1857.	CLASE Y ESPECIE DE LAS MERCANCIAS.	AÑO económic. de 1853.	AÑO económic. de 1854.	AÑO económic. de 1855.	AÑO económic. de 1856.	AÑO económic. de 1857.	
Cobre viejo..			180		306	Cuchillos para mesa..	1436	550	315		1020	Piedras de chispa..			52	1138	250	58
Estiño en masa..	52	840	756	2220	1728	—ordinarios..	54					—de destilar..			48	24	36	48
Hierro en barras..	6240	9804	6444	10506	8748	—Chinelas..		174	4968	3096	709	Pistolas..	1080	320	1060	1610	410	
Plomo en masa..	1070	2495	4320	4610	2110	Chocolateras..	132					Pizarras..	237	279	108	870	2082	
Zinc en hojas..	2875	3575	1050	1275	2175	Dedales..	1224	543	150	204	270	Planchas..	246	213	933	756	514	
Total..	14712	20801	14975	27975	33932	Despabiladeras..	18	78	24		180	—de abeto..					1252	
<b>Artículos varios.</b>						Escobas..	5996	6444	5226	4632	22146	Plumas de acero..	1642	851	20	912	312	
Abalorios..	299	276	673	658	6591	Escopetas..	96	31				—de ave..		18	10		6h	
Abanicos..	176	486	51	46	306	Escupideras..	250					Plumeros..	901	693		240	5280	
Acordeones..		255				Eslabones..	30	24			1000	Porta-copas..			900	180		
Adornos para señoras..	180	120	85		2856	Espadas..	81	40			24	Porta-monedas..	270	11				
Agujas..	210	635	556	478	2906	Estampas y grabados..			141	152		Quinqués..						180
Alambre de hierro..	3	137	347	204	176	Esteras, dichas petales..	1410	162	1330	840	6882	Registros para oficina..	742	603	360	455		
—de latón..		33	114	207	120	—de la China..						Rizos para señora..		510	1254	1404		
Alfileres..	10		378	240		—del Perú..	2220		144	9610	60	Ropas hechas de varios gé- neros..			880	16		
Alfombras..					1047	Estridor de metal..	48	300		2352	1776	Sables..	75	18			80	
Anclas..	310				8850	Flores artificiales..		122	117	924	306	Sacos de noche..	24	12		120		
Anteojos..	432	124	152	338	88	Porros para sombreros..		300	32	22		Sillas de montar para hom- bres..	1033	1224	391	680	780	
—para teatro (gemelos)..	8		24	100	368	Fósforos..	2237	3520	2861	3598	9777	—para mujeres..	200	280	300	500	990	
Anzuelos..	225	14	21		105	Fulminantes..	2955	90		290	430	Sillas con asiento de cerdas..	198					
Arañas para salón y ofici- nas..	3925	3825	4814	25818	5485	Frasqueras para licores..		80			5372	—de junco..	559	5125	5500	5650	7125	
Armónios..			3000	1572	345	Galones de oro y plata, fal- sos..		270	510		1930	—de madera..	374	1170	765	833	1037	
Artículos de cerrajería..	1462	485	1933	3630	18	Goma elástica..	3	6				—de seda..	50				400	
—varios de poco valor..	23054	15801	17748	15787	26720	Guantes de algodón, lana, seda..	87	243	54	222	160	—para niños..			72	136	180	
cañanes romanos..	137	92	182	399	6543	—de cabritilla..	2829	1580	30		1090	Sillones con asiento de seda..	99	1350	3600	8640	1600	
Balcones de hierro..			1380	910	410	—de piel de gamo..		120				—de junco..	4240	1816	40		8910	
Bandejas charoladas..	560	640	240	3600	440	Guitarras..	48	18	180	150	240	—de cobre..		200				
Baños de zinc..	100	48	130	100	410	Hachas..	213	374			1136	Sombreros para hombres..	1699	2152	1671		9495	
Barajas de naipes..	1170	999	1575	977	2007	Herraje..		18		471	3296	—para mujeres..	6	110			584	
Bastones..	84	147	198	954	140	Herramientas..	1714	2461	5877	13820	3729	Sombreros para eclesiásticos	18	296	158		192	
Baterías de cocina..	1161	599	1503	1640	7695	Herrillas..				3510	3510	—para niños..	216	1065	1877	1103	5322	
Bisagras de cobre..		92	182	170	305	Hojas de lata..	870	1216	2660	3660	1344	—de fieltro..					14580	
—de hierro..		65	554	919	225	Hornillas..					2895	—de paja Manila..			120	900		
Bolas para billar..	12	18				Jarcia..				3552	7476	Sombrillas de algodón..			3012	2167		
Bolsas para munición..	7	3				Joyería falsa..	1995	1157	450			—de seda..	1400	5655	4956	3900	5196	
Borceguías para hombres..			23970	11790	4000	Juegos de ajedrez..		30				Tabaco..	1971	200		600	264	
—para mugeres..		768	620	3186	5040	—de dominó..		60				Targetas para visitas..	936	132			33	
—para niños..			400	400	400	Juquetes para niños..	1833	1139	1088	2380	1026	Tejidos de hilo de hierro..		50				
Botas..		85		130		Lacre..	174	44		308	221	—de latón..		137	50			
Botones de azabache..		4		2620	606	Lápices..	153	372	618	478	369	Teteras de peltre..	162		261	159	42	
—de hueso..	2550	1294	720	935	606	Látigos..		25	6	10		Tijeras finas..	1672	1510	774	716	5066	
—de lana..				12	12	Latón en hojas..	207					—ordinarias..	171	522	1005	2859	210	
—de metal..	40	79	104	298	36	Machetes..			1080	3384	3708	—de sastré..	64					
—de nácar..	3443	2300	1494	2446	4269	Maletas..	1344	1328	812	589	160	Tinteros..			217	226	1372	
—de porcelana..		7				Molinos para café..	4	384	309	179	2520	Tirabuzones..		234	362	252	80	
—de seda..	216	362	8700	16500	4560	Muebles varios..	3752	3073	2362	486	6257	Tirantes..	556	461	480	351	310	
Cadenas de hierro para bu- ques..	520	400	80	205	1995	Munición..	1750	4053	2569	5012	2695	Tela de cerda..			215	301	178	
Cafeteras de hoja de lata..		45	636	468	370	Muñecas para niños..		48	360	162	600	Trinchantes..		9				
—de estaiño..		80	30	68	104	Navajas comunes..	96	2472		787	306	Ule para tapices y pisos..		29	256	177	824	
Cajas de hierro..	80	70	8	20	1672	—para afeitár..	690	300	288	252	81	Zapatos y zapatones..	170	976	3240	2650	2005	
Campanas..		25				Neceseres para costura..			140	100	70	Total..	162948	154932	182360	36638	437860	
Canapés de cerda..		540	350	600	1100	—para teodar..	38	10			1712	<b>Puerto de Manta.</b>						
—de junco..	36	42				Objetos de mercadería..			1175	1475	1300	Valor tot. merc. import. por el puerto de Manta..	158049	201393	176109	112267	94224	
—de seda..						Obleas..	586	296			236	<b>RESUMEN.</b>						
Candados de cobre..		378	105	115	448	Ollas de hierro..	256		1118	1624	1064	Tejidos y artículos de algo- don..	912575	866310	772448	724799	1385459	
—de hierro..	280	162	707	454	550	Orquillas..					153	—de lana..	143812	198968	293448	282158	664094	
Candeleros de metal..		414	405	149		Papel comun..	17344	12558	7762	3970	34900	—de seda..	96635	110114	76539	350443	174170	
Carteras..	363	153	24	75	126	—de estraza..					594	—de hilo..	95613	68876	81825	102609	100578	
Catres de cobre dorados..	60		289	420	3360	—ministro..				7		Bebidas y líquidos..	301903	120415	101685	157327	240074	
—sin dorar..	800	720	1120	2640	8175	—para imprimir..	24	180	240	347		Sustancias alimenticias es- pañolas..	154849	89313	148224	195806	268950	
—de hierro..	206	2940	3600	3140	8175	—para sobres..	132	144	96	60		Droguería y perfumería..	56183	59152	81628	188785	137825	
Cepillos para la cabeza..	45					—de lija..	80	60	32	48	72	Cristalería..	8105	8843	9699	15362	18602	
—para dientes..	43	21	92	109	36	—pintado..	2555	4481	11316	18911	10651	Loza y porcelana..	17596	15518	8758	14692	38708	
—para ropa..	84	72	576	702	660	Palmatorias de metal..					108	Metales en bruto..	14712	20801	14975	27823	33932	
Cigarros..	144	450	375	6290	125	Paraguas de algodón..	2311	648	200	1290	1130	Artículos varios..	162948	154932	182360	316638	437860	
Cilindros para ingenios..	900	3128	816	680	6970	—de seda..	4195	3961	4215	3380	4605	Valor tot. merc. import. por el puerto de Guayaquil..	1944931	1713242	1761387	2374439	3500261	
Clabazon..	4390	2585	8299	9501	12820	Pasamanería de seda, lana y algodón..	6830	3560	3419	3155	150	Valor tot. merc. import. por el puerto de Manta..	158049	201393	176109	112267	94224	
Cocinas de hierro..	260				8025	Peines de asta..	78	123	137	555	210	Total de importaciones..	2122080	1914636	1937496	2486706	3594485	
Compases..		7			35	—de boj..	1227					Se continuará. JOAQUIN DE AVENDAÑO.						
Gorchetes..					767	—de marfil..	2710	780	120	228	552							
Cortaplumas..	1350		3624	4800	14580	—para señora..	763	1412	1244	1408	4861							
Cubiertos de metal..			896	904	3084	Perdidos y relojes..	400	450		930	3375							
Cuerdas para instrumentos..	81	171	126	277	396	Perlas falsas..		20	368	222	80							
Cucharas de estaiño..	2693	697	112	81	950	—del Perú..		6200										
Cuchillos comunes..	228	142		2404		Pesas..	36	39	180	221								
—para papel..		28				Pieles charoladas..		672	4280	8700	7420							
—de punta..	6229	2976	4245		9525	—de lobo..	2856	2815	3117	8072	200							
						—varias..	1269		612	5310	13712							

POLÉMICA CON EL SEÑOR CAMPOAMOR.

Señor D. R. de Campoamor.

Decidido estaba, mi querido amigo, á no decir esta boca es mía, porque en mi juicio la controversia es imposible en general y lo es asimismo entre Vd. y yo. Es imposible en general, porque Vd. no razona nunca, porque no es discutir entretener tres ó cuatro afirmaciones heterogéneas, con cinco ó seis agudezas que nadie celebra como yo y atadas con alguna declamacioncilla, dirigir el todo á LA AMÉRICA donde se publica con el pomposo é inexacto título de «Polémica con la democracia.» El razonamiento le es á Vd. tan antipático como la Economía Política; yo, si me llamase y fuera Ramon de Campoamor, no dirigirla á la Economía Política los dardos de mi ingenio, pero maltratarla siempre con lanza y con espada, á pié y á caballo, á la lógica, convencido de que la lógica era mi enemiga irreconciliable, porque Vd., mi querido, amigo es demagogo en la ciencia. ¡La ciencia! ¿y qué es la ciencia me preguntará Vd...? «Nada; cuatro ó seis secretos y nada más... yo entro á saco la ciencia y niego lo que me place, y cuando se desploma un argumento sobre mí, niego la autorridad del argumento, y si un criterio me maltrata, niego el criterio y formulo una frase y digo que aquello es mi principio y mi criterio.»—y así, amigo mio, vivé Vd. en un continuado carnaval (intelectual), y como á las mas de las gentes gustan poco de esa danza fantástica en que se agitan las ciencias, las doctrinas, los principios y hasta los axiomas, y se fatigan en vano para alcanzar la razon de aquella galop infernal, resulta que la discusion con Vd. es imposible. Yo reto á Vd. y á cualquiera, al que mas presume en esto de descifrar charadas, á singular batalla y me declaro vencido sin tomar parte en ella, en el instante en que se me ofrezcan dos proposiciones, entresacadas de los tres artículos publicados por Vd. en LA AMÉRICA.

nar á la luz de un criterio racional y ageno al odio y al amor que los partidos inspiran, los principios fundamentales de la política moderna, descubriendo su índole, notando su carácter y buscando el punto de enlace de esta política con la sociedad moderna y muy en particular con la sociedad española, era empresa que debía intentarse, porque no serian pocos los provechos que se reeaban de ella... pero no ha sido así y me duele ver perdido ocasion tan propicia; solo me consuela el saber que he hecho cuanto de mi dependia para encaminar á su fin la ya concluida controversia.

Como siempre, mi querido amigo, queda de Vd. afectuoso servidor.

F. DE PAULA CANALEJAS.

## ALCÁZARES FAMOSOS EN LAS HISTORIAS ÁRABES.

### ALCÁZARES DE ORIENTE..

Al dar noticia de los alcázares célebres entre los árabes, debemos prevenir á los lectores que vamos á tratar este asunto, no artística sino históricamente, con el único objeto de dar á conocer, puesto que ligeramente, los teatros de muchas interesantes y maravillosas escenas que relatan los escritores de aquel gran pueblo, atestigüando juntamente su esplendor, liberalidad y magnificencia. Y dado que nuestro fin principal sea esclarecer ciertas curiosidades históricas, todavía, al hacer mención de muchas notables obras de las artes que son celebradas en aquellas historias desde tiempos remotos, presentaremos algunos datos por donde se eche de ver cómo se fué desarrollando la arquitectura de los árabes, que con elementos, parte propios, y parte tomados de otras naciones, llegó al grado de perfección y de belleza que se nota hoy día en los muchos monumentos de aquellos artifices que han llegado hasta nosotros. Tales investigaciones no creo serán inútiles para el que desee conocer la civilización de los árabes; pues su genio poético se nota señaladamente en las obras de sus artes, que no parecen otra cosa sino los sueños de su imaginación ardiente y amiga de lo sobrenatural, realizados con su riqueza, prosperidad y largueza. Tal se advertirá muy singularmente en estos artículos, en donde á vueltas de datos de irrecusable autoridad, se hallarán ciertas descripciones mas ó menos hiperbólicas y maravillosas, hijas acaso de la fantasía de los mismos escritores, pero que á nosotros nos es forzoso aceptar; puesto que todas las noticias que vamos á dar están únicas y exclusivamente tomadas de los árabes y no comprobadas por el testimonio de otros autores.

Conocido es de todos el origen árabe de esta palabra: los palacios que han quedado en nuestra España desde la dominación mahometana llevan este nombre, y de ellos le han tomado no pocos edificios en tiempo posterior. Algunos de tales alcázares, no solamente fueron palacios, sino tambien castillos; pues la palabra árabe *cassr* ó *alcázar* con el artículo *al* y un ligero cambio, tiene entrambas significaciones, y así muchos pueblos de fundación árabe, tanto en España cuanto en Africa y Oriente, llevan los nombres de *Cassr* ó de *Alcázar*, y aun otros de su dual *Cassarani*, como *Alcazaren* ó del diminutivo *Cosseir*, como *Alcoer*.

Los alcázares de que se hace mención en la historia de los árabes anteriores á Mahoma, nos dan á conocer los orígenes y primeros rudimentos de esta arquitectura. Es cierto que entre los antiguos árabes, como gente nómada y habitante de tiendas, no pudo tener gran desarrollo el arte de la construcción de edificios; pero esto que puede afirmarse con propiedad de los árabes meridionales y de la raza de Ismael, no es tan exacto aplicado á los que moraban mas al norte en la Siria y Mesopotamia, los cuales, mas agrícolas que pastores, aun desde tiempos muy antiguos, tuvieron poblaciones estables.

Por los escasos vestigios y noticias que quedan de edificaciones árabes en aquellos remotos tiempos, se nota la introducción de varios elementos que fueron tomando de los pueblos con quienes estaban en relaciones de vecindad y comercio. Por una parte, los árabes vecinos al Egipto, debieron tomar idea para sus construcciones de la magnífica arquitectura faraónica; y en efecto, en las ruinas de la famosísima Petra, antigua metrópoli de los Nabateos, se conservan preciosos detalles de ornamentación egipcia. Por otra, los árabes de la Mesopotamia y Caldea debieron imitar la arquitectura de los asirios y persas, antiguos moradores los unos y vecinos los otros de aquellas comarcas. En efecto, la ornamentación asiria aun se revela en ciertas figuras de animales que hubo en el templo de la Meca, en las ya celebradas ruinas de Petra, y en los alcázares de Córdoba y Sicilia, y en cuanto á la arquitectura persa, fué tambien imitada por los árabes de aquellas regiones, como se notará mas señaladamente en el discurso de estos artículos. Por último, los árabes de la Siria, tributarios del imperio de Oriente, imitaron las artes de los griegos ya desde los siglos anteriores al islamismo; puesto que desde esta época la arquitectura bizantina fué el principal modelo de imitación que adoptaron los artifices árabes, imprimiendo despues á esta arte un carácter particular y propio, y elevándola al grado propio de perfección que se nota en los monumentos de las épocas posteriores. Este género de arquitectura es el considerado generalmente como germen de la árabe; pero sin tomar en cuenta el antiquísimo santuario de la Caba con sus columnas, estátuas é inscripciones en verso; la iglesia cristiana que el rey habisinio del Yemen Abrahá edificó en Sanaa (1) y otros monumentos religiosos, bastará tener en cuenta las ruinas ya celebradas de Petra para considerar los diversos modelos artísticos que desde lejana antigüedad pudieron inspirar á los árabes el gusto de la arquitectura. Con admiración y pasmo recuerdan los mismos viajeros modernos el espectáculo que al cabo de tantos siglos de destrucción y soledad ofrecen aquellas ruinas. Al pié del monte *Hor* (célebre en la Biblia y donde aun se muestra el sepulcro de Aaron), y en las honduras del río *Guadimusa*, que conserva en si y en la cercana población de *Musa* el nombre del legislador hebreo (2) se ocultan los restos de Petra, ciudad de los sepulcros (3) se ocultan los restos de Petra, ciudad de los sepulcros y rival en magnificencia de la célebre Palmira. Cuando al penetrar por una estrecha garganta abierta entre gigantes rocas, se descubren las ruinas de Petra (3), no es posible contemplar sin asombro los prodigiosos restos de templos, anfiteatros, pórticos, arcos de triunfo, y principalmente un recinto inmenso de sepulcros tallados en la roca todo en derredor de la ciudad, ostentando la mas primorosa y acabada ornamentación egipcia, asiria y griega. Tan magníficas ruinas, reservadas de la destrucción de largos siglos, dan una ligera idea de lo que debió ser Petra en sus buenos tiempos, y de las inspiraciones que aquellas obras debieron suministrar á la imaginación entusiasta de los árabes. Despues que el islamismo inauguró para aquellas gentes una época de grandeza y progreso, se sabe con cuánto afán em-

pezaron á imitar en sus alcázares y otros edificios la arquitectura bizantina y aun la egipcia. Así consta, entre otros, de un hecho curioso que un ilustrado escritor, amigo nuestro (1), ha apuntado en estudios especiales sobre la arquitectura árabe, á saber: que cuando Mahoma quiso reedificar la Caba, se alió para ello de dos arquitectos, copto el uno y griego el otro, que hizo apresurar con una nave cargada de materiales que iban con destino á la fabricación de una iglesia cristiana. Pero no interesando á nuestro propósito estas investigaciones, solo nos resta observar que los árabes, muy lejos de copiar como serviles imitadores las artes extranjeras, las modificaron segun su gusto y su genio hasta el punto de formar una arquitectura diversa de sus primeros modelos y acaso superior á ellos. El árabe, así en su arquitectura como en su poesía, se guió por las inspiraciones de la naturaleza, por los sencillos usos de su vida pastoril y errante, y por el sensualismo de su imaginación. Así el árabe, en sus pabellones y cúpulas imitó las tiendas de campaña y les dió su mismo nombre, que en su lengua es *cobba* (2); en sus alcázares y mezquitas figuró un aduar de tiendas, que gentiles y esbeltas levantan sus airoas cúpulas, y en el interior de aquellos y estas imitó con las columnatas y arcadas los bosques de palmeras de sus oasis. Por último, todas sus fábricas las inundó de luz y de colores, y las guarneció de vistosas labores y delicados encajes, dándole un aspecto de alegría, placer y voluptuosidad. Pero vengamos á lo principal de nuestro asunto.

### EL IRAM.

El primer alcázar de que hay noticia en la historia de los árabes, pero todavía en tiempos fabulosos, es el llamado *Iram*, cuya fundación se atribuye á Xeddad, emir árabe del antiquísimo linaje de Ad. Este principio como hubiese sojuzgado á los coptos ó egipcios y otros pueblo africanos, dilatando, segun dicen, sus conquistas hasta el apartadomar de Occidente, concibió en su grandeza el pensamiento de crear un paraíso rival del perdido Eden. Edificó, pues, en su corte un suntuoso alcázar adornado de esbeltas columnas y rodeado de amenísimos jardines. Pero dicen los autores árabes que indignado Allah por la presunción de aquel arrogante monarca, le quitó la vida de una manera sobrenatural, é hizo desaparecer de la tierra el deleitoso Iram (3).

### EL GOMDAN.

Mas famoso todavia es el alcázar llamado *Gomdan*, cuya fundación se remonta á una época ya conocida de la historia árabe. Edificóse, segun la opinión mas recibida, por un emir del linaje de los Himyaritas, antiguos moradores del Yemen llamado *Xorahbil-Ebn Amr Dzuladzar* y por otro nombre *Ali-arah Yabsob* que nació por los años 65 antes de la era cristiana. Pues este Xorahbil, habiendo señoreado el Yemen, quiso fundar en Sanaa, corte de sus Estados, un alcázar digno de su grandeza y tal le hizo que la descripción que de él hallamos en los historiadores árabes raya en lo maravilloso. Segun el célebre *Cazwini* (4), era el *Gomdan* un inmenso edificio cuadrado, que ostentaba en cada una de sus fachadas distinto color, pues una era roja, otra blanca, otra amarilla y otra verde. En medio de este recinto levantábase el alcázar propiamente llamado así, que constaba de siete pisos cada uno de cuarenta codos de alto. El superior era todo de labrado y luciente mármol y cubierto por una sola losa de jaspe, llamándose *Iwan* porque se miraba abierto por uno de sus frentes, descubriendo las risueñas vistas de los jardines inmediatos. En los cuatro ángulos de este salón se veían otras tantas figuras de leones huecos, pero con tal artificio en su interior que cuando penetraba el aire por sus gargantas sonaban como si lanzasen rugidos. La situación de este alcázar contribuía á hermosearle mas y mas; pues se levantaba sobre una colina en medio de Sanaa, dominando la pintoresca ciudad y sus contornos, copiosos en fuentes, arroyos, bosques de palmas y otras arboledas. Cuando el Yemen fué conquistado por los habisinios, su rey Abrahá, que era cristiano, fundó al lado del *Gomdan* una suntuosa iglesia que decoró con gran magnificencia. Este prodigioso palacio duró en pié algunos siglos, siendo la residencia favorita de los Tobas y otros emires del Yemen de la raza de Himyar. Se sabe que por los años 622 de J. C. residia en este alcázar el príncipe himyarita *Seif Ebn Dsi Yazan*, el cual con ayuda de los persas habia recobrado por este tiempo el dominio de Sanaa y de toda la Arabia Feliz, expulsando á los habisinios, sus invasores. A esto aluden los versos de Ebn Alarif, poeta andaluz contemporáneo y favorito de nuestro célebre *Almanzor*, el cual yendo un día á visitarle en el sitio de recreo llamado *Alameria*, que poseia cerca de Córdoba, le dirigió entre otros versos los siguientes:

«La Alameria descuella sobre todos los prodigios de la arquitectura.

Y tu resides en ella como Seif en el Gomdan.»

En este mismo alcázar recibió ostentosamente el emir *Madicarib*, hijo de Seif, á los diputados de las tribus de la Arabia que acudieron á darle sus parabienes y ofrecerle sus homenajes, cuando entró á reinar en el Yemen como tributario del rey de Persia, restableciendo en aquellas comarcas el señorío de la antigua casa de Himyar. Famosa es en la historia esta solemne audiencia, á donde asistieron varios poetas, recitando panegíricos en elogio del emir *Madicarib* y donde se halló representando á los árabes de la Meca, *Abdelmothalib*, abuelo de Mahoma. El alcázar de Gomdan, residencia por largo tiempo de los reyes himyaritas de Sanaa, subsistió hasta mediados del siglo VII de nuestra era, en que fué destruido juntamente con el templo cristiano inmediato, por los árabes islamitas de orden del Califa *Ozman* (5).

### EL JAWARNAC Y EL SEDIR.

No menos célebres en las crónicas y poemas árabes son los dos alcázares llamados *el Jawarnac* y *el Sedir*, fundados cerca de Hira, capital del reino árabe del Irac ó Caldea, por su emir *Anoman* I de este nombre que imperó desde el año 390 al 418 de J. C. Deseoso este emir de alojar con ostentación al príncipe *Bahram Gur*, hijo del rey de Persia *Yezdegerd*, cuya educación se le habia confiado, ordenó que se edificasen dos alcázares, vecinos el uno del otro, escogiendo para ello un lugar saludable por sus aires y alegre por sus vistas á orillas del río *Forat* ó *Eufrates* á tres millas de Hira su corte. Para esta obra se valió *Anoman* de un célebre arquitecto llamado *Sennamar* que segun dicen era griego de nación, aunque los nombres de los alcázares fueron tomados de la lengua persa, á saber: *Jawarnac* de *Jorengah* que significa pórtico ó cenáculo y *Sedir* de *Seh* y *Dir* que quieren decir los tres pabellones. *Sennamar* llevó á cabo la obra con tal escelente traza y tal magnificen-

cia, que el emir *Anoman*, teniéndola por una maravilla del arte tributó al artífice grandes aplausos y honras. *Envanecido Sennamar* y sobrado imprudente dijo al emir:

«Yo os confieso que toda la firmeza de fábrica que veis tan sólida estriba sobre una sola piedra, cuya situación nadie sabe sino yo mismo, y á fé que si la sacasen de su puesto vendría á tierra todo el edificio.»

Pues el emir, aunque admirando el ingenio arquitectónico de *Sennamar*, receloso de que aquella noticia se divulgase, y así la conservación de tan soberbio edificio estuviere á merced de algun mal intencionado, hizo despeñar al indiscreto artífice desde las almenas del alcázar. De este suceso tuvo origen el adagio *recibir la recompensa de Sennamar*, que ha quedado entre los árabes en el sentido de ser pagado con ingratitude.

El alcázar del *Jawarnac* trae á la memoria un suceso interesante y que no cuenta ejemplos parecidos en la historia de los árabes. Aquel mismo rey *Anoman*, como profesase la fé cristiana, esta religion espiritual le habia inspirado el hastio y desden de los placeres y grandezas terrenales. Acacció un día que contemplando desde las azoteas del *Jawarnac* la admirable disposición de sus alcázares, los vergeles que los rodeaban y el río de Hira que corría á poca distancia por una amenísima campiña, surcado por muchos bateles, se complacia en la prosperidad y alteza de poder que disfrutaba, cuando de repente asaltó á su espíritu el pensamiento de la vanidad de las cosas mundanas y exclamó:

«Todo esto que hay es mio, mañana tendrá otro dueño.»

Tocado en su corazón el rey *Anoman* por esta inspiración, que atribuyó al cielo, al punto concibió el designio de renunciar al mundo. Y en efecto, llegada que fué la noche, se despojó de sus vestiduras reales, se cubrió con un traje de tosco sayal, y prohibiendo á sus servidores que le siguiesen, se fué adonde jamás se supo de él. Sin duda se retiró á uno de los monasterios cristianos que habia á la sazón en aquellas soledades, en donde desconocida su grandeza pasó el resto de sus dias entregado á la devoción y la austeridad. Este hecho del emir *Anoman* fué celebrado por el poeta *Adi Ebn Zeid* en los siguientes versos que dirigió á otro príncipe, *Anoman* su discípulo:

«Medita en lo que hizo el señor del *Jawarnac*, cuando se puso á contemplar (el magnífico espectáculo que se descubria desde su alcázar) y sírvate su ejemplo para dirección de tu vida.

«Regocijaronle sus riquezas, la extensión de sus dominios, el río que surcaba la vecina pradera y el (alcázar de) *Sedir*.

«Mas de repente se estremeció su corazón y dijo: ¿qué felicidad cabe en la vida humana cuando viene á parar en la muerte!»

Los años adelante, cuando el rey de Persia *Josrú Parwiz* ó *Cosroés II*, monarca poderoso, invadió y sojuzgó el estado de Hira, residió en el alcázar del *Jawarnac* y en él estaba alojado, cuando le llegó la nueva de la batalla de *Dzucar*, en que uno de sus generales fué derrotado por la tribu árabe de los *Becritas*, año 611. Pasados veinte y dos años de este suceso, el alcázar y castillo del *Jawarnac* fué tomado por los árabes nuevamente convertidos al islamismo, cuando marchando á la conquista de Persia, sujetaron de paso los estados de Hira, año de 633. Aunque bajo la nueva dominación la antigua corte de Hira empezó á decaer, prosperando en su lugar la nueva población de *Cufa*, fundada cerca de aquella ciudad, el alcázar del *Jawarnac* se conservó por lo menos hasta el tiempo de los califas *Abbasidas*. Consta por la historia que estos soberanos, y señaladamente el quinto de ellos, *Harun Arraxid*, gustaban de pasar algunas temporadas en aquel retiro para gozar de la pureza de su ambiente y de las delicias de su pintoresca situación.

Los poetas árabes hacen frecuente memoria de los dos alcázares del *Jawarnac* y el *Sedir*, celebrándolos como maravillas del arte y moradas del placer. *Amrú Ebn Coltzum*, vate del desierto, anterior á Mahoma, celebra en unos versos á los cerrajeros y tapiceros que adornaban el alcázar del *Jawarnac*. Un poeta andaluz, contemporáneo de *Almanzor*, en cierta composición muy notable que traduciremos mas adelante, pondera la excelsa y grandiosa fábrica del alcázar de *Azzahira*, que sobrepasaba á la del *Jawarnac* y el *Sedir*. Otro, tambien español, celebrando un día de festin que el rey de Sevilla *Almotamid Ebn Abbad*, pasó con sus ministros y favoritos en el alcázar del *Bostan* en Córdoba, dice que se renovaron allí con los festejos, los regocijos y las libaciones los placeres del *Jawarnac* y el *Sedir* (1).

### CASSR SINDAD.

Tambien se halla noticia en los autores árabes que han tratado la historia de aquellos tiempos, de otro alcázar llamado *Sindad*, celebrado por las altas almenas que le coronaban. Estuvo situado, segun parece, junto á un arroyo del mismo nombre, no lejos de la ciudad de Hira y de los palacios del *Jawarnac* y *Sedir*, en un lugar adonde las cabilas árabes, descendientes de *Wail* y de *Iyadh*, concurrían en ciertas épocas del año para venerar un ídolo nombrado *Dzulcabat*. De este y otros monumentos de la época anteislámica, hace mención el poeta árabe *Sofein el Tzauri* en unos notables versos (2) cuya traducción es la siguiente:

«¿Qué cosa puede llamar la atención despues (de la desaparición) del pueblo de *Moharric* (3), cuyas moradas hoy yacen desiertas y de la gente de *Iyadh*! (4)

«De los habitantes del *Jawarnac* y del *Sedir* y de *Báree* (5) y del alcázar almenado de *Sindad*.

«En otro tiempo florecieron en *Anquir* (6) en donde hoy se desborda sobre sus restos el agua del *Eufrates* que cae despenada desde altos collados.

«Los vientos corren desatados sobre los vestigios de sus casas que no pudieron subsistir mas del tiempo decretado.

«Hé aqui cómo la felicidad y todo lo que deleita (al hombre) viene á parar al cabo en vejez y perdición.»

### EL IWAN.

Pero el mas célebre y prodigioso de los alcázares que mencionan las historias árabes en la época anterior á Mahoma, y que se consideró como la obra mas magnífica de todo el Oriente, fué el llamado *Iwan*, fundado por el poderoso rey de Persia *Josrú Anuxirvan* (7) ó *Cosroés I* de este nombre, en *Madain*, la antigua *Ctesifon*, capital de los Partos, sobre la margen derecha del río *Tigris*. El *Iwan*, nombre árabe ó persa que significa pabellón ó cenáculo, ó como otros le llaman *Thaq Iwan*, es de

(1) *Aimaccari*: texto árabe, tomo I. P. 411 y siguientes. Acerca de estos alcázares véase á *Causin* de *Perceval* y *Herbelot* en los libros citados.

(2) *Kosegarten*: *Chrestomathia arabica*, pág. 61, texto árabe.

(3) Rey de Hira que subió al trono por los años de 368 de J. C.

(4) Nombre de una tribu árabe poderosa en lo antiguo.

(5) Nombre de un lugar cerca de *Cufa*.

(6) Lugar cerca de Hira.

(7) Este fué *Anuxirvan* llamado el Justo. Entró á reinar en el año 531 de J. C.

(1) Véase á *Noel des Vergers* en su *Arabie*: Paris, 1847, pág. 71.

(2) Sabido es que los árabes llaman *Musa* á Moisés.

(3) En nuestros dias Mr. *Leon de Laborde* ha visitado las ruinas de Petra, describiéndola minuciosamente en el excelente libro de su viaje, á donde remitimos la curiosidad de nuestros lectores.

(1) D. Manuel de Assas en el *Semanario Pintoresco Español*. Tomo de 1857, pág. 313.

(2) De donde viene nuestra voz *aloba*, sin duda por la forma que estos aposentos tendían en los alcázares moriscos.

(3) *Causin* de *Perceval* en su ensayo sobre la historia de los árabes anteriores al islamismo, etc., tomo I, pág. 14, Paris 1847.

(4) En su libro de las maravillas de las cosas criadas.

(5) *Causin* de *Perceval* en su citada historia.—*Noel Des Vergers* en su *Arabie*.—*Herbelot*: *Bibliothèque orientale*.

cir, el palacio de la cúpula (1) era un inmenso edificio de extraordinaria altura y de tal extensión que sostenían su techumbre cuatro mil columnas. Estas eran todas de plata distribuidas vistosamente en diversos órdenes de arquitectura. Cobijábale una elevada y gigantesca bóveda que representaba la del cielo y se miraba embellecida por mil globos de oro, que semejaban los planetas y diversas constelaciones del Zodiaco, girando todos con sus propios y particulares movimientos (2). Debajo de esta cúpula se levantaba el riquísimo trono del rey de Persia, sobre el cual se admiraba una preciosísima corona de oro toda cuajada de esmeraldas, perlas y rubíes y colgada de la bóveda por una gruesa cadena de oro. Esta cadena tenía por objeto el mantener suspendida la enorme corona, de suerte que al sentarse el rey en el solio pudiera encajársela en la cabeza sin que se la lastimase con su grave peso. Las paredes del vasto salón se miraban adornadas con treinta mil tapices primorosamente bordados que figuraban diferentes arcos, galerías y compartimientos. Debajo de este alcázar había muchos aposentos embovedados, en donde se guardaban los inmensos tesoros que poseía el rey en oro, plata, perlas y preciosos aromas que se quemaban para perfumar el alcázar.

Entre otras escenas de que fué teatro este portentoso alcázar, cuentan los historiadores árabes que en él recibió el rey Josrú Parwiz ó Cosroes II en solemne audiencia al emir de Hira Annoman Ebn Mondzir y al príncipe himyarita Seif, ya antes mencionados, de los cuales el segundo, presentado por el primero, venía á solicitar la ayuda de aquel soberano. Cosroes, para deslumbrar á aquellos príncipes con su magnificencia, según costumbre de los orientales, se rodeó aquel día de mayor pompa y aparato, derramando por dentro y fuera del alcázar su guardia compuesta de seis mil hombres armados y su numerosísima servidumbre, en que se contaban hasta doce mil esclavas, todas vistosamente aderezadas. En derredor del rey se veían sus sátrapas, cortesanos y capitanes, sus poetas y músicos y las damas y mugeres distinguidas de su harén y servidumbre, que eran hasta tres mil jóvenes libres, aparte de las esclavas ya referidas, brillando juntamente por la riqueza de su atavío y por su juventud y belleza; pues se habían escogido, como era costumbre, entre las doncellas más hermosas de todo el reino. Cuando Cosroes subió al trono, la corona estaba cubierta por un velo de tupida seda; mas como al ajustarla á su cabeza, la descubriesen sus servidores de improviso, el soberano apareció con tanto esplendor, pues tales eran los rayos de luz que arrojaban las perlas de la corona, é iluminaban el rostro de Cosroes, que deslumbrados el príncipe Seif y otros que asistían por primera vez á tan admirable espectáculo, cayeron de rodillas. En esta entrevista Cosroes rehusó á Seif el socorro que le pedía, y solo por ostentación y alarde de su esplendor mandó revestirle con una túnica de honor y regalárle diez mil dirhemes ó monedas de plata, las cuales el príncipe, al salir de la audiencia, con el desprendimiento propio de los árabes, ó mas bien por alarde de desinterés, repartió por completo entre la servidumbre del mismo alcázar y el pueblo que había acudido á sus puertas. Esta acción llegó á oídos del rey Cosroes, el cual muy admirado, mandó llamar á Seif y le dijo:

«¿Qué has hecho? ¿No debiste conservar mi regalo para remediar en el estado de estrechez en que te encuentras y para el cual has venido á pedirme remedio?»

Pero Seif, que al ver el excesivo fausto de la corte del rey persa, tuvo presente que la codicia se aumenta con las riquezas y el lujo, respondió sagazmente:

«Y de qué me podrán servir el oro y la plata de la Persia si estos metales abundan como el polvo en nuestras montañas?»

En efecto, la codicia cegó á Cosroes, el cual había oído sin duda ponderar el mucho oro que atesoraba en sus montes la Arabia. Así fué que envió en ayuda de Seif á uno de sus generales con un poderoso ejército, el cual derrotando á los habisimios que dominaban á la sazón en el Yemen y tomando á su capital Sanaa, redujo esta región á la soberanía de la Persia, quedando Seif como virey de aquellos monarcas, según antes lo dejamos indicado.

Durante las largas guerras que suscitaron algún tiempo después los árabes convertidos al islamismo, y que hundieron la dinastía de los persas, vinieron á servir las riquezas del Iwan para trofeo y despojo de los conquistadores que tantas veces las habían contemplado con envidia. En el año 16 de la hegira Sad, uno de los alcáides del Califa Omar, entrando por la Persia, saqueó el palacio de los Cosroes en Madain, llevándose los árabes el suntuoso trono, el estandarte de los reyes persas y otras preseas de gran valía que allí se atesoraban. Sin embargo, aunque Sad permitió el saqueo de las riquezas muebles del Iwan, no consintió que se derrubiese nada de la suntuosa fábrica, y así, aunque los musulmanes quedaron señores de la Persia, todavía se libró de la destrucción el maravilloso alcázar del rey Cosroes, merced á la ilustración y respeto á las artes de los generales y emires árabes. Cuando el Califa Abbasida Almanzor edificó sobre las riberas del Tigris la ciudad de Bagdad, que destinaba para corte y cabeza de su imperio, quiso que se trasportase allí el palacio del Iwan ó Taq Iwan. Pero como Jaled Ebn Barmec, señor persa su favorito y progenitor de los famosos wacires Barmecidas, le disuadiese de deshacer un alcázar tan célebre en los anales de la Persia, Almanzor desistió de su propósito, escuchando de buen grado el consejo que le dió su discreto privado de que tal maravilla debía conservarse como testimonio del favor de Allah y de la soberbia de Cosroes, tan gloriosamente abatida por los musulmanes. Moderación por cierto con que Almanzor se mostró muy superior á los Constantinos, Carlos Magno y Abderrahmanes, que con los trofeos y despojos arquitectónicos de Roma, Ravena y Cartago, embellecieron á Bizancio, Aix y Córdoba.

No hemos podido averiguar la época en que desapareció el alcázar del Iwan: baste á nuestro propósito apuntar que los poetas árabes han guardado su memoria como las de otras obras maravillosas que tanto aplacen á su imaginación, y mas adelante veremos que un poeta de Córdoba, al encarecer la magnificencia del alcázar de Almanzor en Medina Azzahira, le prefiere al famoso Iwan, afirmando que fábrica tan admirable como aquella, no hubiesen acertado á edificarla aquellos antiguos persas, tan diestros en levantar obras gigantescas cuanto en su traza y adorno (3).

(1) Taq ó Thaqi en persa significa bóveda ó cúpula, así como Iwan pabellón ó palacio. También fué conocido este alcázar con el nombre de *Thaq Quesra* ó *Thaq Josru*, es decir, la cúpula de Cosroes.

(2) El rey de Persia Cosroes Peroses ó Josrú Parwiz ya citado, que subió al trono en 590 de J. C., tuvo en su palacio de Ganzac un aposento semejante al del Iwan, pues su alta cúpula representaba el cielo con el sol, la luna y los demás astros. Debajo de la cúpula y tocando casi á aquel figurado cielo, se alzaba una colosal estatua del rey Cosroes, que con cierto ingenioso mecanismo arrojaba una lluvia de agua y formaba el sonido del trueno. Este monumento de la vanidad y soberbia de aquel rey fué quemado por orden del emperador Heráclio cuando se apoderó de Ganzac en el año 623 de nuestra era.

(3) Acerca del Iwan, véase á Causin de Perceval y á Herbelot en las obras citadas.

Tales son los alcázares y sitios de recreo famosos en la historia de los árabes del desierto anteriores á Mahoma, monumentos cuya magnificencia ha sido exagerada, sin duda, por aquellos escritores, pero que de todos modos deben considerarse como los gérmenes y modelos de la grandiosa arquitectura árabe de los posteriores tiempos.

Cuando la predicación del islamismo inauguró para los árabes nuevos destinos, sus emires, con igual afición al fausto y las maravillas del arte, pero con mayores riquezas, levantaron alcázares suntuosísimos de que todavía se conservan muchos mas ó menos deteriorados en diversas y apartadas comarcas de Oriente y Occidente. Las artes, así como las ciencias y letras, debieron mucho á la ilustración y esplendor de los califas abbasidas de Oriente. Después que Abu Chafar Almanzor fundó á Bagdad, él y sus sucesores compitieron en hermosear aquella corte con soberbios monumentos de las artes. Pero solo haremos mención del titulado

CASSR ALJOLD.

Entre los alcázares que durante la dominación de aquellos soberanos embellecieron las pintorescas cercanías de Bagdad y las risueñas márgenes del Tigris, merece especial memoria el llamado *Cassr Aljold*, es decir, alcázar de la inmortalidad ó de la felicidad perenne. Ignoramos á qué califa se debió la fundación de este alcázar, pero sabemos que en él solía residir el célebre Harun Arraxid, y que desde allí este soberano dirigió sus miradas mas de una vez con celos y desconfianza al palacio de sus wacires los Barmecidas, situado en la orilla opuesta del Tigris, á donde concurrían los cortesanos y pretendientes, la gente de armas y la de letras, en mayor número que al del mismo califa, obligados por el poder y por la largueza de aquellos señores. Sabido es el lastimoso suceso en que vinieron á parar los Barmecidas cuando perdieron, juntamente con la gracia de Arraxid, sus bienes, grandezas y vida, infortunio memorable que mereció ser lamentado por muchos poetas. Los salones de este alcázar de la inmortalidad, lujosamente adornados, brillantes con las luces y las flores, perfumados con suavísimas esencias y resonando con la armonía de las músicas y los cantares, fueron teatro de muchos interesantes sucesos de aquel reinado, y legaron, sin duda, sus maravillosos recuerdos á los autores del libro de las Mil y una noches. Allí, en medio del placer y la magnificencia, daba Harun suntuosos banquetes á sus cortesanos, y celebraba justas literarias entre los sabios, jurisconsultos, teólogos, gramáticos, músicos, recitadores y poetas, que disfrutaban de sus liberales favores. Allí, en medio de un espléndido festín, se levantó en una ocasión el poeta favorito Abulatahía, y celebrando la escena de fausto y goce que allí se representaba, dirigió al califa los versos siguientes:

«Vive largos años disfrutando el logro de tus mas dichosas esperanzas; goza de felicidad bajo las altas bóvedas de estos ricos alcázares.

«Que todo cuanto contemples en derredor de tí al despuntar la mañana y al declinar la tarde, no se dirija á otro objeto que al de realizar tus mas cumplidos deseos.»

En el artículo inmediato trataremos de los alcázares del Occidente, y en especial de los fundados por los árabes de España, asunto de mayor interés para nuestros lectores.

FRANCISCO JAVIER SIMONET

## LOS ALPES.

(Conclusion.)

### IV.

Antes de decir nada sobre el carácter y costumbres de los habitantes de los Alpes, que es con lo que terminaremos esta vez no muy bien coordinada relación, no será fuera del caso el que dirijamos un poco la vista hacia la monstruosa cordillera asiática del Himalaya, en cuya comparación nuestros Alpes solo son unos pigmeos, como veremos, pero no por eso menos interesantes bajo diferentes puntos de vista. Los Andes mismos, en el continente americano, á quienes hasta hace poco se concedía la supremacía entre todas las cordilleras del mundo, se quedan muy atrás en la comparación.

No deja de ser sumamente notable el que, aquella tan imponente región, cuna donde sin la menor duda tuvo origen la especie humana, aun cuando no se sepa de fijo ni se pueda averiguar cual fué la localidad especial que Dios eligió para la creación del primer hombre, haya permanecido, digámoslo así, desconocida de todos los habitantes del resto del globo, incluso los que viven en sus inmediaciones. El general Aristobulo que acompañó al grande Alejandro en su escursión ó conquista de la India, y que llegó hasta el pie de esta cordillera después de atravesar el monte Cáucaso, no hizo mas que llamar la atención sobre su existencia. Estrabon, Plinio y otros célebres historiadores de la antigüedad, copiando únicamente lo que antes había dicho Ptolomeo, uno de los sucesores de Alejandro y que avanzó en sus escursiones hasta las orillas del Ganges, solo la mencionan como una gran montaña de nieve llamada Imaus ó Himavat por los indígenas, y cuyo nombre en el lenguaje *Sanscrito* significa *montañas de nieve*. Varios poetas orientales la han cantado versificaciones, diciendo uno que era el Olimpo donde los dioses tenían su mas deleitosa morada; otros por el contrario, aseguraban que allí se refugiaban y guarecían los increíbles y los espíritus malos, huyendo de las persecuciones y de los castigos á que se habían hecho merecedores, y por último, los mas avisados cantaban su benéfica influencia, por los caudalosos rios que de su seno proceden, fertilizando los campos y proporcionando la subsistencia á millares de pueblos.

Los primeros traficantes occidentales atraídos únicamente hasta aquellas regiones por su sed insaciable de riquezas, no fijaron la atención en tan portentoso monumento de la naturaleza, y, hasta los mismos chinos, se contentaron con indicar su existencia en sus mas antiguos mapas geográficos, consignándole el nombre de *Siné Sham*, que quiere decir tambien montaña de nieve. Pero en el día ya la conocemos casi con mas exactitud y aun con mas detalles que la cordillera de los Alpes, gracias al espíritu investigador de la ilustrada y eminentemente civilizadora nación inglesa que no ha perdonado medio para llenar este gran vacío histórico y geográfico desde su instalación ó establecimiento en las Indias orientales. Los que mas se han distinguido por sus intrépidas y felices escursiones han sido los Gerrardi, Moorcroft, Herbert, Hooker, Thompson y Strachey, subiendo hasta 18 y hasta 20,000 pies franceses sobre el nivel del mar; al paso que otros sabios, entre ellos los S. S. Hislop, Hunter, capitán Grant, Fleming, etc., se han dedicado al estudio geológico de los inmensos territorios subordinados á la cordillera por la parte del Mediodía. Véase la obra publicada por el muy ilustrado G. B. Geonough, fundador de la sociedad geológica de Londres y titulada *General Sketch of the Physical and Geological features of British India*.

De todos estos trabajos modernos resulta que la gran cordillera del Himalaya corre de NO. á SE. ocupando su base una longitud de mas de 450 leguas españolas y que el prusiano

C. Bitter, en su obra publicada en Berlin en 1832, para dar una idea material de su grande extensión dice que, si se la pusiera colocada transversalmente en Europa, se estendería desde el golfo de Bayona, extremo occidental de los Pirineos, hasta la desembocadura del Danubio en el mar Negro. Su amplitud ó anchura vienen á sermas de 150 leguas, entre los grados 27 y 35 de latitud boreal, componiendo en todo una extensión ó superficie de 16.000 millas geográficas, que vienen á ser mas de 10.000 leguas cuadradas españolas.

Toda la cresta de la cordillera, hasta en sus mas pronunciadas depresiones, pasa de la altura marcada por los físicos para línea ó límite de las nieves perpétuas en aquellas latitudes. Sus mayores altitudes en los picos mas destacados llegan hasta 8.556 y á 8.576 metros (30.778 pies españoles) sobre el nivel del mar, al paso que en los Alpes la altura del Mont-Blanc, que es la máxima, no pasa de 4.810 metros. El hasta ahora tan célebre Nevado de Lorata en los Andes, 6.529 metros y el piceo de Mulhacen en Sierra Nevada 3.555 metros.

Por la parte del Norte inmediato á la cordillera, el terreno vuelve á elevarse algun tanto, dejando una especie de gran vallado ó depresión que corre paralelamente á ella, donde se recojen las aguas de las nieves para dar origen á cinco caudalosos rios que todos empiezan su curso corriendo de O. á E.: el Hoangho que después de mil sinuosidades marcha hacia el N. E. lamiendo á su paso la gran capital del imperio Celeste; el Kin-cha Kany ó Takiang que tuerce hacia el S. y no queriendo abandonar el territorio de la China, vuelve después al N. para seguir definitivamente al E. y desembocar en el mar junto á Nanking; el Mackú ó Cambodja, el Oritheu ó Thsun-tun y el Irrasiady tuercen y siguen después constantemente al S. atravesando y fertilizando la India posterior, por cuyas costas se pierden en el mar.

Este terreno mas elevado se estiende mucho en todas direcciones y, como no recibe aguas del Himalaya, que las procedentes de las pequeñas elevaciones que accidentan su superficie son bastante escasas, sus llanuras, constituidas por un suelo de la época terciaria, que en muchos parajes es mas ó menos salitroso y aun completamente salifero, siendo por consiguiente muy áridas y no prestándose al cultivo de una vegetación lozana; resultando de estas circunstancias unos inmensos desiertos como el de Kokonor en el Tibet y el de Gobi en el Mongol. Las llanuras de estos desiertos están, sin embargo, cubiertas de yerba y de matorrales y pueden ser consideradas como otras tantas inmensas dehesas, á que llaman *Estepas*, para alimentar en ellas toda suerte de ganados; y efectivamente, para este objeto las aprovechan los tártaros y otras razas de hombres medio salvajes del centro del Asia.

El ganado á que dan la preferencia es el caballo, porque encuentran muy sabrosa y muy alimenticia la leche de las yeguas, debido, sin duda, á lo salobre de los pastos y que, según aseguran varios viajeros occidentales, es preferible á la de nuestras cabras, ovejas y aun de las mismas vacas. Estos tártaros deben, pues, ser considerados como esclusivamente pastores y pastores nómadas ó ambulantes, trasladando sus campamentos según la estación del año y según es la abundancia ó escasez del pasto en cada punto. Los árabes establecen sus aduares con tiendas de tela grosera; los tártaros forman unas verdaderas poblaciones con casas ó mas bien cajones grandes de madera que transportan sobre ruedas, y tirados hasta por 50 parejas de bueyes los que sirven de habitación á los magnates: en el momento que escogen el sitio para el nuevo aduar, ordenan el caserío, formando primero una gran plaza cuadrilonga, orientada según los ritos de su idolatría, pero sin templos ni edificios especiales para sus ídolos, á quienes rinden la adoración cada uno aisladamente en su respectiva morada; después forman calles rectas y paralelas á los costados de la plaza, y por último, habitaciones mas inferiores ó simplemente cobertizos para la gente de servicio y los abastecedores de comestibles.

Cuando solo son pastores, es decir, mientras no salen de sus Estepas, tienen costumbres muy morigeradas, según nos cuenta el R. P. Fray Duplan Carpin, que los visitó en el año de 1246; son muy obedientes y sumisos á sus superiores, no se querellan entre si, no son inclinados al hurto, y por consiguiente las puertas de las casas no tienen cerrojos ni cerraduras; son sumamente sóbrios, alimentándose exclusivamente de leche y de carne de toda clase de animales, caballos, perros, lobos, zorras y todo lo que anda á cuatro pies. Pero tanto como se consideran y se respetan entre si, tan grande es el odio y desprecio con que miran á las demas naciones, con las cuales son soberbios, orgullosos, engañosos, crueles y traidores, á pesar de que, según sus creencias religiosas, están obligados á ser humanos y benéficos con todos los hombres sin distinción de razas ni de países; así es que, cuando vuelven al suyo después de una escursión, lo primero que tienen que hacer es purificarse de las atrocidades que han cometido, practicando por ello varias ceremonias ridiculas, siendo la principal la del fuego, que está reducida á pasar varias veces por entre dos grandes hogueras encendidas, pero teniendo buen cuidado de no chamuscarse con ninguna de las dos. Tan cierto es que, á pesar de los preceptos de la religión, la generalidad de los hombres se dejan arrastrar por la fogosidad de sus pasiones, y que después tratan de engañarse á si mismos por medio de compensaciones ó por la práctica de ciertas ceremonias ridiculas que de ninguna manera pueden ya justificar el mal hecho.

Con todas estas cualidades de carácter que dejamos indicadas, y teniendo presente lo ingrato del suelo de su país originario, del que solo una muy pequeña porción es á propósito para la cultura, no debemos extrañar el ver en ellos ese espíritu y ese afán incesante de conquista y de pillaje y esa serenidad é intrepidez en los combates con las naciones extranjeras. El primero que se hizo notable, hasta donde alcanzan nuestros datos históricos, por sus conquistas en el exterior, fué el célebre y tan temido Cingis Kahn, quien después de haber reunido bajo su cetro de hierro el dominio de los cuatro reinos en que entonces estaba dividido el gran imperio del Mogol ó Mongol como otros dicen, organizó militarmente y de un modo muy especial y adecuado al carácter de aquellas gentes, la inmensa horda de sus secuaces, después de lo cual emprendió su marcha hacia el occidente, talando y arrollando cuanto se le ponía por delante; en cuyas empresas fué muchas veces auxiliado por otras razas asiáticas que de tiempos muy anteriores se habían establecido por aquellos países, mezcladas y amalgamadas con los escandinavos.

Pero Cingis Kahn no tuvo tiempo para llevar á cabo todos sus proyectos de conquistas, con las cuales aspiraba nada menos que á hacerse dueño y señor de todo el mundo entonces conocido. Sus descendientes heredaron el mismo espíritu belicoso de aquel hombre notable; entre todos ellos se distinguió el célebre Baty-Kahn, quien se apoderó del gran imperio de China, fundando la dinastía tártara que todavía reina hoy día, pero conservando al mismo tiempo sus dominios en el gran Tibet, que le es limitrofe y de donde sacan y renuevan sus mejores guerreros, sosteniendo así la raza tártara pura, que es la que mantiene en sujeción á las otras conquistadas; y al mismo tiempo el Tibet les ofrece un refugio ó punto de retirada para

una eventualidad desgraciada, como ha estado espuesto á verificarse en estos dias con la sublevacion de los partidarios de la antigua dinastia indigena.

Es muy digno de notarse que Baty-Kahn, en todas estas expediciones, iba acompañado de catorce portugueses, uno de los cuales (cuyo nombre siento no tener presente), era quien dirigia los ataques de las plazas, organizaba las marchas y ordenaba los campamentos. Los otros trece formaban una guardia de alabarderos para la seguridad y custodia inmediata de la persona del gran Kahn.

Poco tiempo despues, hacia los años de 1398, segun la relacion de Mr. de Rencis, descollo otro guerrero llamado Timour, conocido mas vulgarmente por el gran Tamerlan, que se dirigió desde el pequeño Tibet á la gran India ó India anterior, fundando alli el vastísimo y tan celebrado imperio del Indostan, el mayor y mas rico que tal vez se haya conocido en el mundo. Pero los sucesores del gran Timour no heredaron su energia, entregándose demasiado á los goces materiales y al oropel del trono, con toda la ostentacion de los instintos orientales; y como por otra parte habian ya cortado todas sus relaciones con la Tartaria y con la Persia, los descendientes de los conquistadores se confundieron con los conquistados, y el vasto imperio del Indostan solo se conservaba nominalmente, constituyéndose en verdaderos tiránicos reyezuelos los gobernadores de todas las provincias ó distritos, proclamando, sin embargo, para conservar algun prestigio en el pueblo, que su autoridad procedia de la munificencia del gran Kahn, aun cuando la mayor parte de las veces se hacian dueños del poder por medio de las revoluciones mas atroces y mas sanguiarias. Con estos elementos tan disolventes, solo puede sostenerse un imperio mientras no se le presenta un enemigo fuerte y vigoroso y que no se amalgame con la casta indigena. No tiene, pues, nada de extraño el que los ingleses se hayan apoderado con tanta facilidad del Indostan, convirtiéndolo en una provincia suya, cuya capital es Dehli, pero que ahora pertenece al distrito ó presidencia de Bengala que reside en Calcuta, cuya poblacion cuenta sobre 230.000 habitantes, entre indigenas y europeos.

Entre los muchos rios procedentes de las nieves del Himalaya son varios los que corren por la parte del Mediodia fertilizando todo el territorio de las Indias, cuyo suelo, geológicamente considerado, es ademas muy propicio para la cultura, porque en él se encuentran todas las formaciones de sedimento, desde el plioceno hasta el siluriano. De estos rios, los mas notables por la abundancia de sus aguas y por la grande estension que corren son: el Jiravaddy, que dirige primero su curso hacia el E. y despues va casi rectamente al S. atravesando longitudinalmente el imperio de los Birmanes en la India posterior, por cuya costa occidental desemboca en el gran golfo de Bengala. El Sind ó Indus, de cuyo nombre trae origen el de todo aquel pais y el de sus habitantes, los *hendoos*, procediendo del pequeño Tibet, corre hacia el S. por la parte mas occidental de la gran India, ó India anterior, desemboca en el mar arabigo por la antigua ciudad de Pattala ó Tattah en el Afghamistan ó Kabulistan. El tan caudaloso, tan santo y tan misterioso Ganges, al que los bramas ó sacerdotes bramines prestan la mas respetuosa adoracion, con el objeto de sostener las ilusiones del vulgo y tenerlo siempre bajo su absoluta dependencia, corre de NO. á SE. atravesando toda la India interior, y casi paralelamente á la gran cordillera, de cuya ladera meridional recibe la mayor cantidad de su caudal de agua, desemboca luego en la parte mas interna ó superior del golfo de Bengala, diseminándose antes en una porcion de ramificaciones, ó sean las tan celebradas *Bocas del Ganges*. Y por último, el no menos santo y venerado *Brama Putra*, aunque no tan caudaloso y de menor trayecto, procede de la parte mas oriental de la cordillera y corriendo hacia el S., desemboca igualmente en el golfo de Bengala á corta distancia de las bocas del Ganges. Todos estos cuatro rios, no solo son navegables desde casi su origen, sino que ademas flota sobre sus aguas una inmensa poblacion permanente y casi toda ella estacionaria.

Con una posicion intertropical, que apenas llega en el emisferio boreal al trópico de Capricornio; con una cordillera tan colosal que le sirve de barrera ó pantalla para preservarle de la accion maléfica de las corrientes de aire polares que llegan hasta aquellos desiertos, y con la constante y tan considerable cantidad de agua procedente de las nieves perpétuas, se concibe desde luego la extraordinaria y singular fertilidad de aquel suelo privilegiado por la naturaleza, y que no tiene semejanza en toda la superficie del globo. En el reino animal preponderan los elefantes, los leones, los tigres, hienas, búfalos, rinocerontes, y toda clase de fieras y de reptiles y de insectos dañinos y molestos; en los mares y en algunos rios abundan las ostras y las anodontas perliíferas. En el reino mineral abunda el oro, la plata, el cobre y gran diversidad de minerales metalíferos, diamantes y otras piedras preciosas, asfaltos, betunes y carbon de piedra. En el reino vegetal las producciones mas notables son: las conocidas con el nombre general de especias, como la canela, pimienta negra, clavo, nuez vómica y moscada, etc., árboles de madera muy sólida y compacta, y en algunos muy odorifera, como el sándalo; diversas clases de gomas y resinas que despiden al arder el mas exquisito perfume.

Pero todas estas producciones, como se deja conocer bien desde luego, no son las que verdaderamente satisfacen las necesidades alimenticias del hombre, cuya raza se multiplica alli prodigiosamente, antes bien lo enervan y le ponen en un estado de embotamiento de los sentidos que les hace incapaces de energia y de actividad para ninguna clase de empresas ni de trabajo que no sea muy sedentario y tranquilo, y hasta les es indiferente su existencia misma, la cual sostienen con solo un poco de arroz, con tal de conservarse en aquella especie de sopor ó de letargo mientras ella dura. Así se ha visto en la reciente sublevacion de la casta indigena india, ó mas bien de los cipayos, suscitada y arrastrada, digámoslo así, por algunos individuos escepcionales, y sobre todo por los pocos que alli profesan la religion musulmana, que á pesar de estar regimientados y organizados bajo el mismo sistema que sus llamados opresores, y á pesar de haber presentado en los combates una muchedumbre de gente, una multitud de cañones tanto en las plazas fuertes como en los ejércitos, ha bastado un puñado de europeos, auxiliados de sus intrépidos y fieles cipayos montañeses, Marathos y Sicks, para concluir por sofocarla completamente, no habiéndolo podido verificar por la grandísima estension de territorio en que se habia desarrollado. La casta hendo no sirve mas que para ponerse en facha y dejarse matar como corderos. Los europeos y sus fieles montañeses cuentan como partida igual cuando son á razon de uno contra diez, sin tomar para nada en cuenta el número de sus cañones ni el de sus elefantes.

Pero ya es tiempo que volvamos á descansar á nuestra cordillera Alpina, que el viaje ha sido bastante penoso y poco agradable para los que no somos tratantes en especerías ni en aromas.

## V.

Como dice el Sr. J. L. Binet-Hentsch (1), la gran cordillera

(1) Bibliothèque Univ. de Genève, 20 enero 1859.

de los Alpes forma una red de montañas con contrafuertes en todas direcciones la que hacen muy complicada y muy inextricable; es un verdadero laberinto, cuya descripcion geográfica no se puede hacer con toda exactitud mientras no se tengan mas datos sobre el estudio de sus detalles. Los geógrafos antiguos y aun hasta hace poco tiempo los modernos, han acostumbrado á marcar en ella varios puntos con el nombre de *Alpes griegos ó cottiños*, *penninos*, *lepotiños*, *rheticos* y *dinarios*. Nosotros por ahora solo fijaremos nuestra atencion en la parte mas principal y que ofrece una verdadera cordillera no interrumpida, corriendo casi exactamente de O. á E., en una longitud de cerca de 9 grados, desde la frontera de Francia, pero sin ocuparnos de las ramificaciones que vuelven hacia el Sur, la mayor parte de ellos en territorio de aquel imperio.

Ya hemos indicado antes, que en los tres meses mas calurosos del año suben los pastores con sus ganados á las dehesas veraniegas; tambien hemos dicho que algunos intrépidos mineros se hallan establecidos á una altura de 9.000 pies fr. sobre el nivel del mar, resguardados al abrigo de sus mismas escavaciones en donde, como es sabido, reina siempre una temperatura moderada y uniforme. Pero ahora debemos añadir que el gran hospicio ó hospedería de San Bernardo, edificio al aire libre sobre las nieves perpétuas á una altura de 2.066 metros sobre el mar, está constantemente habitado por aquellos ilustres monjes, los cuales, ademas de llenar los sagrados y filantrópicos deberes de su instituto, han establecido alli hace pocos años, un observatorio meteorológico, contribuyendo de este modo á los esfuerzos que los físicos hacen por todas partes para tratar de poner en claro los fenómenos tan complicados y tan variados que se presentan en nuestra atmósfera. Las culminaciones del Himalaya no pueden ser habitadas ni servir para este objeto.

Bajando la falda de la cordillera y encaminándonos hacia el mediodia, encontramos primero los milaneses y los piomonteses, cuyas dos naciones son las únicas que han conservado el valor y la intrepidez de la antigua raza latina, pero no tienen por sí solas los suficientes recursos, aun cuando reunirán ambas sus esfuerzos, para contrarrestar el enjambre de soldados de regiones tan diversas con que puede abrumar al emperador de Austria. Para poder emanciparse de este imperio y ponerse al frente de una nacion italiana que asimilase bajo una misma clase de gobierno todo el territorio de aquella prolongada península, seria preciso que todas las provincias meridionales se reuniesen, y que todas ellas estuvieran animadas del mismo interés en favor de una patria comun, lo cual no es de ningun modo factible. Los habitantes del mediodia italiano hace mucho tiempo que han perdido su energia, que en vano han tratado y tratan todavía de reanimar en estos últimos tiempos los Garibaldi, Mancini, Manini y Giardini, secundados por unos cuantos centenares de patriotas, de buena ó de mala fé. Las masas de aquellos pueblos se muestran siempre indiferentes y aguardando, como simples espectadores, el resultado de una tragedia para ellos indiferente, con tal que les dejen gozar la suprema felicidad de este mundo, el *dolce far niente*, contentándose con comer su *pollenta* ó sus *macarroni*, haciendo el amor y cantando sus alegres barcarolas y sus graciosas pastorelas. (Tal vez no vayan enteramente fuera del buen camino).

Todo el mundo sabe la hilaridad que siempre ha causado en España el nombre solo de *soldados del Papa*, el cual lleva consigo la idea de poltronería y de ningun entusiasmo militar, y efectivamente, con solo las tropas del pais, sin el auxilio de tropas extranjeras, bien sean estas asalariadas, ó bien gratuitamente auxiliarias como en el dia lo son las austriacas y las francesas, no solo no podría el Santo Padre conservar su dominio en las Legaciones, pero ni siquiera mantener el orden y la tranquilidad en el interior de la ciudad eterna.

En 1821, el grito de libertad dado el año anterior en España en las Cabezas de San Juan, resonó y tuvo su eco en toda Italia, apresurándose á aprovechar aquella ocasion para conseguir su emancipacion y constituirse en una sola y poderosa nacion. Las tropas de los paises mas inmediatos á la cordillera de los Alpes acudieron al llamamiento y cumplieron con su deber cuando se les presentó la ocasion; pero las de mas al mediodia, que en número de 20.000 hombres se reunieron bajo el mando del dignísimo general Pepé, y que habian avanzado con mucha intrepidez y mucho aparente entusiasmo, lo mismo fué ponerse delante la primera division austriaca, que soltaron las armas y se fueron cada uno á su hogar á cantar barcarolas, dejando solo á su general, acompañado de unos pocos valientes. Segun un refran muy antiguo, *mas vale que digan aquí huýo, que no aquí murió*.

En la última ya indicada sublevacion de la India, los regimientos cipayos, compuestos de gente de la parte mas meridional del pais, nunca han soldado las armas ni se han dispersado á la desbandada para ir á comer tranquilamente su pequeña porcion de arroz. Siempre se han conservado firmes en sus puestos, recibiendo la muerte con impavidez, hasta que sus respectivos gefes les han mandado avanzar ó retroceder, ó trasladarse á otro punto.

Pasemos ahora del otro lado de la cordillera alpina, ó sea su falda septentrional, en donde veremos el contraste y nos solazaremos mas agradablemente, considerando la belleza del pais y la cultura actual de sus habitantes. Pero sobre todo esto se ha escrito y se está escribiendo tanto, por lo general muy bien, que no deja de ser difícil el añadir algo que presente un interés marcado, particularmente cuando seria perder inútilmente el tiempo y el papel, si tratásemos de rectificar los muchos errores y absurdos en que caen cierta clase de *touristas*, que solo viajan con el objeto de recibir algunas impresiones fantásticas, que despues recopilan en su gabinete del modo que mejor les parece y forman largos artículos para llenar las columnas de un periódico cualquiera en la seccion que suelen llamar de *amená literatura*.

Sobre la falda ó ladera septentrional de nuestra cordillera se apoyan ó descansan los territorios de diferentes reinos ó provincias, cuyos habitantes son todos de origen alemán; Carinthia, Tyrol, Salzburgo, Baviera y varios cantones suizos. ¡Qué bonitamente se presenta el canton de Gall, visto desde el vapor que periódicamente navega por el lago de Constanza! Toda aquella ladera está llena de casitas muy limpias y blanqueadas descolando sin monótona simetría por entre el verdor de los campos tan esmeradamente cultivados, de modo que, mas bien tiene la apariencia de una sola posesion ó de un gran jardín á la inglesa, que no uno de los cantones mas ilustrados y mas poblados de Suiza. ¿Y luego por la noche? como que en todo aquel pais las casas no tienen contraventanas de madera, tal es la seguridad que alli hay de no ser atacados por ladrones, cuando se iluminan interiormente las habitaciones hasta la hora de recogerse definitivamente, se escita desde luego la idea de un palacio de cristal, por cuyos diferentes departamentos vagan y se solazan las benéficas hadas de los Alpes.

Cada una de estas porciones de la cordillera suele llevar el nombre del territorio á que corresponden, y así se dice: los Alpes de la Carinthia, del Tyrol, del Salzburgo, de Baviera y los Alpes suizos. Pero en todos ellos, á pesar de no estar regidos por una misma forma de gobierno ni profesar tampoco las mismas creencias religiosas, se asemejan casi completa-

mente bajo diferentes puntos de vista, como lo vamos á hacer ver.

En primer lugar se dedican al pequeño comercio con los paises mas inmediatos y, como el terreno es tan áspero que ni siquiera pueden transitar caballerías por aquellas veredas, todos los trasportes los hacen los hombres, cargando por lo menos dos quintales de peso, tanto en la ida como á la vuelta.

2.º Otros mas intrépidos y mas decididos, estienen sus escursiones á paises mas distantes para ejercer en ellos el comercio ó alguna clase de industria, pero con la imaginacion siempre dirigida hacia sus queridas y pintorescas montañas, para volver á ellas cuando á fuerza de trabajo y de honradez llegan á reunir un cierto capital. Desde muy antiguo tenemos en España las tiendas de *tiroleños*, pastelerías suizas, cafés suizos y otras distintas clases de establecimientos, que siempre se conservan aun cuando los individuos que los dirigen y manejan sean reemplazados por otros venidos esprofes del pais. En todo el norte de Alemania, en Rusia y hasta en Francia mismo sucede otro tanto.

3.º Todos los habitantes de la parte septentrional de la cordillera visten sobre poco mas ó menos el mismo traje: calzon corto ajustado y sujeto con una cinta ó cordon por debajo de la corba, por cuya razon, y como se ejercitan tanto en cargar pesos, tienen muy desarrollados los músculos de las piernas y por consiguiente muy pronunciadas y abultadas las pantorrillas, que abrigan en el invierno con unos bolines sin pié: calzon boreguies altos de cuero: el chaleco es por lo general como el de nuestros roncaleses, que se cruza ó solapa hasta la mitad de su altura: la chaqueta es corta y muy ajustada las mangas; en la cabeza llevan sombrero de fieltro, por lo mas general de color verde, su forma varia entre la alta y puntiaguda como los gauchos de Nueva España, ó bien mas achataados, algo parecidos á algunos de nuestros calañeses, pero siempre ribeteados de cinta del mismo color y con la imprescindible pluma ó plumas de la cola del gallo de las nieves, cazado por el mismo individuo en lo mas áspero y de mas difícil acceso en las alturas de la cordillera: un cinturón de cuero para sujetar y abrigan los riñones: en este cinturón gimnástico está bordado con estambre el nombre y apellido del individuo que lo lleva, bien sea con todas sus letras ó bien con solo las iniciales: en un bolsillo de su estrecho calzon un cubierto completo, metido dentro de un estuche, ó bien solo una cuchara de palo, sujeta en la cinta del sombrero, y en el cinto una navaja con un cordon atado por un extremo en el cinturón; nunca comen con los dedos ni con cubierto ageno. Las mugeres, saya corta, colilla y camisa plegada y abrochada al cuello como nuestras pasiegas; pero usan la misma chaqueta y el mismo sombrero que los hombres que por señas les hacen muy poca gracia y desfigurán sus bellas formas, de las que inocentemente hacen ostentacion cuando se aligeran de ropa para trabajar en las faenas del campo. Los hombres ni la costumbre los obligan á cargar grandes pesos á la espalda, como sucede en Sajonia y en otros puntos de Alemania, dando por resultado tantas criaturas raquílicas y contrahechas que producen un efecto asqueroso y desagradable en toda reunion de pueblo algo numerosa.

Los habitantes de todos los cantones suizos, incluso los alpestres, son muy inclinados á salir de sus montañas afiliándose como soldados en regimientos organizados y reclutados despues en el mismo pais, para prestar sus servicios en reinos extraños, sea la que quiera la forma del gobierno en estos establecidas, y cuya circunstancia ha dado lugar á la crítica para poner en duda la buena fé de nuestros montañeses, cuando por el contrario los honra mucho, considerada la cuestion bajo su verdadero punto de vista.

Las hordas de los tártaros que pueblan las llanuras al norte de la cordillera del Himalaya, salen de sus madrigueras para devastar y llevar consigo la desolacion por todos los paises que recorren en sus feroces escursiones: algunos de estos tártaros, atraídos por la dulzura del clima, se quedan alli pacíficamente establecidos; pero el mayor número vuelve á sus stepas cargados con el inmenso botín que les ha producido el robo y el pillage, llevándose ademas una porcion de individuos que les sirvan alli como de esclavos.

Los regimientos suizos sirven con la mayor fidelidad y abnegacion á los gobiernos con quienes se han contratado, pero sin causar la menor vejacion al pais, porque sus jefes los tienen sujetos á la mas severa disciplina. Cuando han cumplido el tiempo de su empeño suelen reengancharse ó renovar el contrato para poder optar en aquel pais al premio de constancia, y tener una ayuda de costa en su modesta morada de la patria querida. Pero la mayor parte de ellos, cuando vuelven á las montañas nativas, todavía están bastante fuertes y robustos, no solo para procurarse la subsistencia dedicándose á las ocupaciones ó profesiones que antes ejercieron, sino tambien para continuar en el servicio de las armas que han aprendido teórica y prácticamente en el extranjero. Esta clase de individuos son, como es natural, preferidos en igualdad de circunstancias, para ingresar en las filas y en el estado mayor del pequeño ejército permanente cantonal y en el cuadro de los batallones de reserva del ejército federal. Es una gran *tontería* (permítaseme la expresion) el creer que cuando llega el caso de una guerra extranjera contra ejércitos bien organizados, basta dar el grito de *viva la libertad* y marchar con mucho entusiasmo en barullo y en tropel contra el enemigo. Los franceses tienen su escuela de guerra permanente en la Argelia y que les cuesta muchísimo dinero y muchas vidas de hombres el sostener; los ingleses tienen la suya en la India y en el pais de los hotentotes del cabo de Buena Esperanza; la de los rusos está en las ásperas montañas del Cáucaso y de la Circasia; la escuela práctica militar la tienen los suizos en todos los paises llamados civilizados de Europa, con la ventaja ademas de que, no solo no les cuesta dinero sostener estos establecimientos, sino que todavía se lo dan encima para que estudien y aprendan.

Con estos elementos militares no tiene nada de extraño que la Suiza, cuando las circunstancias lo exigen, pueda, digámoslo así, improvisar esos ejércitos tan bien organizados y con una fuerza numérica mayor que la que podria esperarse de la corta estension de su territorio y de su respectiva poblacion. Lo que es individuos inteligentes y aguerridos, y aptos y dispuestos por consiguiente para ser comandantes, oficiales, sargentos y cabos, no escasean como ya hemos visto; el cuadro de los batallones lo rellenan con los autómatas del pueblo, y hasta con mugeres como ha sucedido hace dos años cuando el rey de Prusia trató de revindicar sus derechos sobre el principado de Neuchâtel, y de cuyo proyecto tuvo que desistir *generosamente* visto el aspecto tan imponente con que se aprestaron á la defensa.

## VI.

No se puede dejar la cordillera de los Alpes sin decir algo sobre las armónicas canciones que entonan aquellos montañeses y que repiten los ecos, produciendo un efecto lo mas sorprendente y singular que se puede imaginar.

Es cosa bien sabida de todos que, en los paises de montañas, para poder entenderse los pastores que quieren hablarse á cierta distancia, necesitan dar á la voz cierta modulacion particular y pronunciar cada palabra aisladamente, recargando con fuerza en la última sílaba de cada una de ellas. En la

cordillera de los Alpes es todavía mucho más difícil el entenderse desde la altura de una montaña a la de otra, aun cuando los dos puntos no se hallen muy distantes entre sí, y por consiguiente, las inflexiones de la voz tienen que ser más marcadas y decididas, los sonidos más agudos y penetrantes y como de timbre metálico, lo cual solo se consigue con el faldete de cabeza, y de ningún modo con las vibraciones del aire que sale de los pulmones, ó voz de pecho como dicen los músicos. Este modo de entonar, que tan buen efecto produce con el eco de las montañas, es á lo que se ha llamado *yoglar*.

Los alpestrés, tan aficionados y tan inteligentes en la armonía como lo son todos los alemanes, la forman muy completa con solo cuatro sonidos ó voces fundamentales que han de estar bien marcadas, pero que de ningún modo necesitan el auxilio del arte de los instrumentos músicos: un contralto (ó tal vez un tiple moderado): un tenor bien decidido de voz limpia y sonora: un barítono y bajo profundo. El tenor y el contralto-yoglar son los que entonan á dúo, en 3.<sup>a</sup> ó en 5.<sup>a</sup>, la melodía de la canción, á que vulgarmente dan el nombre de *Tirolesa*; el barítono no hace más que arpeggiar sujetándose a la melodía, y el bajo, que debe ser el más maestro é inteligente del cuarteto, es el que liga y asegura la unión de las otras tres voces, sin necesidad de que la suya sobresalga sobre ninguna de ellas y las apague. Esas cuadrillas de cantores franceses de los Pirineos, que algunas veces se reúnen hasta en número de sesenta, no hacen más que producir un ruido espantoso, sin concierto y sin verdadera armonía, con lo cual entretienen y sacan el dinero á los visitantes de aquellos establecimientos de aguas minerales en la temporada de verano.

Concluida la guerra continental que tuvo comovida á toda la Europa hasta la caída de Napoleón, se le ocurrió á algunos alpestrés salir á cantar sus cuartetos vocales fuera del país. Los primeros que lo ensayaron fueron los hermanos Reiner; pero con tan buen éxito que, después de haberse hecho oír y admirar por Inglaterra, Francia, Alemania y Rusia, volvieron á sus Alpes á los dos ó tres años, habiendo reunido en tan corto espacio de tiempo un capital suficiente para poder llamarse ricos y establecerse con independencia cada uno de los cuatro hermanos separadamente. Antonio Reiner, el mayor de los cuatro hermanos, que desempeñaba la parte de contralto-yoglar, compró una posada en Schwatz, cerca de Inspruck en el camino de Salzburgo; en 1834 estaba haciendo grandes obras para arreglar un establecimiento de todo lujo y comodidades, como lo que había tenido ocasión de visitar en el extranjero; lo malo es que había copiado demasiado literalmente de los ingleses el excesivo precio de las comidas y alojamiento. Estaba muy grueso y por consiguiente con poca disposición ya para cantar, pero me dijo que, sin embargo, siempre que casualmente se reunían los de la familia, no dejaban de entonar algún cuarteto para recordar la época de sus triunfos: el padre de todas estas notabilidades tenía á la sazón cerca de 70 años y parece que todavía conservaba sana toda la dentadura y su buena voz de tenor. José Reiner, que había sido el barítono de la expedición, tenía un buen establecimiento de posada en Fügen, y tuvo la complacencia de hacernos oír su voz, en una especie de concierto improvisado con la gente de casa, mientras comíamos de medio día.

Visto el extraordinariamente buen resultado de los Reiner, se estimularon otros muchos á hacer iguales excursiones; pero no siendo cosa fácil la reunión en una misma familia de cuatro notabilidades como los Reiner, todos los nuevos aventureros fracasaron en sus ilusiones, excepto la familia de los hermanos Leo, que adquirieron una justa nombradía, pero que no recogieron una tan pingüe cosecha como los Reiner, á pesar de ser de la partida una de sus hermanas que cantaba tiple y no era de figura desagradable. No tengo noticia que desde aquella época hayan descollado otros cantores de un mérito distinguido; lo que sí sé es que con la memoria ó recuerdo de los Reiner y de los Leo, y con las guineas de los ingleses, que todo nos lo echan á perder cuando viajan el continente, y no se puede oír ninguno de aquellos admirables cuartetos sino es pagando muy bien á los cantores en reuniones ó conciertos privados.

En cuanto al carácter particular de aquellos montañeses, todos los viajeros y todos los autores que se han ocupado de la descripción de los Alpes, aunque no sea más que por incidencia, convienen en certificar de sus excelentes cualidades y de su estremada amabilidad, sobre todo con los extranjeros que van á honrarlos con su visita y á quienes facilitan y prestan toda clase de auxilios y de servicios para evitarles las molestias de unas excursiones que, el mejor modo de verificarlas es á pié y con la mochila á la espalda, y todo ello sin darse importancia y como si fuera la cosa más natural del mundo. Yo por mi parte solo tengo que añadir que, por más que se escriba y por más explicaciones que se den y que tal vez sean juzgadas como apócrifas, nunca se puede formar una idea exacta de la singular amabilidad de aquellas gentes sino es permaneciendo durante algunos días siquiera entre ellos, tratándolos directamente y sin el molesto auxilio de los intérpretes y cicerones.

Concluamos por dirigir al cielo nuestras más fervorosas plegarias para que, fuera del gran túnel ó perforación del Mont Cenis, no llegue á establecerse por aquellas laderas ninguna línea de ferro-carriles, que son sin duda ninguna lo que más enaltece el entendimiento humano, pero que la mayor parte de las veces ahogan y sofocan las bellezas de la naturaleza, convirtiéndolo todo en ciencia ó arteificio para satisfacer las exigencias del sordido interés que es la marca distintiva de la época presente. Formemos también nuestros votos por que no sean muchos los ingleses que vengan á viajar por los Alpes, únicamente los necesarios para que, aumentando algo el número de los *touristas* de otros países, contribuyan al sostenimiento de aquellas confortables fondas y posadas que en estos últimos tiempos se han establecido por aquella cordillera, hasta en sus picos más elevados y al parecer inaccesibles hasta ahora.—Amen.

JOAQUIN EZQUERRA DEL BAYO.

## REFORMAS ECONÓMICAS.

### La ley del transporte por vías férreas (1).

ARTÍCULO PRIMERO.

Ya hemos dicho en otra ocasión que el progreso en la economía social, consiste, en perfeccionar los procedimientos é invenciones establecidas, conservándolas, y en descubrir siempre medios superiores á los medios industriales existentes sin abandonar los primitivos.

¿Cuál es el valor de los ferro-carriles como idea? ¿Cuál es la fórmula, la ley económica del transporte por las vías férreas?

Para resolver estas dos cuestiones distintas en la forma é idénticas en el fondo, necesitábamos con el ánimo tranquilo y

(1) Representamos por la notación q. la palabra quilómetro, por dos qq. quilogramos, por fr. franco, por c. ó cent. centimo de franco.

sin pasión, sin temor á los derechos adquiridos que cuando no están legal y honestamente poseídos no deben ser respetados, arrojando valientemente las iras, el sarcasmo y la sin razón de los poderes establecidos, necesitábamos, decimos, quitar el mirriñaque (y pase la espresión), analizar con el escalpelo en una mano, y la inflexible ley Pitagórica en la otra, las condiciones de explotación de los ferro-carriles, los resultados económicos y sociales que han producido, y por consiguiente su influencia sobre la distribución del trabajo y de la riqueza, sobre los progresos de la civilización y la vida de las sociedades.

Las cuestiones de ferro-carriles han producido en todos los países perturbaciones sociales, pero en el nuestro han contribuido y no poco, á poner mas en claro el sistema de la transformación profunda que se está efectuando desde hace pocos años en la propiedad y en la familia españolas.

Nosotros creemos, en lo que concierne á vías férreas, que estos poderosos instrumentos del trabajo, serán (cuando dentro de pocos años se introduzcan las reformas convenientes en la explotación de aquellas), de todos los medios de transporte conocidos, el más poderoso, el más rápido, regular, constante y económico y el menos espuesto á los accidentes de toda naturaleza, á las averías y á los retrasos.

Creemos, que dominando todo el trabajo circulatorio con la explotación de los ferro-carriles, las compañías concesionarias son los árbitros del cambio y de los valores, de la agricultura y del crédito, de la industria y del comercio, de la extracción forestal y mineral, en una palabra, de toda la economía social comprendiendo en ella todos los poderes públicos; pero estamos profundamente convencidos que las compañías son por su destino, necesariamente los agentes de una revolución radical sin ejemplo en los fastos de la historia de las naciones, en lucha perpétua con el interés público y el progreso que no satisfacen, y que han sido creadas y armadas por el poder mismo, contra todos los intereses esenciales y vitales del mundo y sus legítimas tendencias.

Creemos, pues, que la invención es admirable pero que los hombres la han monopolizado en provecho de unos cuantos, con gran perjuicio del inmenso número mas de sus semejantes.

Es verdad que se nos dirá que toda institución tiene sus abusos, toda ventaja sus inconvenientes. Efectivamente, sabemos que el *trabajo* ha engendrado la esclavitud, y todo el mundo conoce las miserias que ocasionan en nuestros días el servicio de las máquinas, la división parcelar, las artes insalubres, etc.: se destruyó la tiranía de los gremios y corporaciones felizmente, pero han venido los padecimientos de la competencia y las ignominias del salario que abruma hoy al trabajador.

El *Crédito* tiene por correlativo necesario la usura, uno de los vicios que deshonran el préstamo de capitales: el precio excesivo de los alquileres en París, Madrid y otras poblaciones, es una llaga que necesita para su curación un remedio radical y pronto.

El *Comercio* por su parte no se contenta con el precio de sus transportes, de sus comisiones, de la prima que se le debe á los riesgos á que se ve expuesto, ó del producto legítimo de sus descubrimientos, es preciso también otorgarle el privilegio, el monopolio, la subvención, el fraude, el acaparamiento, etc.

La *Especulación* que es el cuarto principio á que puede referirse la producción de la riqueza, y el más importante por ser la facultad esencial de la economía, no podía separarse de la ley común, y como los peores abusos son los que se refieren á las peores cosas, con el nombre de especulación crece y se alimenta la miseria crónica del género humano.

Como no juzgamos de las cosas sino por el análisis de sus elementos, y la comparación de sus analogas, como no comprendemos el desarrollo de las mismas sino por su serie, no será malo que indiquemos sin detenernos en minuciosos detalles, el progreso anterior á los ferro-carriles en la industria de los transportes y de la circulación comercial.

Dos cosas se consideran en el transporte que son: primera, la *relación de pesantes entre el peso muerto y el peso útil*, siendo el primero el agente ó el instrumento del transporte, y el segundo el objeto transportado: segunda, el *coste del trabajo diario* que viene á ser otra espresión de la primera relación.

En los tiempos primitivos en que no había carreteras ni caminos vecinales, que la única clase de comunicaciones existentes eran senderos hechos por las pisadas de los paisanos, el primer vehículo de que se sirvió el hombre para efectuar el transporte de los objetos fué el mismo.

Este hombre que servía de carruaje, con su fardo al hombro ó á la espalda, marchando de pueblo en pueblo, de feria en feria, de mercado en mercado, por senderos y atajos, podía llevar un peso de 35 quilogramos mitad del suyo, recorriendo así cada día 20 quilómetros, y acumulando la calidad de negociante con la de portador ó vehículo. Admitamos que la carga del fardo no se mas que de 30 quilogramos, los cuales valen 300 francos, y que tiene que despacharlos en siete días. Si cada día que va á un nuevo mercado, lleva 5 qq. menos, el sexto habrá vendido toda la mercancía; cada día de los siete habrá transportado 30, 25, 20, 15, 10, 5, 0 á 20 leguas de distancia, ó lo que es lo mismo, 15 á los 20 q., ó sean 300 qq. á 1 q. Si cada día gasta 3 francos, el transporte le sale al fardo á 15 céntimos de franco por cada 15 qq. que lleva á 1 q. de distancia, luego por cada tonelada de 1,000 qq., llevada á 1 q. le costará 9 fr. 90 c.

La relación del peso muerto al peso útil, ó del vehículo al cargamento, es como 2 es á 1; el coste del trabajo, ó lo que es lo mismo, el precio á que se sale el transporte al fardo, es de 9 fr. 90 c. muy cerca de 10 francos por cada tonelada de 1,000 qq. que lleva á 1 quilómetro de distancia: industria que es tanto más onerosa para el que la ejerce y para el que de ella se sirve, cuanto más limitada es, pues entonces los gastos son proporcionalmente mayores y escuden bastante á los beneficios que reporta, y si bien es verdad que por ese medio habrán empezado en el mundo fortunas que hoy son grandes, no se redondean empleando el mismo procedimiento.

El animal puede llevar un peso igual al de su propio cuerpo; la proporción entre el vehículo y el cargamento es como 1 á 1: el hombre, reservándose la dirección del animal, no solamente mejora su condición, sino que aumenta su producto, pues el coste del trabajo es de 86 céntimos de franco próximamente por cada tonelada de 1,000 qq. llevada á 1 quilómetro de distancia: suponiendo que los animales conducidos son dos mulas que cargan cada una con 175 qq., que andan 30 q. diarias, que el gasto total del hombre es de 3 fr., el de las dos mulas y la amortización de las mismas y de los arneses 4 fr. 50 c., y admitiendo 300 días de trabajo nada más al año.

En Africa, el viaje á lomo de camello y por caravana, se hace reuniéndose quince negociantes para ir á Soudan, por ejemplo, los cuales escogen un gefe: total 16 hombres. Cada uno carga de mercancías tres camellos, el cuarto lleva las provisiones de boca y los equipages, lo cual forma una caravana de 60 camellos. El camello puede llevar un peso de 400 qq., y es el cargador más robusto de la creación por la forma de las estremidades de los remos, por su paso largo y su proverbial

sobriedad, pues aunque el elefante es más fuerte que el camello y puede cargar con 1,000 qq., cuesta más de alimentar, y es dudoso que su servicio, como bestia de carga, salga á tan bajo precio como el del camello. El camello anda con aquella carga 10 y 12 leguas, y emprende en Africa travesías de 30 y de 40 días por el Sahara, que para los árabes es como para los marinos europeos una travesía tan fácil como la del Atlántico. El alimento del animal cuesta poco, pero la hembra lleva doce meses en su vientre al hijuelo, y siendo largo de criar, es un capital de difícil adquisición.

Podemos, á falta de datos más verídicos y con una suficiente aproximación, establecer la siguiente cuenta para el coste del trabajo del transporte á lomo de camello

Un hombre por día.....	2 fr. 50 c.
Cuatro camellos.....	4 »
Amortización y arneses.....	2 50

Total por día..... 9 fr.

y por año, 3,255 fr.

Dos viajes por año, ida y vuelta, sean 160 días de marcha á 40 q. por día, hacen de trayecto total 6,400 q. Siendo la carga de 400 qq. por camello, la totalidad del transporte para cada uno de los negociantes y por año, es 7,650 toneladas kilométricas, luego el transporte cuesta 42 cént. por tonelada y quilómetro.

En el caso que hemos examinado primero en que el hombre hacia de vehículo, el autor del transporte, el motor, y el vehículo son tres cosas distintas reunidas en una sola persona. En el transporte por medio de animales, el hombre ya no es motor, ese oficio lo desempeña el animal.

En el transporte por medio de carros ó galeras, esas tres cosas están separadas; el autor ó la idea, el motor ó la fuerza, y el vehículo.

Un carro de dos ruedas, especie de bolquete, pesa, término medio, 500 qq., y puede llevar hasta 2000 qq. y por término medio, 1500 qq.: existe, pues, entre el peso muerto y el peso útil, sin contar el peso del animal, la relación de 1 á 3, desproporción grande entre el vehículo y el motor. Con esta carga puede un caballo de 800 á 1000 fr. en buena carretera, valiendo el celemin de cebada un precio módico, recorrer un trayecto de 32 á 36 q. por día. La amortización de ese caballo la valuaremos en 30 céntimos de franco por día, y para renovación del carro y de los arneses, ponemos 1 fr., sean 3 reales 27 mrs.

Con estos elementos deducimos el precio del transporte por medio de carros del modo siguiente, suponiendo que un solo hombre pueda conducir tres carros

Un hombre por día.....	5 fr. »
Tres caballos gastan.....	7 50
Amortización de los caballos.....	» 90
Id. de los tres carros y de los arneses.....	3

Total de gastos diarios..... 16 40

ó sean por 4,500 qq. transportados á 32 q., ó 144,000 qq. á 1 quilómetro,  $\frac{16 \text{ fr. } 40}{144}$  que es igual á 11 cént. 29, por tonelada de

1,000 qq. y por 1 q.: añádanse á este número 4 c. 5 por gastos generales y por tonelada y quilómetro, y tendremos 15 c. 79 para el precio total del transporte por carros: vuélvase á añadir 1 céntimo de franco representativo de los gastos de conservación de las carreteras y de la amortización de los capitales que han costado el establecer los caminos generales en Francia, nación á la que nos referimos en nuestros cálculos, y se tendrán 16 cént. 79 para el coste del trabajo del transporte de 1,000 qq. á 1 q. en ese país.

En España es punto menos que imposible, al menos así lo creemos después de haber ojeado muchos documentos, revistas, y cuantas producciones hemos juzgado que podrían darnos algún dato para iluminarnos en este caos, después de habernos dirigido al ministerio de Obras públicas para que las personas competentes nos dieran los datos que necesitábamos, todo ha sido en vano, hoy por hoy no sabemos más que aproximadamente, ni saben aun los mismos ingenieros del Estado, cuál es el coste medio del trabajo del transporte llamado acelerado de 1,000 qq. á 1 q. de distancia por los caminos ordinarios. Debemos, sin embargo, convenir que atendida la poca uniformidad en los pesos y medidas de nuestras cuarenta y nueve provincias, atendido que no poseemos ningún dato que nos dé á conocer la cifra exacta del precio á que sale, bien en conjunto ó por quilómetros, la construcción de los 1,300 quilómetros de caminos generales que existen, ni el precio de conservación de los mismos por quilómetro, ni aun el número de unidades de tráfico y los gastos de conservación y vigilancia de las vías férreas construidas y en explotación ya, para deducir de ellos (no habiendo otro medio) los análogos á las carreteras laterales á esos ferro-carriles, resulta que aun cuando supiésemos que el aumento resultante por el precio á que sale el transporte acelerado por carreteras, de los gastos de conservación de las mismas y de la amortización de los capitales que costaron, que se supone doble del de conservación, era por ejemplo de 2 céntimos y medio de franco por tonelada de 1,000 qq. y por quilómetro, todavía quedaba el averiguar cuáles eran en las 49 provincias los gastos parciales y generales de los elementos antes indicados, para averiguar el precio medio del trabajo del transporte acelerado de 1,000 qq. á 1 q. de distancia en caminos ordinarios.

Podemos, á pesar de lo dicho, evaluar con bastante aproximación los gastos de tracción por término medio desde Madrid á las distintas poblaciones de la costa y del interior, por cada arroba y por cada quilómetro en transporte por galeras aceleradas, podemos, decimos, calcularlos en medio maravedí.

Los gastos generales originados en el transporte, que deben añadirse á estos últimos de tracción teniendo en cuenta el deterioro, la conservación, la reparación de la galera, el cargue y descargue, la renovación de las cuerdas y demás material del carretero, los gastos de este y de un conductor, son de *dos décimas partes de maravedí*: por donde se vé que no debe llegar á maravedí entero el precio del transporte por arroba y quilómetro recorrido en las aceleradas galeras, sin contar además los maravedises representativos de los gastos de conservación de las carreteras y de la amortización de los capitales que han costado el establecerlas.

Aun así es un transporte muy caro el de un *maravedí por arroba y quilómetro*, puesto que en Francia, donde estos transportes se arreglan entre el cargador y el carretero á razón de cuatro francos 13 cént. la tonelada de 1,000 qq. por cada trayecto andado de 33 q., salen los gastos de tracción por tonelada y quilómetro á  $\frac{4.15}{33}$  que es igual á 12 c. 5, y los gastos generales á 4 c. 5 próximamente, de donde resulta que por 17 céntimos de franco, ó á lo sumo 18, transportan generalmente y por término medio en casi todos los departamentos, los carruajes allí llamados *chariots comtois chariots malbrouks*, (estos últimos han desaparecido ya por no poder sostener la lucha con los primeros) 1,000 quilogramos de peso á 1 quilómetro de

distancia, es decir, unas 86 arrobas de peso castellanas á 1,000 metros de distancia. Mas claro; en Francia por trasportar á 250 q. de distancia 86 arrobas de peso castellanas, las empresas de transportes acelerados llevan un precio de 7 á 8 duros; y en España los carreteros y las empresas por llevar 43 arrobas á la misma distancia, hacen pagar lo menos 14 duros. El precio medio del transporte acelerado varia, pues, en Francia de 15 á 17 céntimos, que es con trabajo el tercio del transporte á lomo de animal, y el  $\frac{1}{20}$  del transporte cuando el hombre es vehículo, motor y autor.

Este precio es mas bien alto que bajo, puesto que antes del tratado de union entre las compañías de Rouen y de Orleans, el transporte de mercancías se hacia por las carreteras laterales, primero entre el Havre y Nantes (que hay 329 q.), al precio de 16 cént. 71 á 18 cént. 24 por tonelada y quilómetro; segundo entre Rouen y Angers (279 q.), al precio de 16 cént. 13 á 18 cént. 92 por tonelada y quilómetro; tercero entre Rouen y Orleans (200 q.), al precio de 30 á 35 fr., sean 15 cént. á 17 céntimos y medio por tonelada y quilómetro.

La construcción del ferro-carril de Cintura de Paris, permitió á las dos compañías de Rouen y de Orleans, cargarse en cuenta y á medias de esos transportes sin interrupcion de cargue y descargue al través de Paris; y por eso han podido ofrecer al comercio de Nantes, de Angers, y de Orleans, por sus transportes entre Rouen y el Havre, los precios de 58 á 63, 43 á 47, 25 á 26 fr. la tonelada, precio que vista la longitud del trayecto, y los gastos de la travesía de Paris, no les dejan mas que de 7 cént. 80 á 8 cént. 41 por tonelada y quilómetro.

La competencia de los ferro-carriles agovia algo, pues, á la industria de los transportes acelerados: los precios convenidos y acordados por los pliegos de condiciones á las compañías de ferro-carriles, para el transporte de las mismas mercancías con velocidad pequeña, varian de 14 á 20 cént., es decir, que se ha adoptado para los ferro-carriles forzándolos un poco, los precios á que sale el transporte por el acelerado. Por eso hemos visto hace muy poco tiempo en la carretera imperial de Lyon á Givors y de Paris á Burdeos, los servicios de transportes acelerados subsistir al lado de la fulgurante locomotora que no ha podido destruirlos.

Para calcular el precio á que sale el transporte de los viajeros y artículos de mensajería empleando la diligencia, suponemos una con 16 viajeros que pesa generalmente vacía 2,200 quilogramos, y cargada totalmente 5,000 qq.: la relacion del peso muerto al peso útil es de 11 á 14.

La tracción cuesta 316 fr. Suponiendo 8 mulas ó 4 caballos y 16 paradas, admitiendo que un caballo de diligencia no puede en razon de la velocidad, recorrer mas de 25 q. por dia en dos paradas: si la diligencia recorre en veinte y cuatro horas 200 q. comprendiendo en este tiempo las paradas que se hacen en las administraciones ó para cambiar de tiros, exigirá para su servicio en 16 paradas 32 caballos nada mas. Si el arrendatario suministra los arneses y el zagal, á razon de 5 fr. por caballo y por cada trayecto de 10 á 12 q. resultará que 4 caballos y 16 trayectos importarán 296 fr.: si el mayoral gana 150 fr. al mes ó sean 5 fr. diarios y la amortizacion del caruaje los gastos de oficinas, de descargue y cargue, etc., etc. se valúan en 15 fr., resultará un total de 316 fr. como hemos dicho para los gastos de tracción.

Segun el ingeniero francés Mr. Jullien, ex-director y nuestro jefe en el ferro-carril de Paris á Lyon, el principio teórico de evaluacion de los gastos de transporte y fijacion de las tarifas en los ferro-carriles, consiste en admitir como lo confirman doce años de experiencia, la proporcion existente en el transporte por diligencia, de que las mercancías y artículos de mensajería transportados por ella paguen por 100 qq. la mitad del precio de los viajeros, lo que equivale á decir que la tonelada de peso de 1,000 qq. de mercancías, se considere como equivalente al transporte de cinco personas. La diligencia con carga completa conteniendo, pues, en personas y mercancías, el equivalente de veinte y cuatro personas ó viajeros, ó como se dice hoy veinte y cuatro unidades de tráfico, el precio medio á que sale el transporte por diligencia por cada unidad y quilómetro es de 6 c. 6; y por tonelada de mercancía, de 33 céntimos de franco, que es próximamente lo que se percibe por el transporte de viajeros y mercancías con gran velocidad sobre los ferro-carriles. La tarifa de los ferro-carriles se ha copiado, pues, servilmente de la de las empresas de transportes acelerados y diligencias: los agentes de la administracion no han analizado la cuestion, han encontrado los precios ya hechos y que se pierda ó que se gane se les ha dicho á las compañías, hasta ese precio podéis llegar, si con eso no teneis bastante para cubrir los inmensos gastos, el Estado os dará una subvencion ó una garantia de interés, librando ademas la explotacion con sus productos y sus cargas por 99 años, y dejando al público para su parte de beneficio, la celeridad y la comodidad. El precio de comercio se ha fijado, pues, en los ferro-carriles, antes que el precio del coste del transporte sin tener en cuenta los gastos de explotacion por la via férrea, que hoy aun no se conocen, pues vemos en muchas líneas grandes cantidades de mercancías transportadas con pérdida para las compañías, mientras que los viajeros pagan un precio excesivo, y notamos tambien que una parte del producto distribuida á título de dividendo entre los accionistas, debería dejarse en las cajas de las compañías para cubrir los gastos que esas sociedades disimulan por no saber reducirlos.

P. CALVO Y MARTIN.

Insertamos á continuacion el elocuentísimo discurso que pocas noches ha pronunció en el Ateneo de esta córte el jóven simpático Sr. Moret y Prendergast con admiracion y entusiasmo de la numerosa y lucida sociedad que le escuchaba. El Sr. Moret se mostró decididamente partidario de la idea pura liberal en economia política, idea patrocinada por los economistas y publicistas de la moderna escuela. Su discurso nos dejó una impresion gratísima; dejó tambien en todos los concurrentes para quienes no podia pasar desapercibida la circunstancia de ver un jóven, alcanzando apenas los veinte años, conteniendo con lo mas encumbrado de nuestra literatura en una cuestion abstracta y transcendental. Con facilidad sorprendente se paseaba por el dilatadísimo campo de la historia antigua y moderna, acercando las escuelas, los sistemas y los hechos á la luz de su criterio económico; y todo esto en un estilo en que competían las galas de nuestra lengua con las que prestaba á la misma su lozana imaginacion. Nuestros lectores encontrarán á continuacion la prueba de lo que asentamos, á pesar de que hay notable diferencia entre leer su discurso y haberlo oido pronunciar. Tendrán además una muestra de lo mucho que podemos esperar de esa juventud que hoy se dedica con calor á los estudios económicos.

EL SOCIALISMO Y LA ECONOMIA POLITICA.

SEÑORES:

A la altura á que se encuentra la cuestion, cuando tantas personas ilustres os han dejado escuchar su elocuencia, y hecho conservar su ideas, es casi una temeridad por mi parte, el

pretender ocupar vuestra atencion, cuando, demasiado jóven para haber pensado, no os puedo ofrecer una idea nueva ni siquiera vestir con las galas de la elocuencia las que he aprendido de mis maestros.

Yo, sin embargo, habia pedido la palabra guiado por un espíritu de partido.—He oido que aquí y fuera de aquí, se invoca á cada momento á la juventud: parece como que se nos dice: «vosotros que estais en la edad en que tiene fuerza el sentimiento, pureza la voluntad, vida la inteligencia, venid á darnos cuenta del empleo que habeis hecho de esa fuerza; decidnos hasta qué punto podremos confiar en vosotros, y entregarnos la obra que nosotros hemos continuado.»—La juventud ha contestado dignamente á este llamamiento, y algunos de sus individuos lo han hecho de manera suficiente á disipar todas las dudas. Y yo, siquiera sea el último de mis hermanos, como deseo que se oiga á la juventud antes de juzgarla, porque estoy seguro de que le basta hacerse escuchar para no temer el fallo que sobre ella recaiga, quiero levantar tambien mi voz entre las suyas, aunque mi acento pase desapercibido, para cooperar á su triunfo; satisfechas mis aspiraciones, tranquila estará mi conciencia, si ellos lo consiguen aunque mi nombre no figure entre los suyos, porque si en el espacio solo descuellan las altas torres que resisten el ímpetu de los vientos, tambien las torres se elevan sobre menudos átomos de arena.

Ninguna cuestion mas á propósito para este objeto, que la cuestion presente, porque enlazada hoy con la vida de nuestras sociedades, espera su resolucion en el porvenir, que es el campo preparado á los trabajos de la juventud.

Hubo un tiempo en que la palabra socialismo se empleó para contrarrestar los esfuerzos de aquellos que, poco conformes con la estension de atribuciones del poder resistían á sus invasiones: este recurso oratorio decayó despues, y nadie se asustó ya al escuchar esta palabra: yo, sin embargo, á trueque de merecer la calificacion de espíritu débil y astudizado, creo que el socialismo es un mal, y un mal muy temible, porque combate con las mismas armas con que pretenden destruirlo, lo que no lo conocen, y porque combate siempre y á nuestro lado. El Sr. San Romá decia muy bien; el socialismo está en la atmósfera que nos rodea. ¿Qué significa sino esa literatura que preconiza el triunfo de la pasion sobre el deber, que busca siempre sus héroes en las últimas clases de la sociedad, mientras reserva sus mas negros colores, para las que ocupan sus primeras gerarquías, y que predica á la familia bajo la apariencia de un espíritu de libertad, un espíritu de muerte y de disolucion: esa administracion que funda la vida de las naciones en el aislamiento, que pretende proveerle todo, dirigirlo todo, y que sofoca todo lo que no alcanza, y tuerce todo cuanto toca; esa política, en fin, que exagerando el principio de autoridad, ofrece á las naciones, en cambio de su vida y su inteligencia que le entregan, la paz si, pero la paz de los sepulcros?

He aquí, en todas las esferas, la influencia de las ideas socialistas, que se han infiltrado en nuestras sociedades y aparecen por todas partes amenazando nuestra ruina.

No es esto decir, señores, que yo crea al socialismo un mal absoluto, porque yo no creo en el mal absoluto en la humanidad. Las teorías socialistas, son indudablemente una aspiracion al bien; todas ellas han sido como una queja de la sociedad presente y la queja, revelando el mal, facilita la aplicacion del remedio; todas ellas han sido tambien inspiradas por un gran sentimiento de los males de la humanidad, y los grandes sentimientos, cualquiera que sea la causa que defiendan, son siempre dignos de respeto. A la decadida civilizacion de su tiempo, ofrecia Platon su República; al despotismo de Enrique VIII, alentó Thomas Morus su utopia; al de Luis XIV, Fenelon, su talento: Saint Simon queria terminar la lucha entre el espíritu y la materia: Roberto Owen dar una base mas sólida á las sociedades modernas, y Fourier hallar una fórmula de distribucion universal, que comprendiera todas las esferas.—Y no es solo bajo este punto de vista, bajo el que merecen respeto las teorías socialistas: ellas han prestado un gran servicio á la ciencia separando de su camino los obstáculos que se oponian á su paso: con admirable critica han echado por tierra todos los abusos, demostrado todas las injusticias y presentado ante el poder el problema de la miseria, en toda su horrible desnudez, y la insuficiencia de sus medios para destruirlo.

Pero al tratar de sustituir algo á lo que destruian, de levantar algo nuevo en reemplazo de lo antiguo, la lógica les ha faltado.—Al desembarazar el camino de obstáculos, han olvidado separarse ellos mismos; al destruir un poder arbitrario, lo han sustituido por otro, y pretendiendo demoler el edificio de las antiguas instituciones sociales, han levantado otro con la ruinas del anterior.

Así, pues, si como escuela crítica es un adelanto, como escuela dogmática, el socialismo es el absurdo.—Todos los errores, todas las injusticias que la humanidad habia venido en su marcha, se han levantado de nuevo en los dogmas de esta escuela.—Esta no es una vana declamacion, es una verdad que la simple observacion comprueba. En efecto: si creéis que la familia que conocemos, arrancada de la esclavitud antigua, fortificada en las luchas de los siglos medios, bendecidas por el cristianismo, es la base de la civilizacion, Thomas Morus, Campanella y Saint Simon y Fourier, y todos los utopistas, os dirán que es preciso reformarla destruyéndola, para que de ella salga la nueva luz que ha de guiar á la humanidad: si pensais que la mujer es el ángel del hogar doméstico, que nos inspira la idea del bien en la infancia, la de lo sublime en la juventud, la de la caridad en la vejez, en Icaria, en la ciudad del Sol, en utopia, en la teoria de los cuatro movimientos, hallareis mujeres que forman las familias anteponiendo á los sentimientos mas santos de la vida, no sé qué ideas estéticas de la perfeccion de las razas, ó qué atraccion de vergonzosas pasiones: si pensais que el trabajo es santo, que el capital, que es su resultado, no lo es menos, Mr. Proudhon os demostrará que al ejercer vuestro derecho cometeis el mas espantoso de los robos, el robo del necesitado: si á través de los diferentes intermediarios veis acercarse la necesidad y la satisfaccion, el esfuerzo y el adelanto, el capital y el trabajo, y fundirse las desigualdades sociales en la armónica ley de la concurrencia, todos los socialistas os lanzarán al rostro una careajada sarcástica por que aun creéis en esas palabras inventadas por los economistas: si os lisonjais justamente de que nuestras costumbres han resistido á la corrupcion de las córtes de ciertos monarcas, y se han despojado del egoismo antiguo, las escenas de la rue Monsigni, os dejarán comprender que no se ha disipado aun de nuestros horizontes el aura que reinaba en las fiestas saturnales ó en el templo de la Venus pagana: si tal vez habeis pensado que el deber es santo, que la pasion no debe dominar la razon, Fourier os dirá que las pasiones son hijas del cielo y el deber una vana creacion de los hombres: si en vuestro orgullo habeis creído que vuestra alma tiene algo de divino, y que el presentimiento de otra vida es tal vez el recuerdo de nuestro origen, en las transmigraciones que á través de los siglos os hará experimentar Pierre Leroux, aprendereis que sois tal vez el alma de algun tirano, y que quizá estais destinados á ser la esencia de algun comunista; y si, en fin, habeis creído que la Providencia no puede ser injusta, que Dios que impuso una ley á ve-

getal que vire un movimiento, y al viento que cruza impetuoso el espacio, no pudo dejar entregado al acaso, al ser mas perfecto de su creacion; las utopías de todos estos escritores os harán ver que su inteligencia privilegiada puede corregir la obra de Dios, que ellos han sabido hallar, lo que la naturaleza olvidó ó quizás no supo hacer: y así, cuando hayan destruido una á una vuestras creencias, deshecho piedra por piedra el edificio de vuestros conocimientos, os espondrán sus sistemas, y cuando convencidos ó desesperados os hayais decidido á aceptarlos, entonces, delante de sus ciudades, á la puerta de sus falansterios, sobre el libro de la humanidad ó el manifiesto de los egalitarios, abjurareis vuestra inteligencia, jurareis no dudar nunca de vuestras nuevas creencias, no discutirlas siquiera y renunciareis así á la historia, porque nada significa el pasado para quien nada espera en el porvenir, á la ciencia, esa inmensa escala, que eleva el hombre hasta Dios, porque nada significa la ciencia donde todo es perfecto y acabado, á la poesia, esa aspiracion á Dios, que no sienten los que son felices, porque nace del dolor, renunciareis, en fin, hasta á la abnegacion y el sacrificio, porque en estos sistemas de felicidad inmensa y material no se comprende ni aun el sacrificio, esa última poesia del vida del genio desgraciado.

Hé aquí, señores, algunos de los rasgos que forman el cuadro presentado por los socialistas. Por fortuna la humanidad no se decide á cambiar prontamente sus costumbres, y somete al exámen los planes que se la presentan. Por eso no es de temer que ningun legislador dicte, la abolicion de la propiedad, la organizacion del trabajo por el Estado, ó la asistencia pública. Pero si semejantes absurdos no mancharán nuestra civilizacion, no la faltarán en cambio leyes y reglamentos que establezcan las consecuencias de unos principios que se esfuerzan en negar. ¿Qué significa, sino, ese derecho supremo que el Estado pretende reservarse sobre la propiedad de los particulares, para influir de este modo siempre en ella; esa proteccion concedida á ciertas industrias, en perjuicio de todas, esa distribucion forzada de los productos del trabajo; esa caridad legal, en fin, alimento del vicio, que impone una privacion al que supo mirar al porvenir, en nombre del que no supo sacrificar el momento presente á las necesidades futuras?

Sorprende, señores, y á mi me ha sorprendido antes de conocer la causa, esa analogía que existe entre el espíritu de nuestras legislaciones y los principios de las escuelas socialistas, analogía que los coloca así, en la relacion que están las consecuencias y los principios. La explicacion de este hecho, es sin embargo muy sencilla.

La revolucion francesa, que vino á destruir las injusticias y la tiranía que oprimian á los pueblos, encontró el poder dividido y fraccionado, y creyó necesario para conseguir su objeto centralizar el poder. Esta idea era grande, era digna de una revolucion. Pero al aplicarla, olvidó parte de su mision y exageró á su vez la obra que llevaba á cabo. Viendo que el órden era la vida, que la unidad de accion aseguraba el resultado, pretendió estenderla á todas las esferas, someterlo todo á ella: halló sueltas las ramas, y al reunir las en un solo tronco, quiso que su sombra y sus raices llegasen á todas partes: los abusos y los errores cambiaron de nombre, pero continuaron bajo el régimen de la centralizacion. El pueblo, acostumbrado á entregarse en manos del poder, á resignar en él sus derechos, acude á él cuando siente la necesidad de nuevos derechos, y los gobiernos por resistir á su demanda se precipitan cada vez mas en el camino que les conduce á su ruina. Vamos llegando al momento en que los pueblos reclaman á los gobiernos la resolucion del problema social, en que les piden cuentas del empleo que de su inteligencia y de su voluntad han hecho, y cuando los gobiernos no pueden ni resistirlos, ni contestar á su deseo, vendrá la revolucion á nivelar de nuevo las clases, y si bien despues nacera el bien, porque del mal siempre nace el bien, este aparecerá como el niño que abre sus ojos á la luz, sobre el cadáver de su madre, que mezcla su primer suspiro con el último de la que le ha dado el ser.

Ved, pues, señores, cómo el socialismo es un mal temible, y como es equivocada la senda que siguen para combatirle los gobiernos.

Preciso es, pues, buscar un remedio á este mal y precaver para el porvenir los efectos de semejantes ideas. En el curso de la discusion se ha presentado aquí, como el único remedio del derecho, y no era seguramente necesario pronunciar esta palabra para que estuviera en el corazon de todos. Contra la absorcion, la distincion, contra la injusticia, el derecho; contra la centralizacion, la libertad. Mas el derecho, es un ideal, hoy no existe en nuestras sociedades, y es preciso llegar á él por algun medio; el Sr. Moron reclamaba con harta razon la manera práctica de realizarlo. Pues bien, la manera de combatir el socialismo, el atleta encargado de blandir la espada de la libertad, es la economia política. La economia política, ciencia formulada ayer, pero tan antigua como el hombre, porque nació cuando al arrojarle Dios del paraíso, desprovisto de todos los bienes, sin dejarle mas que el recuerdo para embellecer su esperanza, le impuso la ley del trabajo, como espacion y rescate, ciencia á la cual le niegan su carácter los que ignoran que á todas las manifestaciones de la vida, las preside un órden providencial, ciencia despreciada por los que desprecian tambien al hombre, criticada por los que no la conocen, y que sin embargo, está llamada á resolver todos los problemas de nuestra época, porque si llega á los gobiernos les señala el círculo de sus atribuciones, indicando que el impuesto solo es legitimo cuando es justo, y si llega á los pueblos, les demuestra la necesidad de retribuir los servicios que recibe, que consagra la moralidad en el aborro y bendice la privacion declarando sagrado el capital, que si pisa el palacio del rico es para decirle que su disipacion á nadie aprovecha, que su riqueza solo es fecunda cuando es moral, y si entra en la bohordia del pobre, cuando cansado del trabajo vuelve tal vez con la desesperacion en el pecho, le señala el palacio del rico que á través de los vidrios de su ventana se divisa á lo lejos, vertiendo luz y vida por sus abiertas puertas, no para poner en sus manos la tea incendiaria y conseguir así la nivelacion de las clases, abatiendo todo lo grande al nivel de lo pequeño, sino para pronunciar á su oido las palabras moralidad, trabajo, y elevar así lo pequeño hasta el nivel de lo grande; tal es, señores, la economia política, ciencia eminentemente filosófica, porque representa la evolucion individualista de la filosofía, eminentemente social porque llama á la vida á todas las clases sociales, y eminentemente cristiana, en fin, porque completa la obra del Evangelio, sancionando la responsabilidad del individuo y encargando la direccion del mundo á la conciencia del hombre.

Y sin embargo, la economia política ha conseguido muy poco; sus triunfos han arrancado muy pocas víctimas á la ignorancia y á la costumbre: apenas se ha conseguido modificar algo las tarifas de las aduanas, sugerar á una clasificacion científica los sistemas tributarios, popularizar un poco la idea de la libertad del trabajo. Preciso es que los abusos que ataca, que las preocupaciones que combate, estén mas arraigadas en los pueblos, que tengan alguna fecha mas antigua que los libros de los utopistas modernos.

Y así es, en efecto; las ideas socialistas que la economia pretende destruir, están basadas en la práctica de los siglos,

en las tradiciones de la historia. Basta para probarlos, cambiar su nombre de socialismo, que nada quiere decir, puesto que se refiere a la forma, por el de comunismo, que indica la verdadera naturaleza de estas teorías. Si hubiera de formular mi pensamiento, os diría que el comunismo es la historia entera, que la economía es el porvenir.

Prestadme vuestra atención breves momentos, porque pretendo demostraroslo.

Ved el mundo oriental: la humanidad dormida, semeja un inmenso tranquilo lago, que refleja los colores de la naturaleza: el hombre no se distingue a sí mismo. El pueblo está dividido en castas; una piensa, otra pelea, una tercera trabaja, la cuarta es un ser maldito sin pasado, sin presente ni porvenir; sin historia, sin familia, sin Dios. Su arte es monótono y minucioso, parece que á fuerza de paciencia y de atención, quieren suplir por la perfección en los detalles, la idea que les falta: allí se vé un pueblo entero trabajando en acumular materia para encerrar en ella una idea, sin conseguir encerrar otra cosa que cadáveres. El trabajo, que es la actividad del hombre, libremente desarrollada, no podía existir en estos pueblos. Y sin embargo, el trabajo vino á fecundar la idea oriental que sin él hubiera muerto aislada y solitaria. La corriente de la vida humana al llegar á las crestas del Líbano se estendió por una deliciosa comarca, allí á la vista del mar el hombre se sintió libre, y viendo que su trabajo y su inteligencia le hacían dueño de los elementos, quiso también ser el dueño de sí mismo. Por eso nacieron en Fenicia los primeros gobiernos electivos y la clasificación de los ciudadanos por su riqueza. Y así el hombre, cuando veía peligrar su independencia, huía en su barca sobre las hondas del mar que le llevaban á la Europa, el país de la libertad.

Pero ya la corriente de la vida había dejado una perla en el cáliz de una flor, y se había levantado la Grecia. Grecia, la cuna de las artes, la patria de las ciencias, ofrecía al hombre el fraccionamiento y la división, que le permitía agruparse y formar pequeños estados diferentes entre sí.

Así nació la idea del Estado: el hombre se sintió hermano del que había nacido dentro del mismo recinto, y enemigo del que había visto la luz en otro suelo: todo lo era el Estado, él dirigía la educación, él repartía el botín, él disponía de la riqueza de los individuos, él también debía darles la vida y encargarse de sostenerlos. Todo revela en la Grecia este carácter: su poesía, que pinta siempre la vida exterior y pública, su arte, porque en el templo griego no se vé nunca el lugar del reposo y de la meditación, sino el lugar abierto al paso del pueblo que le cruza en todas direcciones. Justo era que la idea del trabajo fuera también colectiva y esta ley de espacion se impusiera al débil y al vencido.

La idea de Grecia era un adelanto, sin embargo, Grecia había ya formado el Estado.

Roma continuó su obra, pero dedujo una consecuencia mas; habiendo nacido sola y aislada, buscó en sí misma la fuerza y llevó su idea y su organización á todas partes; así, en el municipio hizo hacer la idea de ciudad; el hombre fué ciudadano y gozó de los derechos que su ciudad gozaba: así en los últimos tiempos del imperio cuando se exageraron las consecuencias de aquel comunismo, el habitante del municipio no tuvo ni aun la triste libertad de abandonar su patria.

Roma había terminado su revolución y adelantado un paso mas: había creado la ciudad. Pero Roma había elevado un inmenso edificio y dentro de él erraba el alma pagana, sin poder llenarlo: preciso era que el cristianismo viniera á infundirle un nuevo espíritu para dar vida á la civilización.

El cristianismo venia, en efecto, á realizar la idea individual, porque, enseñando al hombre que tenía un hermano en cada uno de sus semejantes, y un padre común en los cielos, que su única guía era su conciencia, le daba la idea de su fuerza, le revelaba su poder y sentaba los principios que debían dar como consecuencia las libertades modernas. Y en efecto, el siervo, aceptando la esclavitud como una necesidad, viendo en la iglesia una gerarquía que permitía elevarse á los humildes hasta la altura de los fuertes, oyendo en su palabra, que si el poderoso y el rico son dignos de respeto porque la superioridad es hija del mérito, y la riqueza fruto de un trabajo anterior, el pobre y el desvalido no es menos digno porque sea mas débil, acostumbrándose á mirar el deber por encima de las leyes, el siervo fué educando su alma y formando su razón en el espíritu de libertad que la iglesia le ofrecía. Pronto su inteligencia respondió á esta educación, y sus facultades empezaron á ejercitarse: con el trabajo de su alma, creó una idea, con el trabajo de su cuerpo, forjó una espada. Con la idea formó el municipio, con la espada defendió su libertad: y así la idea de los municipios pudiera representarse con una carta colgada del pomo de una espada. Después de esta primera conquista, el siervo, atento siempre á su misión, con la paciencia del que espera, con la constancia del que sufre, supo sacar partido de todas las circunstancias y llevar adelante su idea á través de todos los sucesos: de la diversidad de las monedas, hizo nacer la moneda imaginaria que facilitó los cambios, de la opresión del trabajo y de la persecución de los capitales, supo sacar el crédito: la necesidad de unirse le dió la idea de los gremios que pronto obtuvieron derechos políticos: la unión que da el comercio, le sugirió la formación del Banco: educado por la iglesia, aprendió su lengua y con ella estudió la ciencia, que no pudieron comprender sus señores, que no sabían su idioma; vestido de juglar penetró en los castillos, y aprendió sus costumbres y la manera de hacer galana su trova: en la orilla del mar halló un camino para llegar á nuevos espacios, y bien pronto, para dar testimonio de su poder, se alzaron poderosas, del seno de los mares, ceñidas con el blanco velo de sus espumas, Génova y Venecia y las ciudades anseáticas en las brumosas costas del Báltico. Y cuando el hombre dió todos estos resultados de su trabajo, comprendió que en él estaba el secreto de su poder, y asentó sobre ese principio las sociedades á tiempo que empezaba á correr la edad moderna, que al alzarse como el niño en la cuna, miró sorprendido las galas de la naturaleza que le rodea, estendió maravillado sus brazos al Nuevo Mundo que se elevaba entre las nieblas del Océano, vió alónto en sus manos, cual dócil instrumento, el arma de los dioses, el rayo y el trueno, que la pólvora le daba, escuchó alónto referir su vida toda, con el mágico invento de Gutenberg, y leyó con profundo respeto el nombre de Dios, en el silencioso movimiento de la brújula, que le recordaba su poder.

Desde este momento el esfuerzo del hombre no reconocerá ya límites: ansioso de dominar la naturaleza, bajará á su seno y le arrancará sus músculos de hierro para dominarla con ellos: sujetará el agua de los mares y la pondrá bajo la dirección de su inteligencia, para surcarlos despues rápidamente: arrancará á la naturaleza una chispa de su vida para ponerla al servicio de su pensamiento mas veloz que ella: qué mucho, que orgulloso con sus triunfos, pretenda también hallar un camino por bajo de los mares, otro por encima de los aires, reunir en una sola flora todos los productos del universo, convertir en fértil oasis, el árido desierto de Zahara, fundir en una sola civilización todas las civilizaciones, en una raza todas las razas; y así, cuando haya allanado todas las diferencias, y reunido todos los pueblos, hallar una sola idea para todos los pensamientos, una palabra para todos los acentos, y con nná-

nime voz rendir gracias á Dios al entregarle su obra concluida.

Hé aquí, pues, señores, el trabajo del hombre formando la civilización entera, y distinguiendo y perfeccionando su ser. Y cuando el trabajo hubo llegado á esta altura y recibido este desarrollo, la inteligencia humana, esa inteligencia que á través del velo de la naturaleza, descubrió en la vista de Newton el secreto de su vida, que adivinó la forma del mundo en la mente de Colon y el movimiento de la tierra en la de Galileo; esa inteligencia humana que todo lo colora, que todo lo estudia, que conoce todas las formas, explicó el nuevo mecanismo de las sociedades y formuló la ciencia del trabajo, la economía política.

Ved, pues, terminada la demostración de la fórmula que antes os proponía. El comunismo es la historia entera, la economía, el porvenir, ó si os parece excesiva mi pretensión, el individualismo, servido por la economía, es el porvenir.

Justo es que despues de haber hecho la crítica del pasado, la economía trate de fundar algo. Yo, señores, entro con miedo en esta parte de mi discurso, porque he visto siempre á las escuelas mas hábiles como criticas, decaer al llegar al dogmatismo. Sin embargo, cuando se estudian los principios de la economía, este temor desaparece, porque lejos de crear nada nuevo, solo pide que se respete el orden natural. Tratando de estudiar los fenómenos que aparecen en la vida de las sociedades, los economistas hallaron con sorpresa que estos fenómenos obedecían á leyes especiales, que existía un mecanismo completo, que imprimía su movimiento á la humanidad, y que, si bien daba movimientos desiguales, por el peso que oprimía muchas de sus ruedas, era fácil sin mas que dejarle obrar libremente, llegar á obtener sus resultados completos.

Y en efecto, señores, este orden existe, este orden aparece por doquier, en toda su mayor influencia. El capital sacrificio del presente al porvenir, permite el desarrollo de la inteligencia y de la idea al sabio que con su ciencia rescata luego el trabajo de sus hermanos: la propiedad, lazo que une á las familias y que pasa á los hijos como si fuera la bendición de sus padres, viene á dar utilidad á toda la sociedad, con la mejora y el adelanto que el interés personal consigue: la máquina que arranca del trabajo mecánico al obrero, llama á la vida á nuevas generaciones: el oculto, misterioso consuelo que la caridad lleva al seno de una familia necesitada, encuentra su recompensa en la gratitud y en la satisfacción que, como benéfica lluvia, cae sobre el alma que la ejerce: el talento del sabio, la idea del genio, encuentran la única retribución que es posible darles, en la gloria que rodea su nombre: y cuando se comprende esta magnífica armonía, cuando se adivina esa sublime ley que rige el mundo, el alma se llena de religioso respeto, y siente también admiración hácia el orgullo de esos utopistas que han pretendido fundar un nuevo orden, crear una nueva armonía, sin ver que esa armonía y ese orden aparecen por do quiera, en la misteriosa cifra que forman las estrellas en el espacio, en la callada voz de los sentimientos de amor del alma humana.

Este es el dogma de la economía, estos sus principios; y así, cuando critica los sistemas anteriores, cuando les pide que renuncien á dirigir el mundo, no es para reclamar ella su dirección, sino para entregárselo á Dios. Por eso el lema de la economía política es el que adopté para ella uno de sus primeros escritores y el primero quizá de sus filósofos, *«Digitus Dei est hic»*

He concluido, señores, y tengo que daros gracias por la atención que me habeis concedido: escasos han sido mis méritos, inmensa vuestra benevolencia. Réstame solo, para terminar, hacerme cargo un momento de las objeciones que á cada paso se dirigen á la economía política. Hoy, se la acusa de materialista, otro día de anárquica, despues de atea, y hasta se la califica con frases muy sonoras, aunque vacías de sentido. Yo, señores, acepto todas estas calificaciones, solo quiero que se me prueben, porque todas son infundadas; porque si la acusan de materialista, yo os diré que la economía ha hecho del mundo un trono para el espíritu, y de la materia la escala para llegar á Dios: si la llaman anárquica, yo os contestaré que su fórmula es la armonía, y sus medios la instrucción: si la califican de atea, yo os pediré que me mostreis una doctrina mas universal, mas humanitaria, ni que dé de Dios mas grande idea, porque si la ha alejado un poco de la mente del hombre, ha sido para engrandecerlo, puesto que las cosas mas grandes se empujeñecen cuando se aproximan á nuestra débil naturaleza, si llaman pequeña á la ciencia y mezquino á nuestro estudio, yo os diré que ella ha sido el energético reactivo que, cayendo sobre las páginas del mundo, ha hecho reaparecer claro y brillante el nombre de Dios, escrito en leyes armónicas, y que yacia oculto bajo el polvo que el paso de los siglos de ignorancia había arrojado sobre él; si me dicen que yo pretendo hacer rey de la creación al hombre, ese ser mezquino, formado por una ráfaga de viento que levanto un poco de polvo en el espacio, yo os haré ver que en ese cuerpo se ha infundido un alma de esencia divina, que al pasar por esta primera transformación, está obligada á desarrollarse, y tiene señalado á su desarrollo en el tiempo los limites del tiempo, en el espacio los limites del mundo; y si, en fin, aceptando la ciencia y sus ideas, me dicen que el hombre, dotado de mas alto destino, necesita inclinar la frente en el suelo, para recibir en el cielo una corona, yo os contestaré que para hacerse digno de ella, para recibir esa corona de manos de Dios, es preciso levantar la frente hasta la altura donde esconde su trono.

SEGISMUNDO MORET Y PRENDERGAST.

#### ASOCIACION PARA LA REFORMA DE LOS ARANCELES DE ADUANAS.

Quando asistíamos el 25 del pasado á la reunion que en la Bolsa celebraban los libre-cambistas con el objeto de fundar la *Asociación para la reforma de los aranceles de Aduanas*, sentimos una de esas gratas y dulces emociones que se experimentan pocas veces en la vida.

Partidarios decididos de la libertad económica, en la íntima persuasión de que ella es la que puede labrar la prosperidad y la riqueza de nuestro suelo, hace algun tiempo que acariciábamos la esperanza de una *Asociación propagandista*, que, abriéndose paso por entre los partidos políticos y las ideas de distintos géneros que viven en nuestra sociedad, comenzara por formar la opinion del país para conseguir despues la reforma necesaria y urgente en la legislación. Nuestros deseos han comenzado á realizarse el día 25; y, grato es decirlo, aun cuando esperábamos que el ilustrado público de Madrid acogiera favorablemente el pensamiento de la Asociación, no pudimos figurarnos que la acogida fuese tan benévola, tan decidida y tan entusiasta.

La libertad encuentra siempre un eco sonoro en las almas generosas: origen de todas las grandes acciones, fuente única de la conducta humana, ella es en la moral el principio de la responsabilidad y del merecimiento. Arrancando ella al hombre de la esfera en que plugo á la naturaleza colocarlo á los demas seres, lo levanta y lo eleva á la categoría de ser privilegiado y de príncipe de la creación.

Esta ley sabia de la responsabilidad es también la ley de la economía política. Dejád al hombre la libertad del trabajo, permitid que sea el único árbitro del empleo de sus facultades y de sus capitales, que ejerza una ó muchas industrias, que cambie con estos ó los otros productores, que cada país se coloque en sus condiciones naturales productivas, que la división del trabajo sea una verdad práctica entre las naciones como entre los individuos, y habrá rayado en nuestro horizonte la aurora de la libertad económica. Y el hombre entonces, bajo el punto de vista de la producción, será verdaderamente hombre, porque será verdaderamente libre, y será verdaderamente rico ó pobre porque será verdaderamente responsable.

Cuando ha acertado á combinar bien sus empresas, cuando ha sabido encaminar sus capitales y su industria por el verdadero carril, cuando ha tenido el talento de apreciar las condiciones del país en que vive y de los elementos de producción que encierra, cuando juzga acertadamente acerca de la extensión del consumo ó de la oferta, cuando previene todos los peligros y prevee todas las eventualidades, cuando se abandona á las saludables inspiraciones de su ciencia, de su talento y de su gusto; ¡con qué brillante éxito vé coronados sus esfuerzos! Por el contrario, cuando camina á ciegas y se empeña en empresas temerarias, cuando se dedica á industrias contrariadas por las condiciones del suelo y del clima, cuando, falto de datos estadísticos, de conocimiento de los mercados, de talento industrial, ni se pone á cubierto de los peligros, ni sabe armonizar los medios con el fin, cuando todo esto concurre en él; ¡qué resultado tan triste y desconsolador! En vez de llegar á la riqueza y á la opulencia se acerca mas y mas á precipitarse en el abismo de la miseria. En el primer caso el hombre en su calidad de productor *merece bien*, y alcanza por tanto generosa recompensa; pero en el segundo sucede precisamente lo contrario, *merece mal*, y recoje pérdidas en lugar de ganancias, castigo en vez de apetecido premio.

La libertad es la vida para la producción, porque el trabajo del hombre no puede vivir sino en la atmósfera de la libertad económica. Con la libertad, el teatro de la producción se transforma y viste nuevas decoraciones; con la libertad desaparecen azoradas y corridas las pobres y malas industrias, como desaparecen las aves nocturnas cuando luce la luz del día, porque no pueden aquellas sufrir el resplandor de la libertad, como no resisten estas la brillante luz del sol. Bajo el régimen de la libertad económica se abren á la actividad del hombre anchisimos y dilatadísimos horizontes. No hay idea útil ni pensamiento fecundo que no tenga su realización con la libertad. El sabio hace profundas escursiones en el campo de las leyes de la naturaleza y enriquece las ciencias con nuevos principios: el productor convierte en hechos, y trae al seno de la vida práctica las ideas teóricas del sabio: la maquinaria elevando á potencias las fuerzas del productor, obra verdaderos y estupendos milagros: industrias nuevas aumentan el catálogo de las ya conocidas: los consumidores encuentran medio de satisfacer todas sus necesidades y hasta todos sus caprichos: mil y mil goces mas vienen á aumentar el número de los goces de la vida, y la comodidad y la abundancia se estienden é infiltran por todas las clases de la gerarquía social, llegando hasta las mas modestas y mas humildes, y desapareciendo de nuestra vista el repugnante espectáculo de la miseria.

Que nos sea lícito representarnos acá en el pensamiento el cuadro de lo que sería España bajo el régimen de la libertad económica. Fijémoslo por un instante en la carta geográfica de Europa: el dedo de la Providencia parece que señaló á la Península ibérica para que fuese teatro de producción y emporio de riqueza. Situada en la estremidad occidental del continente europeo, parece como destinada para conservar siempre su independencia y nacionalidad; cruzada por altas sierras que siguen variadas y caprichosas direcciones, hállase enriquecida con todos los climas y con un suelo que admite todas las plantas y todos los cultivos: rios caudalosos, cuyas aguas son apenas utilizadas por la industria y por la agricultura, ruedan por este mismo suelo. ¡Cuántas riquezas minerales esconde la tierra española! ¡Con cuántos elementos de fabricación cuenta! Recorredla, estudiadla palmo á palmo y os convenceréis de que no anduvo ciertamente mezquina con ella la naturaleza. Rodeada en casi todo su perimetro por el Atlántico y el Mediterráneo, está en la posición mas ventajosa para llevar muy lejos sus relaciones comerciales.

Figurémonos una agricultura que cubre de verdura y follaje sus campos, que perfecciona sus cultivos, aclimata plantas desconocidas, introduce el elemento poderoso de la maquinaria y suministra materias primeras á la fabricación; una industria fabril que abandona los empleos extraños á sus condiciones naturales, y aprovecha todos los materiales, todos los elementos y todas las indicaciones de la naturaleza; y por último, un comercio activo que puebla los caminos, los canales y los mares con los productos de las demas industrias; figurémonos todo esto, que ciertamente llegará á ser, y no muy tarde, una realidad, y tendremos, no la pobre España, despoblada y de importancia exigua, sino la España rica, agrícola, fabril, comercial, la España poblada y pesando mucho por su importancia en la balanza del mundo. Para esto no queremos mas que una cosa, una sola cosa, la libertad económica.

Digámoslo de una vez; la competencia, la perfección, la abundancia, la baratura, la inventiva en la producción, el progreso siempre creciente, los goces y comodidades de la vida, constituyen el séquito obligado de la libertad económica.

Si, pues, esto es la libertad del trabajo, ¿cómo la Asociación para la reforma de los aranceles de Aduanas no había de encontrar una acogida favorable en el público de Madrid? Al echar una mirada por aquella numerosísima concurrencia, al notar las señaladas muestras de aprobación y de asentimiento con que fué acogida la lectura del brillante discurso del señor D. Luis Maria Pastor, y las palabras de nuestros amigos Sanromá y Rodríguez, rodaban por nuestro pensamiento estas ó parecidas ideas, y nos dábamos así cabal esplicación de lo que á nuestro alrededor pasaba.

El discurso del Sr. Pastor nos pareció inmejorable: la doctrina en él vertida es la que profesa la escuela liberal en economía política, sin que tengamos ninguna objeción que hacer á la ortodoxia de los principios allí desenvueltos. Y luego el Sr. Pastor supo darles una forma tan clara, tan castiza, tan bella, que se ganó la benevolencia y las simpatías de cuantos le escuchaban. No queremos hacer una reseña de este discurso, porque tememos desfigurarlo; y preferimos recomendarle al lector. Allí encontrará magníficas apreciaciones de la libertad de comercio y de las ideas económicas; trazada la historia de la Sociedad de economía política; explicado y desenvuelto el programa de nuestra Asociación, con otras cosas muy importantes y dignas de aplausos. Damos por ello al Sr. Pastor nuestra sincera enhorabuena.

¿Y nuestros amigos Sanromá y Rodríguez? ¿Deberíamos pasar sus nombres en silencio solo porque nos unen á ellos los vínculos de la amistad y del compañerismo? Ciertamente que no, porque queremos ser justos y no lo seríamos si así lo hicieramos. Estamos seguros de que no nos seduce la amistad, y aun también de que no nos es dado retratar fielmente en este escrito la emoción y el entusiasmo que despertaban sus

palabras, y la dulce y muy grata impresion que dejaron en el ánimo de todos. Mas de una vez interrumpidos por nutridos aplausos, recibiendo constantemente demostraciones de asentimiento, puede asistirles la convicción de que la numerosa, ilustrada y brillante concurrencia que encerraba el local de la Bolsa, salía de allí plenamente satisfecha y complacida; satisfecha y complacida decimos, porque acababa de ver que, si es santa y justa la causa de la libertad de comercio, esta acababa de tener intérpretes que estaban á la altura de su santidad y de su justicia.

El uno (Sanromá), fácil en el decir, afuente, ostentoso, hablaba en todos los tonos, pintaba con brillante colorido y derramaba por su discurso las figuras y las imágenes con admirable profusion. El otro (Rodríguez), sencillo, claro, incisivo, enérgico, caminaba derechamente á su idea: eran dos géneros de elocuencia diferentes dentro de los cuales demostraba cada cual sus apreciables cualidades.

Decíamos mas arriba que era numerosa y brillante la concurrencia, y así es en efecto. Numerosa, tan numerosa que apenas cabía en el espacioso salon público de la Bolsa; y brillante porque allí figuraban hombres públicos de todos los partidos, banqueros, comerciantes, diputados, escritores, periodistas y estudiantes, desacordes tal vez en opiniones políticas y en principios filosóficos, pero unidos en la comun creencia de la libertad de comercio. Sabemos de algunos amigos nuestros que hicieron precipitadamente su viaje para asistir á la reunion. El mayor orden reinó en ella: la autoridad ni nos puso obstáculos para reunirnos, ni nos inquietó absolutamente en nada.

Congratulémonos, pues, los que nos asociamos á la causa de la libertad de comercio. Cuando se tiene una idea en la inteligencia y se sabe que esta idea no solo es de inmediata aplicacion, sino que ha sido ya victoriosamente ensayada en la piedra de la esperiencia; cuando en ella se vé brotar la felicidad de la patria; cuando se tiene el convencimiento de que se camina, no en pos de una sombra vana é impalpable, sino tras de la realidad, entonces lo que el entendimiento vé con claridad perfecta el corazón lo siente con calor, y la voluntad pone en práctica los medios para realizarlo.

La reunion nos honró con el nombramiento de secretario, en union de otros compañeros, y lo aceptamos con gusto porque, en la medida de nuestras escasas fuerzas, estamos dispuestos á sostener en la nueva cruzada esa libertad económica que tantas veces hemos defendido desde la cátedra.

Hé aquí el personal de la junta directiva para la Asociacion de la reforma de los aranceles de Aduanas.

Presidente.—Excmo. Sr. D. Luis Maria Pastor.

Vice-presidentes.—Excmo. Sr. D. José Manuel Collado.—Sr. D. Gregorio Lopez Mollinedo.—Ilmo. Sr. D. Cipriano Segundo Montesino.

Vocales.—Sr. D. Manuel Colmeiro.—Sr. D. Laureano Figueroa.—Sr. D. Antonio Maria Segovia.—Ilmo. Sr. D. Eugenio Moreno Lopez.—Ilmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.—Sr. D. José Gonzalez de la Vega.—Sr. D. Juan Eloy de Bona.—Sr. D. Andrés Borrego.—Ilmo. Sr. D. Ramon Echevarria.—Señor marqués de Albaida.—Sr. D. Emilio Castelar.—Sr. D. Antolin Udaeta.—Sr. D. Praxedes Maleo Sagasta.—Sr. D. Francisco Orgaz.—Sr. D. Patricio Pereda.—Sr. D. Félix de Bona.—Sr. D. Pablo Martinez.—Sr. D. Sabino Ojero.—Sr. D. Casimiro Rufino Ruiz.—Sr. D. Luis Mariano Moreno.—Sr. D. Eduardo Chao.—Sr. D. Joaquin Maldonado Macanaz.—Sr. D. José Monasterio.—Sr. D. Félix Marquez.

Tesorero.—Sr. D. Pedro Pascual Uragon.

Contador.—Sr. D. Isidro Solernou y Castellanos.

Secretario general.—Sr. D. Gabriel Rodriguez.

Secretarios.—Sr. D. Joaquin Maria Sanromá.—Sr. D. Benigno Carballo.—Sr. D. José de Echegaray.—Sr. D. Enrique Pastor.—Sr. D. Arturo de Marcoartú.—Sr. D. Feliciano Herrero de Tejada.

BENIGNO CARBALLO.

## NECROLOGIA.

EXCMO. SR. D. JOSE MADRAZO.

No á la amistad, sino á la justicia, creo pagar tributo afirmando que nadie es mas digno en nuestra edad y patria de la calificación de benemérito de las artes que el ilustre español finado la madrugada del 8 de mayo entre su numerosa é inconsolable familia, y con profundo sentimiento de sus muchos amigos y admiradores. Una breve reseña de su vida laboriosa y fecunda en buenos resultados, bastará á poner de manifiesto que dista considerablemente de la exageracion lo que afirmo, y que ni la mas furibunda envidia le puede privar de tal gloria.

Con verdadero genio artístico vió la primera luz don José Madrazo, y así lo acreditó desde su mas tierna infancia, habiendo nacido en una ciudad mercantil como Santander el 22 de abril de 1784, cuando aun no la habia enriquecido con la escuela de dibujo su consulado, y no consintiendo espaciarse en mas vasto horizonte la posicion de sus honradísimos padres, nada sobrados de fortuna. Constantemente se entretenía en dibujar los objetos que mas llamaban su atencion de niño, y en copiar las estampas que le venian á las manos, con habilidad suficiente para darnos muestras positivas de sus felices disposiciones. Conociéndolas el señor conde de Villafuertes en visperas de venir á la corte, se propuso traerle en su compañía; mas retardándose el viaje, se le llevó á su casa y le dió á copiar diversas obras de principios de su selecta biblioteca. Ya en Madrid, á la vuelta de un año, el señor conde puso al jóven artista bajo la direccion del primer pintor de cámara D. Cosme de Acuña; pero como este vivía lo mas del tiempo en los sitios reales, el verdadero maestro del señor Madrazo fué D. Gregorio Ferrer, director de la Academia de San Fernando, persona de buenas máximas en el arte de la pintura, y dotada de carácter afable, requisito esencial para la enseñanza. Muy rápidos fueron los progresos del alumno, y llamaron la atencion en Santander, á donde fué con objeto de visitar á sus padres, de modo que el consulado le señaló una pensión para que perfeccionara sus estudios. Con nuevo ardor volvió á Madrid muy luego, continuando bajo la direccion de los ya citados profesores, y mereciendo la honra de que el Excmo. Sr. D. Pedro Ceballos le hospedara en su casa, y de que el instruísimos don Fernando La Serna le alentase con la amis ad mas afectuosa.

Para penetrarse á fondo de las máximas de los mejores maestros y adquirir buena práctica, repetía el Sr. Ma-

drazo las copias de unos mismos originales: cuatro hizo una tras otra de la *Purísima Concepcion*, pintada por el célebre Mengs para la casa de los gremios, y cada vez mas inflamado de amor á la gloria, deseaba marchar á Paris, al tiempo en que M. David conquistaba los mayores aplausos con su cuadro del *robo de las sabinas*, y en que se enriquecía aquel Museo con las obras maestras que traian los franceses entre los trofeos de sus victorias sobre Italia y Flandes. Por dicha del pintor entusiasta, su amigo el señor Laserna fué nombrado á la sazón cónsul general en la capital del vecino reino, y se le llevó allí muy gustoso el año de 1801. Su asistencia cotidiana á casa de M. David, donde se perfeccionaba en el estudio del natural y en el de la composicion de asuntos; y al Museo para meditar sobre las bellezas de los pintores de todas las escuelas, sacando croquis de los lienzos mas de su agrado; y á la galeria del Louvre y á la Biblioteca nacional, para cursar anatomia y antigüedades, le consumian las horas que no dedicaba á familiarizarse con los clásicos griegos y latinos, guiado por el señor Laserna, ó al preciso descanso. Dos años y medio de esta aplicacion incesante fecundizaron sobremanera el genio artístico del jóven ardoroso, que á los cuatro lustros, con apostura gallarda y en el seno de la ciudad de los placeres, no conocia otros que los del estudio: verdad que no los hay mayores para cuantos logran la ventura de saborearlos y de apurar todas sus delicias. Brillando entre sus discípulos todos y viéndoles disputarse los trabajos que hacia por el natural de continuo; ganando el premio de composicion al representar á Aquiles en el instante de saber la muerte de Patroclo; y mereciendo por su cuadro de Jesus en casa de Anas que su maestro le colmara de elogios y que su rey le pensionase para completar sus estudios en Roma, naturalmente era para el señor Madrazo un ameno vergel la vida.

Después de examinar las magníficas galerías de pintura y escultura de la gran capital de las artes, se dió á conocer allí el pintor español con el cuadro de Lucio Junio Bruto en el instante de hacer sobre el cadáver de Lucrecia el juramento transmitido con toda su fuerza á las edades por la vigorosa pluma de Tito Livio. Expuesto estuvo muchos dias este lienzo en el palacio de España, y el que le habia dado vida alcanzó el mas cabal triunfo, pues le aplaudieron todos, le celebraron los poetas, y lo vió descrito é ilustrado con una lámina por el arqueólogo Guatani en las *Efemérides romanas*, y oyó frases muy lisonjeras de boca del emperador de Austria y de su augusta esposa, de cuya distincion se dió noticia en la *Gaceta de Madrid* y otros periódicos de entonces. Lejos de dormirse sobre sus laureles, dedicóse en seguida á pintar el *triunfo del amor divino sobre el profano*, cuadro hoy existente en el Museo de esta corte, y notable como todos los de su pincel por la correccion y pureza de estilo. Ardiendo en la noble alma del Sr. Madrazo con igual intensidad el amor á su patria y á su arte concibió la idea sublime de consagrar su talento á la representacion de los sucesos gloriosos de nuestra historia. Cuatro asuntos le ocurrieron para comenzar esta gran tarea; la muerte de Viriato, sus exequias, la capitulacion de los romanos con Megara y la destruccion de Numancia: ya habia concluido el primero y tenia trazados los otros al tiempo en que los franceses ocuparon á Roma y en que tuvo lugar el heroico levantamiento de España.

Entonces sufrió el Sr. Madrazo la primer contrariedad en su carrera victoriosa, por motivos que le honran hasta lo sumo. Arrancada toda la familia real de nuestro pais con astucia indigna del grande hombre, á cuyos pies se postraba Europa, y elevado su hermano José al trono de dos mundos, el general Miolis, gobernador de Roma, determinó que todos los españoles allí residentes le juraran por soberano, señalando día para que la ceremonia tuviera lugar en el palacio de España. Lisonjero es decir que Mr. Miolis se estuvo largas horas bajo el dosel en espera, sin que un solo individuo acudiese á su llamamiento. Iracundo el general previno que fuesen reducidos á prision en el castillo del Santo Angel los pensionados españoles. Se pudo librar de esta tropelia el Sr. Madrazo, pues unas vecinas suyas desorientaron á los que fueron á prenderle con la invencion de que se habia mudado de casa; mas estimulándole su ardiente patriotismo á seguir la suerte de sus camaradas, se salió á buscar á los que aun no se hallaban presos, y en union de los escultores D. José Alvarez y D. Ramon Barba y del arquitecto Don Juan Gomez, se presentó en el castillo del Santo Angel, donde ya habian sido llevados los artistas D. Antonio Solá, D. Teodoro Mur y D. Miguel Cabañas. Unas veces con halagos y otras con amenazas terribles les tentó el gobernador del castillo, M. de Anglemont, para que no se obstinaran en una resistencia sin fruto. Ninguno produjeron las exigencias ni las instancias: aquellos jóvenes artistas, aislados, sin mas armas que su acrisolada lealtad y su acendrado patriotismo, día por día acreditaron el mismo heroico teson que los zaragozanos y los gerundenses en su gran lucha contra las huestes imperiales. A la circunstancia de hablar el Sr. Madrazo en francés con mas soltura que sus compañeros, debió el alto honor de ser intérprete constante de los puros sentimientos que animaban á todos. Encerrados se hallaban en la parte mas elevada del castillo y cabalmente donde estuvo la famosa pía de bronce con las cenizas del emperador Adriano, y todas las mañanas se descorrían los cerrojos y era llamado al aposento del gobernador el Sr. Madrazo, para oír que traspasaba los límites de la tenacidad el intento de los españoles de resistir al dominador de Europa; que ya no quedaban aqui mas que unos cuatro mil *bergantes*, y que Napoleón no deseaba mas que nuestra ventura. Con la expresion elocuente por lo sencilla de personas resueltas á todo, le contestaba el jóven artista en su nombre y en el de sus camaradas.—«Bien conocemos el poder colosal del emperador de los franceses; pero nuestra nacion se le opone, y de su voto no nos separaremos nunca: además esa ponderada felicidad no se la han pedido los españoles, y esos que Vd. llama *bergantes* se multiplicarán como por encanto, y ni mis compañeros ni yo

cederemos de nuestra determinacion invariable, mientras un solo español lleve armas.»—Esta noble entereza llegó á aburrir al gobernador de modo que durante dos dias interrumpió sus entrevistas con el Sr. Madrazo: al cabo de ellos le llamó otra vez y condoliéndose de que le obligaran á tratarles rigurosamente por la ceguedad que les inducia á sostener una causa desesperada, le leyó un papel manuscrito con la advertencia de ser un parte del gobernador general y relativo á una victoria que los franceses habian ganado á los *insurgentes* españoles, é invitó-le á que lo tradujera al castellano para que sus compañeros se enteraran del contenido.—«No es menester, contestó el Sr. Madrazo, se lo diré de palabra, y con la seguridad de que Vd. no alcanzará lo que se propone.»—Prosiguiendo las entrevistas, como quita lo cortés á lo valiente, el pintor español retrató al gobernador del castillo, y este probó á vencerle con agasajos, ofreciéndole su coche para salir cotidianamente á paseo; tentativa igualmente ociosa, porque el agraciado rehusó el favor con urbanidad y por la gallarda razon de no ser extensivo á sus camaradas.

Treinta y tres dias permanecieron en el castillo del Santo Angel y luego dos meses en el palacio de España, hasta que alojando el rigor, se le señaló á cada uno por cárcel primero su casa, y después la ciudad de Roma. Aunque jamás desconfió el Sr. Madrazo de que al fin saldrían triunfantes sus compatriotas de la tremenda lucha, se llegó á apoderar de su ánimo una profunda tristeza que, sin contrastar su resolucion firme, le alteró la salud muy gravemente: gracias á los eficaces consuelos que le prodigaron el príncipe Federico de Sajonia Gotha, el general Hach, su gentil-hombre, y el baron de Humboldt con su familia, asistiéndole de continuo, llevándosele á la deliciosa mansion de Albano y proporcionándole distracciones, se restableció poco á poco, y pudo tornar á la vida de artista, si bien obligado á renunciar al gran propósito de no dedicar los pinceles mas que á representar glorias de su patria.

Por aquel tiempo se casó con doña Isabel Kunt, que, siendo modelo de esposas y madres, le ha cerrado los ojos, después de hacerle gozar la felicidad doméstica mas pura durante casi medio siglo. Con aumento considerable de obligaciones, tuvo necesidad de pintar retratos, no habiendo ejecutado hasta entonces mas que algunos en muestra de gratitud ó de obsequio, entre otros el de nuestro embajador en Roma, Sr. Vargas y Laguna. Sin embargo, de esta época son dos cuadros del Sr. Madrazo, que aumentaron su nombradía; uno el del sangriento combate de griegos y troyanos sobre el cadáver de Patroclo, y otro la Virgen Maria con el Niño Jesus en los brazos: actualmente existe el primero en el palacio del Quirinal, y el segundo lo posee el conde de Langsdown en Londres.

Cuando Carlos IV y su esposa Maria Luisa fueron trasladados de orden de Napoleon á Roma, el Sr. Madrazo les debió la mas lisonjera acogida, y encargándole sus retratos de cuerpo entero le proporcionaron un señaladísimo triunfo, pues expuestos al público en un salon de la academia de San Lucas, todos los inteligentes admiraron la verdad del colorido, la naturalidad de las actitudes, y la valentia, riqueza y brillantéz del conjunto. Así le celebraron los mejores poetas de Roma, le nombraron pintor de cámara los reyes Carlos IV y Maria Luisa, y por aclamacion le admitió en su seno la academia de San Lucas. Además de los retratos de varios personages, de orden de Carlos IV hizo copias del célebre cuadro de la gloria del Ticiano con San Sebastian, San Nicolás y Santa Catalina; y pagó deudas de amistad y de gratitud con una bella imagen de la Virgen Maria y el Niño Dios para el señor D. Fernando Laserna, y un hermoso cuadro de San Pedro Advincula para el Excmo. Sr. D. Pedro Ceballos: tambien hizo por encargo del ayuntamiento de Bilbao un retrato de cuerpo entero del cardenal Gardoqui.

Ya hacia cuatro años que habia tenido feliz término la heroica lucha de la independencia española, cuando sorprendió agradablemente al Sr. Madrazo el nombramiento de director de la clase de colorido y de composicion de la Real Academia de San Fernando. Sin pérdida de tiempo se puso en camino, y á pesar de todo se retardó su llegada á la corte por haber naufragado cerca de Marsella el buque donde traía varios de sus cuadros; gracias á haber arrojado las olas á la orilla algunos cajones pudo salvar con trabajo indecible y rehacer el de la muerte de Viriato, colocado hoy en el museo de esta corte. Con real licencia volvió á Roma el mismo año de 1818 para ver á su familia, y se detuvo allí mas de lo que pensaba por ocurrir á la sazón la muerte de Carlos IV y Maria Luisa con pocos dias de diferencia, y por encargarsele el inventario de los cuadros que legaban á sus augustos hijos. Merced á su laboriosidad hizo entonces de orden del rey los cuatro cuadritos que representan las horas y existen desde que los terminó en la casita rústica del Jardin de la Reina ó Casino.

De vuelta al fin el Sr. Madrazo en España, se consagró con la asiduidad de su genio perseverante, y la energía de su voluntad firme y la actividad de su celo prodigioso, y el vehemente amor á la gloria de las artes, á dar vida fecunda á la Academia de San Fernando y universal celebridad al Museo de pinturas. Me duele que la premura con que trazo esta necrologia y el espacio á que me he de reducir en el periódico á que la dedico, no me consientan mas que bosquejar muy rápidamente los indecibles afanes que hubo de emplear años y años para el logro de su laudable y patriótico designio.

A pesar de la proteccion dispensada á las bellas artes por el primer Borbon de España, y proseguida por sus augustos hijos Fernando VI y Carlos III, fundador aquel de la Academia que aun lleva su nombre, activo fomentador este de corporacion tan insigne: á pesar del solícito esmero de sus profesores en la enseñanza, por vicio radical de los estatutos, que daban á los protectores y consiliarios la autoridad en todo, con desdoro de los artistas, sus progresos como Academia eran nulos y como escuela de bellas artes muy limitados. Por el año de 1818

faltaban cátedras de suma importancia: se carecía allí de buenos modelos y hasta de maniqués y de ropages, y sobre todo se echaban de menos la buena voluntad y el vigoroso empuje que se requieren para salir de una apática y desastrosa rutina. También los trastornos políticos embarazaban la realización de miras propias á caminar por mejores senderos. Fijándose únicamente en lo gravísimo del mal, y desentendiéndose de que las circunstancias de nuestro país el año de 1825 no le permitían abrigar esperanzas de quedar airoso en la empresa, el Sr. Madrazo, como director de la enseñanza del colorido y de composición de la Academia de San Fernando, á impulsos del mas laudable celo, se determinó á leer en una de sus juntas generales una enérgica y bien meditada memoria para demostrar los vicios que se oponían al progreso de las bellas artes y la manera de extirparlos. Se dilucidó largamente el asunto sin mas ventaja que la tristísima de quedar muy de manifiesto, que por entonces el mal no tenía cura. De los consiliarios fué la victoria, y los artistas siguieron humillados ante personas, respetables sin duda por su nacimiento ó por su reputación en otras carreras, pero incompetentes del todo en materia de bellas artes. Al cabo el año de 1846 se lograron casi del todo los deseos del Sr. Madrazo con la reforma de los estatutos de la Academia de San Fernando, y con el mayor ensanche dado á sus enseñanzas. Justo es decir que desde el año de 1824 le habia sido posible establecer la cátedra de colorido por el natural, y de composición de asuntos, desconocida allí hasta entonces, y que también se renovó por aquel tiempo la práctica de enviar pensionados á Roma. Al Sr. Madrazo se debe en gran parte el brillo que ahora tienen las exposiciones de bellas artes, el plan de erigir un edificio con este único objeto, el de formar un Museo histórico, según ya se va efectuando, con el fin de proteger á los artistas, y el de hacer mas provechosa la enseñanza del dibujo para la educación de los artesanos. Me limito á apuntar de pasada las ideas fecundas y juiciosas del artista eminente, porque para consignarlas y aplaudirlas con extensión proporcionada á su mérito seria forzoso escribir un libro.

Con la vuelta del Sr. Madrazo á su patria, despues de diez y ocho años de ausencia, coincidió la ejecución de la idea, inspirada á Fernando VII por su augusta esposa, Isabel de Braganza, de habilitar para Museo de pinturas el edificio trazado por el insigne D. Juan Villanueva de orden del gran Carlos III para Museo de ciencias naturales. Rico de especiales y superiores conocimientos el Sr. Madrazo, y honrado además con el favor de Fernando VII sin la interrupción mas leve, ya se deja conocer cuán eficazmente contribuyó á empresa tan digna de alabanza. Desde el año de 1858 hasta el de 1857, fué director de ese magnífico y famoso establecimiento el señor Madrazo elevándolo á su mayor auge. Muy cerca de ochocientos preciosos cuadros salvó su inteligencia de próxima ruina; se le debe la excelente sala de restauración que ha producido tan buenos frutos: y amante de los jóvenes estudiosos, les facilitó siempre, como director del Museo, la manera de perfeccionarse, y hasta de hacer copias y darlas salida, ya valiéndose de sus numerosas relaciones, ya pagándolas de su bolsillo. Grandemente sirvió también á las artes introduciendo la litografía en España el año de 1825, y dando á conocer por este medio muchos de los cuadros del Museo de pinturas. Esta publicación fué la primera de su clase que se hizo en Europa, á causa de las inmensas dificultades que á los principios del arte litográfico ofrecía la reproducción de cuadros antiguos.

De la inteligencia y del buen gusto del Sr. Madrazo dan auténtico testimonio su rica biblioteca y su excelente galea de pinturas. No vacilo en afirmar y no por mi voto sino por el de personas que lo tienen muy competente, que ni dentro ni fuera de España le superaba nadie en conocimientos relativos á bellas artes, por consecuencia de su talento sólido y privilegiado, de sus largos y sustanciales estudios, y de sus íntimas y no interrumpidas relaciones con los artistas mas eminentes de Europa. Amigos suyos fueron los célebres pintores Owerbeck, Ingres, Cornelius, y los escultores Tolwarsen y Rauck desde la juventud mas florida. También sobresalió de continuo en solicitar una eficaz protección para las artes á impulsos de la convicción profunda que revela el siguiente pasaje de una memoria suya nutridísima de buenas doctrinas y titulada *La Academia de las tres nobles artes de San Fernando desde su fundación en el año de 1752 hasta fines del presente de 1855*.—«Faltaría á un deber de imparcialidad si dejara de decir que no me ciega el amor pátrio, ni una vana arrogancia, sino que me guía únicamente la fria comparación que he podido hacer entre la juventud de las demas naciones y la nuestra, al consignar que la España está llamada á figurar en primera linea entre las naciones mas señaladas para las artes, consistiendo solo el que figuré en primero ó cuarto lugar en la mayor ó menor protección que el gobierno de S. M. las preste.»

Por su buen corazón, su carácter noble y su proceder recto se hubiera distinguido el Sr. Madrazo, aun sin la reputación de artista eminente. Se puede citar por dechado de esposos y de padres de familia: siempre fué su casa un escogido centro de artistas, de escritores y de personas de viso: como patrono especial le consideraban los pensionados extranjeros: constantemente hizo cuanto bien estuvo á su alcance: jamás se le vió inconstante en los propósitos ni en los afectos, ni indiferente á la voz de nadie que necesitase de su ayuda: solo cuando la muerte le ha impedido ocultarlo, se pudo saber hasta donde rayaba su caridad para con los pobres. En punto de religion, de honor y de amor á la patria discurría y obraba á la antigua, pues ni era cristiano de oficio, como los católicos de nuevo cuño, sino creyendo y practicando sencillamente; ni olvidada nunca la dignidad personal á pesar de haber respirado, por consecuencia del favor con que le honraba el monarca difunto, la misma

atmósfera que los palaciegos; ni se le ocurrió jamás especular con su españolismo. Notorias fueron siempre la igualdad de su carácter y la amabilidad de su trato, gracias á su mucha experiencia y lectura y á la feliz circunstancia de conservar frescas las especies: atendiendo al vigor de su fibra, y al fuego nunca tibio de su entusiasmo por el florecimiento de las artes, se puede asegurar que bajo el aspecto intelectual ha descendido al sepulcro sin llegar á viejo; y hasta físicamente parecia rejuvenecido delante del caballete y con la paleta y el pincel en la mano.

Aunque despues de su vuelta á España se le recrearon mucho las ocupaciones con atender á la Academia de San Fernando y al Museo de pinturas; con las tareas inherentes al cargo de pintor de cámara y maestro de la reina Cristina en su arte; con la introducción de la litografía y la publicación de las numerosas láminas ya citadas; y con la educación de sus hijos, tres de ellos artistas renombrados y dos jurisconsultos, de vez en cuando el Sr. Madrazo dió vida en el lienzo á algunos pasajes de nuestra historia y de la sagrada, y también hizo muchos retratos, debiéndose citar entre los mas notables el de Fernando VII á caballo, el del general Castaños, y el del célebre hacendista D. José Canga Argüelles para el ayuntamiento de Gijón y de cuerpo entero. Siempre acarició la idea antigua en su mente de concluir el cuadro de grandes dimensiones de la destrucción de Numancia, y lo tenía trazado del todo en su estudio: ahora tenia en ejecución dos cuadros, uno del nacimiento del niño Jesus y otro de Santa Isabel reina de Hungría, para hacer juego con otro de San Francisco de Asis en extasis á los pies de la Virgen María, ya terminado: de orden de S. M. el rey los pintaba para la capilla del Pardo, donde se venera la célebre imagen de Jesus en el sepulcro.

Segun mis noticias permanecerá íntegra la galeria de pinturas del Sr. Madrazo, cuya celebridad es europea, y que consta de setecientos cuadros de los principales autores españoles, italianos, flamencos, alemanes y franceses; todos ellos son de autenticidad perfecta, y en el catálogo se hace mención exacta de la procedencia de cada uno. Utilizando el artista insigne durante sesenta años su rara inteligencia en el conocimiento de las escuelas y de los autores, y á costa de sacrificios pecuniarios logró reunir tantos lienzos preciosos, que, unidos á una riquísima colección de estampas y de dibujos originales antiguos, constituyen un verdadero Museo. Además su biblioteca en punto de bellas artes sin duda es la mas selecta y copiosa de España. Una de las últimas obras de su pincel ha sido su propio retrato para la Academia de San Lucas. Otro existe suyo de los últimos tiempos de su permanencia en Roma. También se halla retratado por su maestro D. Gregorio Ferro en una de las figuras del cuadro que se venera en el altar mayor de las monjas del Sacramento de esta corte. Muy conocida es la preciosa litografía que le representa en la colección del artista: con amor filial y hábil pincel trasladó al lienzo su venerable rostro su hijo Federico hácia el año de 1857; y de hace muy poco tiempo es el excelente busto que ejecutó el acreditado buril del Sr. Ponzano, reproducido por la fotografía.

Poco despues de encargarse el señor marqués de Santa Isabel de la intendencia de palacio creyó oportuno introducir modificaciones en la manera de ser del Museo de pinturas. Por consecuencia de la reforma el Sr. Madrazo vió coartadas sus legítimas y necesarias atribuciones, censurada su dirección aunque de una manera indirecta, y separados á varios antiguos empleados sin otra razon que la de obtener una economía aparente; y rectísimo en su porte, celoso ante todo de su honra, é impulsado por su corazón bondadoso á hacer causa común con los empleados que se quedaban en la calle, no vaciló en demostrar con imponderable sensatez y respetuosa entereza los graves inconvenientes de la reforma, ni en hacer dimisión del cargo de director del Museo, que desempeñaba ya hácia cerca de veinte años con gloria suya y bien de las artes. Mucho le costó alcanzar su deseo irrevocable, por creer incompatible la subsistencia de la tal reforma y su continuación en tan distinguido cargo. Hasta entonces habia sido puramente honorífico, y en el curso de las vivas instancias del Sr. Madrazo para que la dimisión le fuera admitida, se unió al de primer pintor de cámara y con asignación de sueldo: como la cuestion era de dignidad personal y no de intereses, tal providencia movióle naturalmente á pedir su jubilación de primer pintor de cámara y á insistir en su relevo de la dirección del Museo de pinturas; todo lo cual obtuvo al fin despues de pasar meses.

Este ilustre artista era miembro de la Real Academia de San Fernando, y de las de San Lucas, y de las de bellas artes de París, de Nápoles, de Dresde y de San Petersburgo: se hallaba condecorado con la gran cruz de Isabel la Católica y con la de comendador de Carlos III; y la ciudad de Santander le nombró su regidor perpetuo antes de las reformas políticas de nuestra patria; distinción solo concedida hasta aquel tiempo á dos ministros de Estado, los señores conde de Floridablanca y Lozano de Torres.

Tan lozana era su ancianidad que prometia mas años de vida; y tan aliviado parecia de sus dolencias que estaba conversando sobre los sucesos de Italia, al acometerle el accidente que le arrancó la existencia al cabo de treinta y seis horas. Querido en vida y llorado en muerte por cuantos le trataron mas ó menos de cerca, sin incurrir en el pecado capital que arrastra á lamentar el bien ageno, su cadáver ha sido acompañado á la última morada, despues de la misa de cuerpo presente, por numerosa y escogida concurrencia y sin embargo de ser á horas de ocupación diaria para todos; muestra inequívoca de estimación afectuosa y que ha debido ser de consuelo para su respetable viuda y digna prole. No terminaré sin consignar que este pintor ilustre deja un gran vacío en la república de las bellas artes, y un renombre imperecedero para su historia. Por de pronto dos generaciones de artistas se honran ya con el apellido de Madrazo.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

## ¿POR QUÉ ERA RUBIA?

MITOPIA DE CINCO NOVELAS.

I.

Una tarde de noviembre de 1854, hallábamnos seis amigos, todos de veinte y un años de edad sobre poco mas ó menos, sentados al rededor de una mesa, pasando un delicioso día de campo:— así llamábamnos por aquel tiempo á la estrañana mania en que habíamos dado algunos discípulos de Apolo, de hacer del día noche, cerrar las ventanas y encender luz artificial, cuando no de quedarnos en la cama hasta que anocheceia en el resto de Madrid.

Aquella mesa (de la cual he vuelto á tener noticias últimamente), la he descrito de este modo al principio de la novela titulada *Honni soit qui mal y pense*.

«Había en Madrid hace cuatro años.... (no importa en casa de quién.... en casa de nadie.... en casa de todos.... en una casa cuya puerta no se cerraba ni de día ni de noche), una gran mesa revuelta, adornada con un tintero-mónstruo y cubierta de cuartillas de papel sellado sin sello, en la cual trabajaban indistintamente diez ó doce artistas y literatos.... Mesa fué aquella en que nacieron algunas comedias del hijo de Larra, algunos dramas de Eguliz, algunas novelas de Agustín Bonnat, cantares de Trueba, artículos económicos de Antonio Hernandez y letrillas de Manuel del Palacio; en que se tradujo *La profesion de fé del siglo XIX* de Eugenio Pelletan, en que hizo Arnao muchas canciones, y Castro Serrano varios artículos, y Ribera caricaturas, y Vazquez y Pizarro algunas *acuarclas*, y Barrantes no pocas baladas, y planos arquitectónicos Ibon, y yo mis calaveradas del *Látigo*.

En torno de esa mesa estábamos la tarde á que me refiero. Era domingo: la revolución de Julio se hallaba todavia reciente: Madrid ardía en milicianos....!—Llovía.... silbaba el viento lúgubre de la estacion, y hacia un frio de todos los demonios. Como acababa de pasar el día de los difuntos, en todas las parroquias se celebraba la *Novena de Animas*. Mezclábase, pues, al estruendo de los himnos patrióticos que tocaban en la calle las músicas de la Milicia, el fúnebre tañido de las campanas que lloraban sí habia que llorar sobre los tejados de la metrópoli. ¡Virgen de la Almudena.... ¡qué tarde!

Nosotros la habíamos convertido en noche hacia ya muchas horas: cuatro velas iluminaban nuestros seis semblantes, y nuestros seis semblantes correspondían á los siguientes seis nombres, que revelo sin empacho porque todos han llegado á ser de dominio público:—*Luis Eguliz, Manuel del Palacio, Agustín Bonnat* (Q. E. P. D.) *Ibon, Luis Mariano de Larra* y un servidor de Vds.

—¿Qué hacemos? preguntó uno.  
—Escribamos, respondió otro.  
—¿Qué escribimos? añadió un tercero.  
—Una novela entre todos.  
—No hay tiempo para ponernos de acuerdo sobre el plan.  
—Pues escribamos una novela cada uno.  
—Y todas con el mismo título.  
—Título raro, comprometido, que obligue la acción.  
—Eso, y con término de media hora!  
—Pues inventemos un título endemoniado.  
—Ya le tengo, dijo Larra. Todas las novelas se titularán:

*¿Por qué era rubia?*  
—¡Magnífico! exclamamos todos.  
—¿Ahí teneis un brillante asunto de difícil desempeño. *¿Por qué era rubia?*—Porque lo era.—No señor: es menester que no hubiera razon para que lo fuera. ¿Y qué razon, esto es, ¿qué seis razones vamos á inventar?  
—Ahí está el *quid*.  
—¡Cuidado que es preciso justificar el título!  
—Y acabar antes de media hora!  
—Son las cuatro.... A las cuatro y media.  
—Pluma en ristre...  
—Silencio!

Y ya no se oyó mas que el chisporroteo de las plumas sobre el papel.

Entonces hubierais visto á aquellas seis fisonomías, ó por mejor decir, á aquellas cinco (pues la mia yo no llegaba á verla) adoptar un gesto desusado, transfigurarse, revestirse de alegría, de terror, de ternura ó de sarcasmo.

Todas las imaginaciones se aislaron: todas huyeron de aquel aposento; se estendieron por los cielos y la tierra; soñaron estar en diversos países, en distintas épocas, entre desconocidos personajes.

Por lo demas, cada escritor tiene su vicio peculiar que solo aparece en las horas del trabajo.

Eguliz se levantó cuando apenas llevaba veinte renglones. Había llamado Luque, que estaba enfermo en cama, y ya le fué imposible continuar.

Ibon arqueaba las cejas.  
Larra se atormentaba el cabello.  
Bonnat se pasaba por los labios el extremo superior de la pluma.

Palacio se pellizcaba el entrecejo, donde dicen que reside la memoria.

Yo trepaba insensiblemente por los palos de la silla.

Y todos fumábamos desesperadamente.

Antes de la media hora las cinco novelas estaban terminadas.

De ellas poseo dos: la de Larra y la mia, que publico á continuación por vez primera.—*Ibon*, que se ha empeñado en no verse en letras de molde, rasgó la suya aquel mismo día. Bonnat se llevó su manuscrito para publicarlo no se dónde y creo que al fin no lo publicó. El de Palacio se me ha perdido ó me lo ha robado él; pero de las tres novelas recuerdo vagamente el argumento. Voy, pues, á indicarlo á mis lectores, á fin de que formen completo juicio de la variedad asombrosa con que, sin ponernos de acuerdo, habian tratado un asunto tan determinado ya en el título.

Bonnat habia escrito uno de aquellos deliciosos artículos á la francesa en que probaba toda clase de paradojas gracias á su infatigable *tour de force*.—Negaba en primer lugar que Colón fuera el descubridor de América; nos describía el naufragio de un buque inglés y el arribo de una jóven rubia á las costas del Brasil, arrojada allí por las olas. Los americanos, que nunca habian visto cabellos de aquel color, se preguntaban naturalmente *¿Por qué era rubia?* y acabaron por creerla bajada del cielo y formar una religion en su nombre. Luego pasaba esta rubia á ser una caricatura de la autora de la *Choza de Tomás*, á quien odiaba mi pobre Agustín con todas las fuerzas de su buen humor.

Ibon nos ofreció la mayor originalidad, la variedad mas estraña que podia dar de sí el asunto. Proclamamos entonces y repito ahora que su novela fué la mejor, sobre todo por la gravedad del estilo.—La escena era en una sacristía de América. Ya ven Vds. que todos habíamos viajado de lo lindo durante aquella media hora! Iba á morir una señora muy vieja y con el pelo completamente cano; pero á quien, sin embargo, llamaban todos *la Rubia*. Ahora bien: el cura de la parroquia se negaba á auxiliarla de resultas de este sortis. Esta mujer se llama

la rubia por que habrá tenido el pelo rubio; ha tenido el pelo rubio porque es inglesa; las inglesas son protestantes; luego yo no tengo nada que ver con esta rubia.—Al fin resultaba, cuando el cura veía á la enferma: 1.º, que la señora no había tenido el pelo rubio, sino castaño: 2.º, que no era protestante, sino católica, apostólica, romana: 3.º, que la llamaban la rubia porque había amado á un español, cuyo apellido era Rubio: y 4.º, que el cura era éste español.—Acababa la novela reconociéndose los dos ancianos, recordando los años de su juventud, en que los dos eran seglares y se amaban, y muriendo los ex-amantes de la manera mas sentimental y cristiana que pueda darse.

La de Palacio brillaba por la magia del estilo y por los chistes de que estaba salpicada.—Una señorita de Jaen comprendió á los diez y seis años que una mujer de sus prendas no debía estar en la inacción. Dividió, pues, su alma entre dos novios. No sé por arte de qué diablo, nuestra señorita llega á huir con uno de ellos. El otro novio la persigue y entra en Madrid á su lado sin reconocerla. Antonia era morena como una africana, ojinegra y pelinegra á mas no poder: pero gracias á unos anteojos azules y á una peluca rubia, parecía una sílfide del Norte. Ya en Madrid, acontece que aquella mujer da una cita á oscuras al segundo novio; que éste se lleva enredados en los botones de la pechera dos cabellos de Antonia, y que al examinarlos en su casa se encuentra con que son mas negros que la endrina.—¿Por qué era rubia? esclama entonces el perplejo amante. Cuando me dió la cita en el ferro-carril tenía el cabello del color del oro... ¿Cómo me deja sobre el corazón esta muestra negra?—Pronto se descubre todo: los dos amantes la abandonan, y del sentimiento se la pone á Antonia el pelo blanco.

En cuanto á la novela de Larra y á la mia eran del tenor siguiente:

II.

¿Por qué era rubia?

NOVELA — DE D. LUIS MOBIANO DE LARRA.

I.

Le pauvre homme!  
(MOLIERE.)

¿Con que Vds. no conocen á Cornelio?  
—¿Cornelio! Vamos por partes. No se figuren Vds. que este Cornelio era el célebre Cornelio Nepote; ni menos el senador romano Cornelio Agripa; ni siquiera el ciego Cornelio, que en el sitio del Escorial explica con mas picardía que veracidad las maravillas del monasterio.

Cornelio, señores, es el perro de Genaro.  
Ahora, como es natural, querrán Vds. saber quién era Genaro. Pues han de saber Vds. que Genaro era, ni mas ni menos, un hombre que tenía un perro llamado Cornelio.

Pero el caso es que Genaro estaba reputado en el pueblo por persona de muy buen fondo. Yo ignoro si Genaro tenía ó no tenía fondo; pero como Vds. saben que *vox populi, vox Dei*, preciso es que nos conformemos con la voz que por el pueblo corría.

Por lo demas, apenas existía un labriego que al preguntarle por el carácter de Genaro, no contestara con ademán de caridad; ¡pobre hombre!

Yo habia conocido á Genaro del modo siguiente.

II.

A caza se va el buen conde,  
A caza con el alcega.  
(CAJONERO.)

¿Quién no ha cazado alguna vez en su vida? Yo de mí sé decir que, sin ser uno de esos aficionados que andan sus nueve leguas para volver con sus nueve codornices, no desconozco los atractivos de la caza. Suélo cojer la escopeta, y despues de dar unas cuantas vueltas por las orillas del canal, compro, apenas entro en Madrid, en la plazuela mas inmediata, un par de conejos, y me presento á mi esposa mas satisfecho que si hubiera ganado una batalla. Vds. me dirán que de ese modo cualquiera puede cazar. A eso les contestaré que cada uno tiene su modo de matar conejos.

Pero yo estaba en el pueblo de Genaro, y una mañana salí á caza. Téntome aquel día el diantre de la conciencia, y me decidí á cazar gorriones sin apelar al expediente de comprarlos. Acababa yo de disparar el sétimo tiro, cuando despues de dirigirme al sitio donde creí que estaría la pieza, vi con dolor que aquella no existía. De pronto, siento ruido detras de mí. Miro, y veo á un perro grande que con mi pájaro en la boca esperaba á que yo le cojiere. Hicelo así, le saludé, le di las gracias lo mejor que pude, y ya me disponía á darle las señas de mi casa para retirarme, cuando vino el dueño de Cornelio.

—Tiene Vd. un perro muy bien educado, le dije.  
Genaro no hizo mas que sonreirse y acompañarme.  
La noche avanzaba y Cornelio parecía estar inquieto. Dos ó tres veces observé que se rascaba en mi pantalón, y dos ó tres veces vi que la fisonomía de Genaro se encendía súbitamente.

—¿Qué tiene este perro? le pregunté.  
—Estamos muy lejos de casa! Cornelio, no desperdicies tu pelo, replicó Genaro.  
Al escuchar esta extraña salida, me convencí de que aquel hombre estaba loco, y no pude menos de decir como todos: ¡pobre hombre!

III.

Ser ó no ser: esta es la cuestión.  
(SHAKSPEARE.)

Pero era preciso distraerse en el pueblo y no había mas tertulia que la de doña Anita.

Doña Anita era viuda de un intendente, como todas las mujeres que viven solas sin tener que dar á nadie cuenta de su conducta.

Era preciso, pues, ver á doña Anita.  
Chocóme hallar á la puerta de la casa á Genaro; pero él mismo me explicó que era el mayordomo de la señora.  
Desde entonces ya formé mejor concepto de Genaro.  
Era preciso que doña Anita tuviera en él mucha confianza para haberle dado un cargo de tal trascendencia.

Pero ¿y Cornelio?  
Atrevime á preguntar por él á Genaro, y este no hizo mas que ponerse serio y decir con voz terrible:  
—Está en el laboratorio.  
—¿En el laboratorio! repetí. Este hombre es un sábio ó un imbécil.

Y me quedé muy satisfecho de mi reflexion.  
Vamos á doña Anita. ¿Qué veo! ¿Es aquella doña Anita? ¿aquella de la manteleta color de naranja? Habíamne dicho que era fea, y no lo es por cierto. Está visto: en los pueblos no se hace mas que murmurar! Aquella señora apenas debe tener treinta años, y á mí me habían asegurado que tenía ya cuarenta. Pero lo que mas me choea es su rubia cabellera. ¿Qué rubio mas particular! ¡Es casi rojo! ¡Y cómo juega con sus rizos! Vamos... Es una coqueta!

—¿Ha visto Vd. la procesion?  
—No señora: he ido de caza.  
—¿Vd. caza?  
—Siempre.

Se habló de la joroba del boticario; se contó la aventura del barbero y se pintó con horribles colores la berruga del maestro de escuela.

Pero en medio de la conversacion, lo que mas me chocea era el pelo de doña Anita. ¡En mi vida he visto pelo mas rubio!

Saltimos los tertulios, y en el portal me volví á encontrar á Genaro.

—¿Qué le ha parecido á Vd. mi ama, señorito? me dijo.  
—Encantadora, le contesté, y lo que mas gracia me hace es su pelo rubio.

Genaro lanzó un ¡ay! y escondió la cabeza entre sus manos ¡Estaba llorando!

Al día siguiente fui á ver á doña Anita y no me recibió. Pasaron días y días sin poderla ver, y tuve que venirme á Madrid. Hace de esto dos meses.

Ayer he visto á doña Anita del brazo de Vicente, el diputado por... ¡Cielos! ¡Qué sorpresa! Su pelo está blanco como el armiño!

—Genaro! Genaro! ven... toma este napoleon (ayer tenía yo un napoleon) y explícame una cosa. ¿Qué ha hecho tu señora de aquel pelo tan rubio? ¿Le ha sucedido alguna desgracia?

—No señor: es que Cornelio...  
—Continúa...  
—Cornelio...  
—¿Por qué lloras? Acaba!

—Caballero, mi señora es viuda de un químico muy famoso, autor de un élixir para teñir el pelo, fabricado con pelos de perro. Cornelio ha muerto... y mi señora ha encanecido del sentimiento.

Soy yo tan listo, que todavía no he podido comprender por qué era rubia doña Anita.

FIN.

III.

¿Por qué era rubia?

NOVELA — DE D. PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.

Hay algo de sublime en el éxtasis de los indios.  
(EL PRESTE JEAN.)

¿Qué hermosas son las noches de la India!...

EL LECTOR.—¿Me lo dice Vd. ó me lo cuenta?

Hombre, me lo figuro. Yo no he estado en la India; pero tengo muchos deseos de ir.—¿Bien podía el gobierno mandarme á Filipinas sin formación de causa!... Al paso vería la India...!

EL LECTOR.—Déle Vd. motivo y le mandará.

Bien; pero ¿qué motivo le doy? Figúrese Vd. que yo salgo ahora á la calle cantando la *Pilita*, y que el gobierno se contenta con enviarme al Saladero... ¿Habré logrado mi plan? De ningún modo. Pues figúrese Vd. que niego en público la infalibilidad del duque de la Victoria, y que este me condena á ser pasado por las armas... ¿Será esto ir á Filipinas? ¿Conseguiré así ver la India al paso, como la vió mi amigo D. Manuel Hazafias? ¡Ah! bendigo á Napoleon III, que deporta á todo el que no le da tratamiento de magestad! Aquel es un país! Allí sabe uno á qué atenerse!

EL LECTOR.—Prosiga Vd.

Prosigo. ¿Qué hermosas deben de ser las noches de la India! Brillan allí los astros mas que en el cielo de Europa, cielo averiado por el uso, que me hace el efecto de una decoración vieja de Filastre. Y es que aquel cielo solo ha servido para una religion, mientras el nuestro lleva ya lo menos diez clases de adoradores: los Iberos, los Griegos, los Fenicios, los Cartagineses, los Romanos, los Bárbaros, los Cristianos, los Mahometanos, y últimamente los *esprits forts*...

EL LECTOR.—Continúe Vd.

Continúo.—¿Qué hermosas deben de ser las noches de la India!...

Anchas ráfagas de perfumes se desprenden del seno de aquella naturaleza, vigorosa como una pasiega primeriza; y el indolente oriental, ébrio de narcóticos aromas, se atraca de arroz á la claridad de la luna, pensando en la simbólica flor del *Loto*, ó en algo por el estilo.

Era la media noche. Todo yacía en el silencio y en la quietud del sueño á orillas del misterioso Ganges. ¡Solo el Ganges no dormía! El río sagrado se deslizaba entre bosques de bombaxes, branganeros y jaraques, árboles que podeis ver si se os antoja en el Jardín Botánico de esta villa.

A la sombra de un árbol triste, llamado así porque solo florece de noche, y no lejos de un *rafflesia*, planta que produce las flores mas grandes que se conocen en el mundo, pues algunas tienen tres pies de diametro y quince libras de peso... (hablo con seriedad), se hallaban sentados dos jóvenes indios, no muy decorosamente vestidos que digamos, —pero hermosos cuanto pueden serlo aquellos paisanos del ébano y del bambú. Sus ojos negros... eran muy negros! (En la precipitación con que escribo, no me ocurre nada á que comparar su negrura). En cambio sus dientes eran tan blancos como los dientes mas blancos que haya en el mundo.

Y aquí termina el retrato de los dos indios.

¡Ah! se me habia olvidado decir que los dos eran masculinos, y que se llamaban *Nana* y *Nini*, nombres sumamente interesantes.

—Habla, Nana, dijo Nini con voz afectuosa, pasando la mano por el lacio cabello de su amigo.

Es de advertir que Nini tenía tambien el cabello lacio. Yo sé todas estas cosas porque me ocupo hace algun tiempo en estudiar aquel país para escribir una novela, titulada *La madre tierra*.

Pero volvamos á nuestros indios.

—Nini, dijo Nana: ¿Por qué era rubia?

Y despues de pronunciar estas significativas palabras, quedó sumido en una profunda meditacion.

Lo mismo se pregunta el autor de esta novela; exactamente lo mismo: ¿Por qué era rubia?

—Explícame, Nana, murmuró Nini al cabo de un momento.

—Ah! Nini... Nini... balbucó Nana entre sus sollozos. Yo amo á mi esposa como la luna ama á la noche, como los pájaros al día, como el mar á la estrella de la tarde! Mila es mi alma, es mi vida, es mis ojos, es mi agua!... Pero ¿ay? ¿Por qué era rubia?

—Repórtate, Nana, dijo Nini. Tú deliras. Tu esposa no tiene nada de rubia... Yo conozco á Mila y puedo asegurarte que no hay ébano mas negro que las trenzas de su frente.

—Ah! sí... ya sé que Mila no es rubia. Por eso me casé con ella. Sus ojos son la noche: sus cabellos las sombras de la muerte. Pues bien: escuela. ¿Recuerdas cuando hace medio año era yo tan feliz porque Mila se habia sentido madre?

—Sí... Recuerdo. Era el primer fruto de tu amor despues de tres años de matrimonio...

—¿Era el colmo de todos mis deseos!; Con qué afán esperé

el día en que mi esposa me diese un descendiente que perpetuase mi familia! Al fin iba á tener un heredero, un sucesor, uno de esos príncipes de mi raza, cuyos negros cabellos demuestran que no se ha mezclado con nuestra sangre la vil sangre de los blancos del Norte! Pues bien: Mila dió á luz una niña blanca, rosada, rubia como una inglesa, como una hija de nuestros opresores, de nuestros verdugos! ¡Incomprensible misterio, Nini! Si mis cabellos y los de Mila son negros como el dolor, ¿cómo no lo eran tambien los de nuestra hija? Ah! Nini... Nini... ¿Por qué era rubia la hija de Nana?

Un largo silencio siguió á estas palabras del esposo de Mila. Luego continuó:

—Conociendo que me volvía loco á fuerza de pensar en cuál podía ser la causa de este inaudito fenómeno, he venido á buscarte á fin de que tú, que eres hombre de gran inteligencia, ilumines las tinieblas de mi cabeza.

Nini reflexionó un largo rato y luego interrogó á Nana:

—¿Se lo has preguntado á tu esposa?

—Fué lo primero que hice; pero ella se encuentra tan sorprendida como yo, y no vé la salida de este laberinto. Es mas: á mi casa va todos los días un capitán inglés, hombre de mucho talento, el cual nos quiere con locura y se interesa muchísimo por la felicidad de mi familia. Pues bien: tres días ha estado pensando en este misterio y no le ha encontrado ninguna explicacion! Con que á ver, Nana, si tú eres mas feliz, y me haces comprender cómo puede ser rubia la hija de un matrimonio de cabello negro.

—Necesito discurrir un rato, dijo Nini.

Y sumergiendo la cabeza entre sus manos, exclamó como si nadie le oyera.

—La cuestión es saber *Por qué era rubia*. —Pues señor; reflexionemos: ¿Por qué era rubia?

Y metiéndose en la boca el índice de la mano derecha, levantó la cabeza, elevó los ojos al cielo y se quedó sumido en una profunda cabilacion.

En esta postura seguía á la salida del último correo.

FIN.

IV.

Las tres anteriores novelas concuerdan con sus originales á que me remito. Y para que conste, lo firmo en Madrid á cuatro años y medio despues de la fecha en que se escribieron.

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.

REVISTA MERCANTIL Y ECONOMICA DE AMBOS MUNDOS.

El aspecto de los mercados á consecuencia de la guerra, trae inquietados á todos los hombres que miran en ella una verdadera calamidad. Esto no obstante, á pesar de la baja que han sufrido los valores, tenemos la satisfacción de decir que el mercado no ha decaído tanto como era de temer de las azarosas circunstancias que atravesamos. No hay noticias de nuevas quiebras importantes á escepcion de dos ó tres que han ocurrido en Austria. Los especuladores sufren el choque sin cejar un paso, y no hay que lamentar grandes desastres.

El Banco de Inglaterra, que ya la quincena anterior hizo el tipo de su descuento, acaba de elevarlo de nuevo á 4 1/2 por 100. El triunfo del partido whig en las elecciones del parlamento inglés, ha contribuido en gran manera al alza de la Bolsa. Mucho tememos, sin embargo, que esta alza se sostenga atendido la situación política de Europa.

El Banco de Francia, que habia imitado el primer paso del Banco inglés, es probable que imite tambien el segundo. Esto nos hace esperar que pronto el descuento se hará á 5 por 100. La situación, con todo del Banco francés no ha dejado este mes de ser interesante; habiendo obtenido la cartera un aumento de 67 millones, y las cuentas corrientes un aumento tambien de mas de 60 millones: mientras tanto la circulación de los billetes no ha tenido un aumento superior á seis millones, y la caja que asciende á 508 millones, no ha disminuido sino en 25.

Al fin se conoce el resultado del empréstito que ha llamado en Paris la atención pública durante tanto tiempo. El número de los suscritores ha alcanzado á 525,000 personas, y el capital suscrito asciende á 2,300,000,000 de francos, sobre los cuales 80 millones corresponden esclusivamente á los certificados de 10 francos de renta. Así los suscritores saben desde ahora cuáles son las cantidades que les quedarán definitivamente atribuidas, siendo 80 millones el importe de los certificados de 10 francos de renta, que no deben ser reducidos; la parte que queda por repartir entre las suscripciones superiores, es de 420 millones, ó sea cerca de la quinta parte del total de estas suscripciones.

Por esta medida, dice una correspondencia que tenemos á la vista, los pequeños capitales han sido favorecidos, y no obstante, ha quedado una gran margen á disposición de los establecimientos y las fuertes casas de banca.

Semejante resultado era muy susceptible de producir en nuestros fondos un movimiento decisivo de alza, tanto mas que el Tesoro que ha recibido 250 millones en vez de 50, tiene que entregar á la plaza una cantidad de 180 millones, la cual, invirtiéndose en títulos, no puede sino producir una mejora en los cambios.

La quincena ha sido favorable á los valores de la mayor parte de las compañías; la protección que dispensa aquel gobierno á las sociedades de ferro-carriles, los precios actuales que procuran á los capitalistas empleos tan ventajosos, y otras circunstancias que sería ocioso enumerar, todo ha contribuido á reponer los ánimos y á sostener la situación actual. Así es que los ingresos de ferro-carriles arrojan todos aumento en la última quincena. La declaración de guerra ha hecho cesar la incertidumbre en el comercio; sabe á qué atenerse y no debe extrañar, por consiguiente, que se note mas animación en esta que en las anteriores quincenas.

El *Monitor* ha publicado últimamente un decreto revocando el de 30 de setiembre del año pasado, relativo á importacion de cereales. Este decreto solo será aplicable á los buques cuyo cargamento se hubiese verificado integramente antes de 1.º de junio.

La situación financiera del Austria va empeorando de día en día; las últimas medidas adoptadas por aquel gobierno para proporcionarse recursos, demuestran de un modo irresistible la apurada situación en que se encuentra.

El cambio ha subido de una manera fabulosa, y el papel moneda se envilece.

El empréstito de 5 por 100 á 80 que propuso emitir para principiar la guerra, no ha producido resultado ninguno, y puede decirse que ha fracasado.

El curso forzado que últimamente ha dado á los billetes de cinco florines; el descargar al Banco de la obligacion de reembolsar en dinero; la imposicion de pagar forzosamente los derechos de aduanas en moneda efectiva ó en cupones vencidos de los empréstitos del Estado, son medidas desesperadas, que acabarán de matar el poco crédito del Austria, y la llevarán forzosamente á la bancarrota.

La guerra en que se ha empeñado imprudentemente, la llevará pronto, muy pronto a este término fatal.

Háse observado estos últimos días una notable alza en la Bolsa de Amsterdam. A decir verdad, todavía ignoramos las causas que han contribuido a esta inesperada subida.

De Munich dicen que el gobierno de Baviera ha anunciado la emisión, al curso de 97, de un empréstito de 4 millones de florines con interés de 4 1/2 para gastos militares.

Al fin podemos anunciar a nuestros lectores que el 1.º del actual se han inaugurado solemnemente las obras del canal de Suez, durante cuya ceremonia flotó el pabellón egipcio. Mr. de Lesseps declaró en aquel acto que a consecuencia de una exploración reciente se ha adquirido la certeza del buen resultado de esta empresa gigantesca. Las cartas añaden que el virey apoya cada día más esta gran obra, a pesar de la oposición inglesa, que no tiene carácter alguno conminatorio. Ocupémonos ahora del estado de nuestra Bolsa.

A las repentinas y violentas oscilaciones que venían experimentando los fondos públicos, ha sucedido una completa paralización, lo cual nada tiene de extraño, atendido que lo mismo ha sucedido en el campo de operaciones de la guerra de Italia. Los dos últimos despachos que el sábado se recibieron, y en los cuales se noticiaba ya que la lucha había comenzado, ninguna influencia ejercieron en el curso de los valores.

El 3 por 100 consolidado se ha mantenido todos estos días a 38, a cuyo cambio cerró últimamente.

El 3 por 100 diferido se encontró a 28-10, a 28-05; pero el resto de la semana se han verificado todas las operaciones oficiales a 28 por 100.

En medio de esta paralización, como es natural, los demás valores, en los cuales se opera muy poco, se han encontrado en baja. La deuda amortizable de primera clase solo se ha cotizado a 16-25 por 100. La segunda clase no ha tenido cambio asignado.

La deuda del personal ha fluctuado en baja, puesto que desde 9-20 a que se encontraba, ha quedado a 9-15 por 100.

No obstante, de creer que los valores amortizables alcancen alguna elevación en la próxima subasta, máxime si los cambios que designa la junta de la deuda pública para la admisión de las proposiciones son bastante más elevados que los de la Bolsa.

En el mismo *estatu quo* que el 3 por 100 consolidado y diferido se han mantenido las acciones de carreteras. Las únicas que han experimentado una fluctuación en alza de 1 por 100, han sido las de 1.º de julio de 1856 de a 2,000 rs., que han quedado, de consiguiente, a 83 por 100. Esta mejora es natural, y se debe tan solo a la aproximación del vencimiento del interés.

El secretario de la Redacción, EUGENIO DE OLAVARRIA.

## REVISTA DE LA QUINCENA.

Se ha recibido la noticia de la primera acción de alguna importancia en Italia: los aliados tuvieron sobre 600 hombres fuera de combate, según cuentan los partes, lo cual nos parece demasiado para una acción ganada, en que solo entraron de 10 a 15,000. Dícese que la pérdida de los austriacos fué mayor, pero no se dan pormenores. Ya nos los darán minuciosos los cronistas franceses, una nube de los cuales se ha abatido sobre el Piamonte en compañía del ejército aliado. Cada periódico importante ha enviado allá un redactor especial, y solo el gobierno ha comisionado tres; de suerte que por falta de cantores y encomiadores, no han de quedar en la oscuridad las proezas futuras de nuestros vecinos. Lástima que Alejandro Dumas esté viajando por remotos países: como tan inclinado a la *historia*, si estuviera en el Piamonte, nos referiría punto por punto las hazañas de sus compatriotas y, principalmente, las suyas propias.

Las naciones de Europa han declarado su deseo y su intención de conservar una estricta neutralidad; y es un estudio curioso ver cómo esta palabra neutralidad se entiende y se explica en los diversos países. Desde luego no debe haber gran confianza en que no se propagará el incendio, cuando todo el mundo se arma y pone en práctica aquel antiquísimo dicho, *si vis pacem para bellum*. Si este dicho es verdadero, podemos decir, sin temor de equivocarnos, que en ningún tiempo ha mostrado la Europa mayor deseo de paz que en el día. La Alemania se arma hasta los dientes; la Inglaterra cubre los mares con sus escuadras, y fabrica cañones para destruir medio mundo; y la España y Portugal aumentan sus ejércitos y preparan sus reservas. Hasta aquí parece que todos entienden la neutralidad de una misma manera: todos creen que para conservarse neutrales, es preciso hallarse en disposición de no serlo el día en que se crea conveniente; pero de aquí en adelante, la conformidad cesa, y cada cual explica la estricta neutralidad de distinto modo.

Los Estados alemanes son estrictamente neutrales; sin embargo, envían sus contingentes de tropas al ejército austriaco y cubren con la bandera federal la ciudad y puerto de Trieste, arsenal del Austria. Esta, que cualquiera llamaría contradicción, la explican de un modo muy sencillo: la Confederación germánica es neutral; por eso no va a reforzar el ejército austriaco ningún soldado federal; pero los príncipes pueden manifestar a Francisco José su simpatía enviándole sus tropas particulares, ó como si dijéramos, sus guardias de corps.

Inglaterra observa también una neutralidad estricta: sin embargo, se suceden los *meetings* para socorrer a los italianos; se hacen votos por la libertad de Italia, y si no se abriga sobre este punto grandes esperanzas, se manifiestan a lo menos los mejores deseos. El gobierno inglés es neutral, no manifiesta inclinarse a un lado ni a otro: el pueblo inglés tampoco quiere intervenir directa y activamente en la lucha; pero su benevolencia y sus guineas están del lado de la Italia.

En España hemos querido tener un pequeño *meeting* para manifestar también nuestra afición a los italianos y socorrerles, á fin de que puedan volver a su patria los que así lo desean; pero la estricta neutralidad del gobierno nos ha impedido que diéramos este paso.

De manera que en Alemania hay una neutralidad con tendencias austriacas; en Inglaterra una neutralidad con ribetes italianos, y en España se prohíben las manifestaciones italianas, en lo cual se da una satisfacción al Austria, pero no se pueden prohibir las austriacas para dar una satisfacción a Italia, por la sencilla razón de que no hay quien quiera hacerlas.

Lo grave de este asunto es que se negó el permiso para celebrar la reunión filotática después de haber sido concedido y a las doce horas de hecha la convocación. ¿Qué pasó en estas doce horas? La imaginación popular las ha llenado de espectros y fantasmas. Quién pintaba al ministerio como arrastrado por el ánimo de Felipe II á revocar el permiso concedido; quién le creía envuelto en las dificultades de una crisis, y acusado de tendencias revolucionarias y extraordinarias por seres misteriosos, sombras impalpables, desprendidas de una galería de retratos; quién, en fin, había creído ver agitarse sobre sus pedestales las estatuas de los reyes austriacos que están en la plaza de Oriente conmovidas por la noticia de que en el teatro de Novedades iba a verificarse una reunión favorable a sus enemigos. La verdad es que el gobierno no ha que-

rido que se sospeche ni por un momento que puede favorecer la causa italiana; y no decimos nada de causa austriaca, porque a nadie se le ha ocurrido que el gabinete O'Donnell pudiese favorecerla. El gobierno actual es realmente neutral desde que nació, ó para hablar con más propiedad, *neutro*. Representante legítimo de la unión liberal, es en política exterior é interior, en economía, en administración, en todo una verdadera neutralidad. Su grande empeño consiste en que no se sospechen en él tendencias liberales, que son verdaderamente las que estaría más inclinado á tener si tuviera algunas; y por eso en ocasiones, sin quererlo, se lanza á mostrar tendencias que parecen reaccionarias. En la cuestión de la reunión, por ejemplo, ha dictado una orden prohibitiva, queriendo dar una prueba de alta imparcialidad; y sin embargo, ¿cuál es el resultado de esa orden? Un favor dispensado al Austria. El gobierno, queriendo ser estrictamente neutral, ha favorecido los intereses austriacos; queriendo huir del Seyla italo-napoléonico, ha dado en el Caribdis austriaco-bávaro.

Algunos han pensado que la neutralidad de un país consiste en que todos sus habitantes se abstengan de manifestar su inclinación á una ú otra de las partes beligerantes. Pero si esta teoría fuese cierta, semejante neutralidad sería imposible. Basta que el gobierno y los poderes públicos sean neutrales, sin que se obligue á los ciudadanos particulares á callar sus simpatías. Nosotros, francamente hablando, no creemos que Luis Napoleón, emperador de los franceses, vaya á dar la libertad ni la unidad á Italia; pero entre la causa italiana y la austriaca toda nuestra simpatía está por la primera, porque es la del oprimido contra el opresor. Decimos mas: si la cuestión se presentase completamente despojada, bábríamos opinado por auxiliar activamente y con tropas á los italianos. ¿Se quiere saber por qué nosotros estamos hoy por la neutralidad? Porque en esta cuestión vemos una incógnita, y esa incógnita, que no se ha despejado todavía, es Luis Napoleón Buonaparte. ¿Quién sabe á dónde llevarán al segundo imperio los recuerdos del primero?

Por eso nos parece injusto, y aun pudiéramos decir necio, que los periódicos ingleses y alemanes nos vengan acusando de que somos un satélite del gobierno francés. Vamos á cuentas.

¿Qué han hecho los alemanes y los ingleses respecto de la familia de Napoleón y qué han hecho los españoles? Los alemanes estuvieron hasta 1813 postrados á los pies del primer Buonaparte, y el emperador de Austria le dió una de sus hijas en matrimonio; los ingleses no encontraron terreno donde combatirle, ni se atrevieron á hacerlo, hasta que los españoles y los portugueses les abrimos campo para ello.

Vino al poder supremo en Francia Napoleón III después del golpe de Estado del 2 de diciembre; y la primera nación que se apresuró á reconocerle y felicitarle fué la Inglaterra con su famoso lord Palmerston á la cabeza; y la reina Victoria fué dos veces á visitar en Francia al mismo á quien jamás había querido recibir en Windsor y en Buckingham. Poco menos ha hecho el emperador Francisco á pesar de los tratados de Viena y de las tradiciones de familia. ¿Y quién no recuerda la guerra de Crimea y el papel que en ella han hecho los fieles aliados del imperio francés? De modo que los que en el primer imperio fueron napoleónicos y los que lo han sido en el segundo, cuando tenían poder para dejar de serlo, nos acusan hoy á nosotros de ser satélites de Luis Napoleón. Si el 2 de diciembre el gobierno inglés y el austriaco no hubieran reconocido á Napoleón III, habrían podido hacer mas fácilmente lo que quizá tengan que hacer con mayor dificultad y riesgo en adelante. La guerra actual á ellos puede imputarse: dejaron destruir la libertad en Francia y hoy temen la gloria que la quiere sustituir. Si tenían la ambición de gloria de los franceses, debieron pensar que era preciso dejarles su libertad.

¡Cosa singular! Cuando Luis Napoleón suprime la libertad en Francia, el gobierno inglés le aplaude y estrecha con él íntima alianza, y cuando proclama que quiere darsela á la Italia, esa alianza se alaja y está á punto de romperse. Mas lógico es en esta parte el austriaco.

Pero hemos hablado ya bastante de política extranjera, invadiendo un terreno que no es de nuestro especial encargo. Vengamos de nuevo á España y digamos algo de crisis. Hace tiempo que á los ministerios españoles los coge una crisis el día menos pensado sin saber por donde les ha venido: pero partiendo de este principio, y sin negar la posibilidad de una crisis, creemos poder anunciar á nuestros lectores que las noticias que han circulado estos días son exageraciones del deseo. El ministerio se conserva bueno y sano, y nadie diría sino que va á tener los mismos ocho años de vida que se le han ofrecido. La guerra de Italia le favorece; y ya lo hemos dicho, para ser neutrales, no hay nada mejor que un gabinete neutro.

El otro día le dió el Senado una prueba de confianza. Dos generales, de los muchos que nos sobran en España, habían votado contra la opinión del gobierno en una cuestión mas ó menos insignificante; estos dos generales, además de su carácter militar, que como el sacerdotal es indeleble, desempeñaban lo que se llama una comisión activa del servicio. El gobierno les quitó la comisión activa y les dejó, aunque con el mismo sueldo, en un estado pasivo. Alarmóse entonces el puritanismo constitucional del Sr. Tejada y propuso que el Senado votara un mensaje á la Reina contra la separación de aquellos dos empleados militares. El Senado se rió del puritanismo constitucional del Sr. Tejada, como se había reído ya en otras ocasiones de otros puritanismos mas justificados; y la proposición de mensaje no tuvo en su favor sino 23 votos contra 83 que favorecieron la causa del gabinete. No negáremos nosotros que el actual gabinete puede ser reemplazado por otro que formen el Sr. Tejada, el marqués de Viluma ó el de la Pezuela; pero si esto sucede, no sucederá seguramente por un voto de las cámaras.

Van á inaugurarse las obras del puerto de la Fregeneda sobre el Duero, las cuales se hallan ya terminadas, y servirán de mucho al comercio con Portugal luego que se arreglen las interminables cuestiones sobre la navegación de aquel río. Y á propósito de Portugal: se ha formado allí una *Sociedad ibérica* que va haciendo grandes progresos con el objeto de estrechar la alianza entre los dos países. Este proyecto ha alarmado á los absolutistas portugueses, que no transijen sino teniendo á su cabeza á D. Miguel de Braganza. Para ellos D. Miguel de Braganza es el Portugal, y sin él no hay independencia ni dignidad para los portugueses. Se creen patrimonio de su D. Miguel: séanlo en hora buena; pero dejen á los demás seguir otro rumbo mas conforme á los intereses nacionales. Sensible es que el gobierno español sea tan neutro, que no pueda por su misma naturaleza comprender tan eficazmente como nosotros deseáramos al pensamiento que ha hecho formar en Lisboa la Sociedad ibérica; pero esa sociedad tiene en España por adictos hombres de todas las opiniones que en todos los terrenos legítimos trabajarán porque cuanto antes se lleve á cabo la grande idea que la ha dado origen.

Si nos diera el naipe para esto de escribir festejos reales, haríamos una descripción original de los que se verificaron el 11 en Lisboa con motivo del matrimonio de la princesa Maria Ana, hermana de D. Pedro V, con el príncipe Jorge de Sajonia: pero considerándonos incapaces para desempeñar digna-

mente este encargo, tomaremos alguna parte del relato que sobre la festividad hace un escritor lisbonense en carta de *Ju- nio junior á Juan Senior*. A las once de la mañana, dice este concienzudo cronista, los alrededores del palacio de las Necesidades estaban llenos de pueblo, los balcones de damas, y de tropa las calles por donde debía pasar la comitiva. En la capilla de palacio estaban SS. MM. y AA. y los augustos esposos, los duques de Saldanha y de Terceira, los altos empleados de palacio y varios grandes del reino. La reina vestía un traje blanco bordado de oro con manto de color de rosa, y llevaba en la cabeza una corona de brillantes. La desposada llevaba también vestido blanco, guarnecido de dos largas y riquísimas bandas, separadas por una guarnición de fofos ó *ruche*, como se dice en el estilo afrancesado de tocador; al pecho ostentaba lindas flores de azahar, y en la cabeza y frente los costosos brillantes que le ha regalado el emperador del Brasil. El cardenal patriarca, acompañado del clero, estaba revestido con toda la pompa sacerdotal. A las doce se verificó la ceremonia religiosa, y poco después la real familia salió á los balcones para presenciar el desfile de la tropa. A las cuatro la régia comitiva se trasladó al palacio de Belén, y por la noche asistieron al teatro. El 13 hubo gran parada en el Terrero; el rey, acompañado de sus hermanos y del príncipe Jorge, pasó revista á las tropas, mientras que desde los balcones del ministerio de negocios extranjeros presenciaban la reina y las infantas el espectáculo. Los tres lados del cuadro de la plaza estaban brillantemente adornados con los variados colores de los vestidos y tocados de las elegantes espectadoras: al otro lado las doradas aguas del Tajo resplandecían á la luz del sol; y en el centro completaban el cuadro las oleadas de pueblo moviéndose á un lado y á otro para ver ó para dejar paso á la tropa, que marchaba en buen orden y con ese marcial aspecto propio de los portugueses. Terminada la revista, la reina y las infantas atravesaron la plaza en carretela descubierta con dirección al palacio de las Necesidades. La reina se trata con extrema sencillez: tiene una criada en palacio que le hace todos sus vestidos; y lo que economiza de su dotación lo emplea en limosnas á los pobres y socorros á los desgraciados.

El príncipe Jorge debió salir el 14 para la Sajonia con su esposa, y desde allí marchará al teatro de la guerra, donde va á tomar el mando de su regimiento, que pertenece al ejército austriaco.

Se ha repartido el cuaderno 4.º de la importante obra que está dando á luz D. Patricio de la Escosura, titulada *Historia constitucional de Inglaterra desde la dominación romana hasta nuestros días*. El Sr. Escosura muestra en esta obra, además de sus dotes ordinarias de estilo puro y castizo, un gran estudio de las mejores fuentes y una viva penetración para descubrir nuevos puntos de vista. El cuaderno 4.º lleva la historia hasta el reinado de Juan Sin tierra, y comienza á esponer las diversas opiniones sobre la *Carta Magna*, insertando además una traducción literal de este documento.

No tenemos noticia de ningún otro libro publicado en estos últimos días, como no hagamos mención de una olla podrida de composiciones poéticas y prosaicas sobre el grande asunto del *El sombrero, su pasado, su presente y su porvenir*, y como ahora se dice, su misión sobre la tierra. Hay bonitos versos en este libro, y le recomendamos á todos los que quieran entretenerse los oídos.

En poco tiempo se han puesto en escena en nuestros teatros varias producciones nuevas; pero no hemos podido verlas ni examinarlas todas: si las que hemos dejado de ver tienen vida, aun asistiremos á su representación: si no, nos contentaremos con lo visto.

El 13 se estrenó en el Circo el drama en cuatro actos original de D. Luis Rivera, titulado *El honor y el trabajo*. Este drama es la historia de un hombre que reducido por los atractivos del placer se dejaba llevar de sus pasiones, se arruina y se ve engañado y próximo al suicidio; pero habiéndole dado el cielo un amigo que le tiende un mano, le sostiene y le aconseja, logra por el trabajo honrado recobrar su riqueza y su posición perdidas. Es la historia de la caída y de la regeneración de una alma noble: descubre desde luego el pensamiento moral que la ha originado; y ese pensamiento se desarrolla naturalmente sin violencia y con espontaneidad de expresión.

En el mismo teatro del Circo continúa Matilde Díez dando sus representaciones, y eligiendo con bastante buen gusto las mas de su cuerda entre las producciones del teatro antiguo. Para el beneficio de Teodora Lamadrid se pondrá en escena el drama nuevo *Las dulturas del poder*.

En el Príncipe se ha representado *La huella del pecado*, drama de un joven que muestra muy buenas disposiciones: en el mismo día se nos ofreció por fin de fiesta la piececita *Un loco cuerdo y un cuerdo loco*. En ella Osorio se hizo aplaudir: ¿pero en qué no se hace aplaudir Osorio cuando quiere?

Al fin se ha recordado á las empresas que sin permiso de los autores dramáticos no se pueden representar sus obras. Hasta ahora se pedía solamente la licencia de la censura; pero la del autor era un objeto de lujo.

Ya no se queda Salas con el teatro de Oriente porque otro empresario dicen que ha hecho proposiciones mas ventajosas, siempre sobre la base del *primissimo cartello* de los cantantes. Pero lo que perdemos por un lado lo ganaremos por otro. La Zarzuela progresará, sobre todo sino abundan muchos *disparates*. El otro día se representó la zarzuela en dos actos *Quien manda, manda*, traducción de una de esas producciones militares que hoy están tan en boga en Francia. El militarismo ha invadido completamente la literatura francesa, pero no vemos por qué razón nos ha de invadir también la nuestra. No se habla mas en toda la pieza que del emperador, y de Jena, Ulma, Marengo, coroneles, capitanes, glorias de la Francia y ejércitos prusianos. ¡Por Dios, Sr. Camprdon! ¡Y luego si la pieza tuviera algún mérito intrínseco! ¡Pero señor, si es un desalino mas grande que el *disparate* que se nos dió por fin de fiesta! Al fin este último tiene algún chiste, aunque algo vulgar; pero *Quien manda, manda* es la imagen de la bota de Napoleón pegando de puntapiés á la literatura. ¡Y el Sr. Camprdon que sabe hacer cosas tan buenas y tiene chistes tan delicados entretenerse en traducir tales piezas! Así como Buffon se ponía á escribir con casaca bordada y vuelos de encage, circunstancias que se revelaban en su estilo, del mismo modo el autor de *Quien manda, manda* debe de haber compuesto su obra fumando en pipa y con las espuelas puestas.

Un nuevo prestidigitador ha venido á hacernos pasar agradables ratos. El Sr. Bonnano se presenta al público con naturalidad y sin el aparato de otros jugadores de manos, y hace suertes sorprendentes. Una de ellas consiste en responder á las preguntas que se le hagan por escrito sin haberlas leído; y con este motivo el otro día se ocurrieron á una parte del público preguntas tales, que ha sido necesario nombrar un censor para que las lea antes de comunicárselas á los espectadores.

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

Editor, F. S. Madirolas.